



ANTONIO
BUERO
VALLEJO

LA FUNDACIÓN

se

La Fundación es una de las obras de Buero Vallejo que han alcanzado mayor éxito de público y crítica, tanto por el dramatismo de su trama argumental como por la novedad de los procedimientos técnicos utilizados. Presentada como una fábula, plantea al lector-espectador un choque entre realidad y ficción, que se resuelve paulatinamente a favor de la verdad. Cuando, identificados con el protagonista de la obra, creemos que nos encontramos cómodamente instalados en una Fundación, descubrimos que estamos en una cárcel. Es el reflejo de nuestro mundo y de nuestra sociedad.



Antonio Buero Vallejo

La Fundación

ePub r1.1

Titivillus 03-01-2020

Antonio Buero Vallejo, 1974

Editor digital: Titivillus
ePub base r2.1



PARTE PRIMERA

I

La habitación podría pertenecer a una residencia cualquiera. No es amplia ni lujosa. El edificio donde se halla se ha construido con el máximo aprovechamiento de espacios. Los muros son grises y desnudos: ni zócalo, ni cornisa. Muebles sencillos pero de buen gusto: los de una vivienda funcional donde se considera importante el bienestar. Pero el relativo apiñamiento de pormenores que lo acreditan aumenta curiosamente la sensación de angostura que suscita el aposento. El techo se encuentra, sin embargo, tan alto que ni siquiera se divisa. De tono neutro, sin baldosas ni fisuras, parece el suelo de cemento pulimentado. El ángulo entre el lateral izquierdo y la pared del fondo no es visible: los pliegues de una larga cortina que se pierde en la altura forman un chaflán que lo oculta. En el lateral izquierdo, a media altura y cerca de la cortina, sobresale del muro una taquilla de hierro colado en él empotrada. Sin puertas ni cortinillas, su pobre aspecto contrasta con el de otros muebles. En sus dos anaqueles brillan finas cristalerías, vajillas, plateados cubiertos, claros manteles y servilletas allí depositados. Bajo la taquilla, el blanco esmalte de una puertecita cierra un pequeño frigorífico embutido en la pared. En el primer término de dicho lateral e incrustada asimismo en el muro, sobria percha de hierro, de cuyos pomos cuelgan seis saquitos o talegos diferentes entre sí. Arrimada al muro y bajo ellos, cama extensible que, plegada por su mitad, forma un mueble vertical. En la pared del fondo y junto a la cortina, la única puerta, estrecha y baja, de tablero ahora invisible por estar abierta hacia afuera y a la izquierda del marco. Hállase éste al fondo de un vano abocinado en el muro, cuyo gran espesor es evidente. Sobre la puerta, globo de luz y, más arriba, la rejilla redonda de un altavoz. Contiguo al vano y abarcando el resto del muro hasta su borde derecho, enorme ventanal de gran altura y de alféizar sólo un poco más bajo que el dintel de la puerta. Su marco se halla, asimismo, en un hueco ligeramente abocinado del muro. El ventanal no parece poder abrirse: dos simples largueros verticales sin fallebas sostienen los cristales. Bajo el ventanal y con la cabecera adosada al muro de la derecha, una cama sencilla y clara de línea moderna.

Alineados bajo ella, tres bultos recubiertos por arpilleras o mantas diversas, de utilidad desconocida por el momento. Sujeta la pared sobre la cabecera del lecho, pantallita cónica de metal. El resto del lateral derecho lo ocupa casi por completo una estantería de finas maderas, totalmente empotrada en el muro y quebrada por irregulares plúteos. En su parte baja, un televisor; en algún otro de sus tableros, varios botones.

En sus estantes lucen los bellos y lujosos tejuelos de numerosos libros y asoman artísticas figuritas de porcelana o cristal. Bajo la estantería y cercana al lecho, emerge del muro la tabla de una mesilla, al parecer también de hierro: una simple superficie sobre la que descansan libros, revistas y un teléfono blanco. En el primer término de la escena y hacia la derecha, mesa rectangular de clara madera y suave barniz, no muy grande. Sobre ella, periódicos y alguna revista ilustrada. A su alrededor, cinco acogedores silloncitos de luciente metal y brillante cuero. A la derecha del primer término, pendiente de una larga varilla que se pierde en lo alto, gran lámpara con su moderna pantalla de fantasía.

La puerta abierta da a lo que parece ser un corredor estrecho, limitado por una barandilla metálica que continúa hacia ambos lados y que causa la impresión de dar al vacío.

Tras el ventanal, lejana, la dilatada vista de un maravilloso paisaje: límpido cielo, majestuosas montañas, la fulgurante plata de un lago, remotos edificios que semejan extrañas catedrales, el dulce verdor de praderas y bosquecillos, las bellas notas claras de amenas edificaciones algo más cercanas. Tras la barandilla del corredor y en la lejanía, prolóngase el mismo panorama. Con su contradictoria mezcla de modernidad y estrechez, la habitación sugiere una instalación urgente y provisional al servicio de alguna actividad valiosa y en marcha. La risueña luz de la primavera inunda el paisaje; cernida e irisada claridad, un tanto irreal, en el aposento

(Suave música en el ambiente: la Pastoral de la Obertura de «Guillermo Tell», de Rossini, fragmento que, no obstante su brevedad, recomienza sin interrupción hasta que la acción lo corta. Acostado en el lecho, bajo limpias sábanas floreadas y rica colcha, un Hombre inmóvil, de cara a la pared. De su cuerpo sólo es visible la nuca y la revuelta cabellera. Con una flamante escoba, TOMÁS está barriendo basurillas que lleva hacia la puerta. Es un mozo de unos veinticinco años, de alegre semblante, que usa pantalón oscuro y camisa gris. Sobre el pecho, un pequeño rectángulo negro donde descuella, en blanco, la inscripción C-72. Calzado blando. La escoba se mueve flojamente; TOMÁS silba quedo algo de la música que oye y se detiene, acompañándola con un leve cabeceo.)

TOMÁS.— Rossini... *(Se vuelve hacia el lecho.)* ¿Te gusta? *(No hay respuesta. TOMÁS da un par de escobazos.)* Poco hemos hablado tú y yo desde que vinimos a la Fundación. Ni siquiera sé si te gusta la música. *(Se detiene.)* A los enfermos les distrae. Pero si te molesta... *(No hay respuesta. Barre.)* Es una melodía tan serena como el fresco de la madrugada, cuando asoma el sol. Da gusto oírla en un día tan luminoso como éste. *(Ante el ventanal.)* ¡Si vieras cómo brilla el campo! Los verdes, el lago... Parecen joyas. *(Reanuda el barrido, saca la basura por la puerta y la deja fuera, a la derecha. Se asoma a la barandilla y contempla el paisaje. El sol baña su figura. Vuelve a entrar y, apartando levemente la cortina de la izquierda, deja detrás*

la escoba.) ¿Te gustaría ver el paisaje? El aire está tibio. Si quieres, te incorporo. ¿Eh? *(Ninguna respuesta. Se acerca a la cama y baja la voz)* ¿Te has dormido? *(El enfermo no se mueve. TOMÁS va a alejarse de puntillas. Fatigada débil, se oye la voz del HOMBRE acostado.)*

HOMBRE.— Habla cuanto quieras. Pero no me preguntes... Estoy cansado.

TOMÁS.— *(Va a la mesa y toma una revista.)* Claro, no te alimentas... *(Ríe y se sienta.)* Asel ha dicho que no te conviene tomar nada, y Asel es médico. *(Deja la revista.)* Pero tampoco te veo tomar líquidos, *(Señala a la cortina.)* ni ir al cuarto de aseo. *(Se levanta y se le acerca.)* ¿Te levantas mientras dormimos? *(Se inclina hacia él.)* ¿Eh?... *(BERTA ha aparecido por la derecha del corredor y entra a tiempo de oír las últimas Palabras de TOMÁS, a quien contempla, sonriente. Es una muchacha de mirada dulce y profunda, de brillante melena leonada. El blanco pantaloncillo que viste deja ver sus exquisitas piernas; sobre la inmaculada camisa de abierto cuello, un rectángulo azul con la inscripción A-72. En las manos, un diminuto bulto blanquecino.)*

BERTA.— No te va a responder. Se ha dormido.

TOMÁS.— *(Se vuelve hacia ella.)* ¡Berta! *(Se acerca para abrazarla.)*

BERTA.— *(Lo elude, risueña.)* ¡Cuidado! *(Avanza.)*

TOMÁS.— *(Tras ella.)* ¡No te escapes!

BERTA.— *(Muestra sus manos.)* Lo vas a aplastar.

TOMÁS.— ¿Un ratón blanco?

BERTA.— Del laboratorio. Nos hemos hecho amigos. *(Se lo enseña.)* Es muy dócil. Apenas se mueve.

TOMÁS.— Le habrán inoculado algo.

BERTA.— No. Aún no hemos empezado a trabajar. ¿Y vosotros?

TOMÁS.— *(La abraza por la espalda.)* Tampoco.

BERTA.— *(Levanta sus manos.)* Te está mirando. Te quiere.

TOMÁS.— ¡Deliras!

BERTA.— ¿No le ves la ternura?

TOMÁS.— ¿Dónde?

BERTA.— En esas gotitas de vino que tiene por ojos. Bésalo, *(TOMÁS besa su cuello.)* ¡A él!

TOMÁS.— No quiero.

BERTA.— Disimula, Tomasito. Es mi novio.

TOMÁS.— ¿Me traicionas con un ratón?

BERTA.— Le hablaba a él, no a ti.

TOMÁS.— *(Se separa, inquieto.)* ¿Le has puesto mi nombre? *(BERTA asiente. TOMÁS va hacia la mesa, pensativo.)*

BERTA.— *(Al ratón.)* Tomás, rabo largo, el señor se ha enfadado. Es un egoísta.

TOMÁS.— (*Con media sonrisa.*) Más bien celoso.

BERTA.— (*Ríe.*) ¡Te odia, Tomasín! Ponle ojos tiernos para que se quede contigo.

TOMÁS.— ¿Yo?

BERTA.— Hay que salvar a Tomás...

TOMÁS.— ¡Tomás soy yo!

BERTA.— A Tomás rabo largo. (*Va hacia él.*) ¿No te da lástima? Me gustaría rescatarle de lo que le espera. Podrías cuidarlo en algún rinconcito del cuarto de baño... Sería vuestra mascota. (*Él deniega.*) ¿No?

TOMÁS.— Devuélvelo a su jaula, Berta. Lo necesitan.

BERTA.— (*Después de un momento.*) Aborrezco a la Fundación.

TOMÁS.— Gracias a sus becas vas a ampliar tus estudios y yo a escribir mi novela... (*Se acerca. BERTA acaricia al roedor, sin mirar a TOMÁS.*) La Fundación es admirable, y lo sabes.

BERTA.— Sacrifica ratones.

TOMÁS.— Y perros, y monos... Héroes de la ciencia. Un martirio dulce: ellos ignoran que lo sufren y hasta el final se les trata bien. ¿Qué mejor destino? Si yo fuera un ratoncito lo aceptaría.

BERTA.— (*Lo mira, enigmática.*) No. (*Breve pausa.*) Tú eres un ratoncito, y no lo aceptas.

TOMÁS.— (*Inmutado.*) A veces no te entiendo.

BERTA.— Sí me entiendes.

TOMÁS.— (*Pasea.*) Pero ¿a qué vienen esos escrúpulos tardíos? ¡Es tu trabajo!

BERTA.— Quisiera salvar a mi amiguito.

TOMÁS.— ¡Todos los ratones son iguales!

BERTA.— Este se llama Tomás.

TOMÁS.— (*La toma por la cintura.*) Ponle otro nombre. (*Ríe.*) Llámale Tulio. Es el más antipático de mis compañeros.

BERTA.— No puedo, se llama como tú. (*Se desprende y se encara con TOMÁS.*) ¡Y lo salvaré! (*TOMÁS la mira, perplejo.*) Adiós. (*Va hacia la puerta.*)

TOMÁS.— (*Leve angustia en su voz.*) ¡Espera! (*La retiene por un brazo.*) Mis compañeros no tardarán en volver. Y quieren conocerte. (*La conduce a un silloncito. Ella se sienta, acariciando al ratoncillo.*) No acaban de creer que tú también hayas venido a la Fundación.

BERTA.— ¿Por qué no?

TOMÁS.— Dicen que es mucha casualidad. (*Se sienta sobre la mesa, a su lado.*) Están ciegos para las casualidades. (*Extiende un dedo hacia el número de la camisa de ella.*) Ayer les hablé de ésta. (*Ella le sonrío.*) ¿Os parece mentira que mi novia esté en la Fundación? —les dije—. Pues además le han dado el mismo número que a mí: el 72.

BERTA.— ¿Tampoco lo creyeron?

TOMÁS.— ¡Menos aún! Se echaron a reír... Excepto Asel. Es un tipo desconcertante.

BERTA.— (*Sin mirarle.*) ¿Lo conocías de antes?

TOMÁS.— No... No. ¿Por qué lo preguntas?

BERTA.— Por preguntar.

TOMÁS.— Él no se rió. Él dijo: eso, más que una casualidad, sería un prodigio. Ahora los conocerás, verán tu número y se convencerán de que todo lo que nos sucede a ti y a mí es prodigioso. ¿A que sí?

BERTA.— Sí. (*Él se inclina y la besa largamente. Ella ríe.*) Tomasito se me va a escapar. (*Se levanta y sujeta al animal.*) Quieto, rabo largo. No seas tú ahora el celoso. (*Se lo enseña.*) Mira, me está diciendo algo.

TOMÁS.— Yo nada oigo.

BERTA.— Es otro prodigio. (*Se aproxima el ratón a una oreja.*) Dice que se acerca la hora del almuerzo y que quiere comer. Deben de ser celos, pero tiene razón. No puedo esperar más.

TOMÁS.— (*Se levanta.*) ¡Un minuto! Pronto estarán de vuelta... (*La toma por un brazo.*) ¿Cómo has sabido que hoy no salía yo a pasear?

BERTA.— ¿No te toca el aseo de la habitación?

TOMÁS.— ¿Cómo lo sabes? Desde anteayer no hemos hablado.

BERTA.— (*Lo mira hondamente.*) Me lo habrás dicho tú.

TOMÁS.— (*Intrigado.*) No.

BERTA.— (*Desvía la vista y eleva la cabeza.*) Noto un olor desagradable...

TOMÁS.— (*Desvía la vista.*) Viene del cuarto de baño. La taza filtra mal. O quizá sea el depósito, que descarga sin fuerza... Ya he avisado al encargado de la planta. (*Ríe.*) Hasta una Fundación como ésta sufre deficiencias... Se han dado tanta prisa en construir y organizar que aún no hay servicio, ni comedores...

BERTA.— Y el apiñamiento.

TOMÁS.— Claro. Mientras terminan los nuevos pabellones. ¿Estáis vosotras mejor atendidas en los vuestros?

BERTA.— Lo mismo. Sin servicio aún. Y por eso me tengo que ir. Vámonos, rabo largo. (*Inicia la marcha.*)

TOMÁS.— (*La detiene con timidez.*) Ya no tardan nada... Y es gente interesante. Te agradarán. Incluso Tulio. Es un poquitín grosero y aborrece la música... Pero es un fotógrafo excepcional, que anda tras un descubrimiento óptico formidable. Un verdadero sabio, aunque algo desequilibrado. Y Max, otro sabio. Un matemático eminente. Pero éste, simpatiquísimo y servicial... Lino es ingeniero. Va a experimentar un nuevo sistema de pretensados... Habla poco y es buena persona.

BERTA.— Y Asel.

TOMÁS.— Asel. El mejor de todos.

BERTA.— *(Por el hombre acostado.)* ¿Y éste?

TOMÁS.— *(Después de un momento.)* No lo creerás, pero aún no sé a lo que se dedica. *(Se acerca al lecho.)* Como está enfermo no lo cansamos con preguntas.

BERTA.— ¿No estará oyendo?

TOMÁS.— Duerme profundamente. *(La invita a acercarse. Ella lo hace. En voz baja.)* Mira. Parece un campesino. Quizá sea un horticultor... Ensayaré injertos, cultivos y todas esas cosas. *(Breve pausa.)*

BERTA.— Se me ha hecho tarde, amor. Ahora sí que me voy.

TOMÁS.— *(La abraza. Se le vela la voz.)* Vuelve esta noche.

BERTA.— *(Asombrada.)* ¿Aquí?

TOMÁS.— Son muy dormilones... y muy compresivos. Si nos refugiamos en el cuarto de baño no dirán nada.

BERTA.— *(Al ratón.)* Está loco, Tomasín.

TOMÁS.— Loco por ti. ¿Vendrás?

BERTA.— *(Después de un momento.)* Aborrezco a la Fundación.

TOMÁS.— *(La besa.)* Pero no a mí... Vuelve esta noche.

BERTA.— Basta... *(Se desprende.)* Basta. *(Va hacia la puerta.)*

TOMÁS.— ¿Vendrás?

BERTA.— *(Desde la puerta muestra al ratón.)* Tengo que proteger a mi otro novio... *(Señala la cortina.)* Y en el cuarto de baño huele mal.

TOMÁS.— ¡Nos vamos a otro sitio!

BERTA.— *(Risita.)* ¿A dónde? *(Él no sabe que responder.)* ¡Adiós! *(Desaparece por la derecha del corredor. TOMÁS sale presuroso y alza la voz.)*

TOMÁS.— ¡Yo sé que vendrás! *(Llega de más lejos la argentina risa de BERTA. TOMÁS la ve alejarse. Luego contempla el paisaje y respira el aire perfumado. Penetra de nuevo en la estancia y sonrío hacia el HOMBRE enfermo.)* ¡Cielos, qué mañana! Tan pura como la de Rossini. Duerme, duerme. *(Cruza.)* Amortiguaré un poco la música.

HOMBRE.— Estoy despierto.

TOMÁS.— *(Se detiene, inmutado.)* Perdona... Los dos creímos que dormías... Te habremos molestado.

HOMBRE.— He dormitado a ratos... *(Con voz de sueño.)* Ninguna molestia. *(TOMÁS se acerca a la estantería, manipula en un botón y la música se amortigua.)* Hay un olor desagradable.

TOMÁS.— *(Se vuelve hacia él, turbado.)* Del cuarto de aseo. Lo arreglarán pronto... ¿Prefieres así la música? *(No hay respuesta. TOMÁS se encamina a la mesa sin hacer ruido y toma una revista. Cuando va a sentarse llegan por la izquierda del corredor cuatro hombres que miran hacia la derecha por un momento. En cuanto los*

ve, TOMÁS corre a la estantería y corta la música. Ellos entran. El primero en hacerlo es TULIO, magro cuarentón de rostro afilado y serio. Viste, como todos, camisa gris: en su rectángulo negro, la inscripción C-81. Pantalón oscuro, diferente al de los demás, asimismo distintos entre sí.) ¿Qué tal el paseo?

TULIO.— (Hosco.) Bien. (Los otros entran inmediatamente después: MAX, de unos treinta y cinco años, C-96 en su camisa, de agradable fisonomía, va a sentarse a la mesa y hojea la revista dejada por TOMÁS.)

MAX.— ¡Espléndido! Figúrate que hasta hemos jugado a pídola. ¡Y Tulio ha resultado un maestro! (TULIO lo mira, ceñudo.) En caerse, claro. Pero un maestro. (Ríe, y TOMÁS ríe con él. Entre tanto, LINO entra y va a sentarse al extremo derecho de la mesa. Muy vigoroso y de aire taciturno, aparenta unos treinta años. C-46 en su camisa.)

TULIO.— (Agrio.) Voy a beber agua. (Se acerca a la cortina. ASEL se ha aproximado, nada más entrar, a la cama y observa al HOMBRE acostado. Después se recuesta contra el pie del lecho y mira a TOMÁS. ASEL es el mayor de todos: unos cincuenta años, tal vez más. Cabello gris, expresión reflexiva. En su rectángulo, C-73.)

TOMÁS.— Son pullas sin malicia, Tulio. ¿Te sirvo una cerveza?

TULIO.— (Seco.) Prefiero agua.

TOMÁS.— ¿Sí? Pues yo no. (TULIO desaparece tras la cortina. MAX se barrena una sien ante TOMÁS, que sonrío.)

ASEL.— Y tú, Tomás, ¿qué tal lo has pasado?

TOMÁS.— Muy distraído. He oído a Rossini, he leído...

ASEL.— ¿Ninguna novedad?

TOMÁS.— Ninguna. ¿Cuándo empezamos los trabajos?

MAX.— Tú, cuando quieras. Un escritor no necesita despachos ni laboratorios. (TULIO reaparece secándose la boca con la manga.)

TOMÁS.— Y ya tomo mis notas. Pero también necesito aislamiento.

ASEL.— Así pues, mañana tranquila. ¿Ninguna visita?

TOMÁS.— (Sonríe.) Una. (Todos lo miran, tensos. Con un resuelto de disgusto, TULIO se acerca a uno de los saquitos colgados a la izquierda, entreabre su boca sin descolgarlo y saca un pañuelo, que se guarda. LINO se levanta, mira de reojo a TOMÁS y se acerca a la puerta, en cuya esquina se recuesta.)

ASEL.— (Entre tanto.) ¿Quién?

TOMÁS.— (Divertido.) ¿No lo adivinas?

ASEL.— (Se incorpora.) Calla. Alguien se acerca. (Se aproxima a la puerta. MAX se levanta y se sitúa a su lado. TULIO se vuelve hacia la puerta. Por la izquierda del corredor aparecen, sonrientes, el ENCARGADO y su joven AYUDANTE. Ambos visten impecable chaqueta negra, pantalón de corte y corbata de seda clara, al estilo de los

regentes de hoteles. El ENCARGADO es un señor de edad mediana y porte distinguido. TOMÁS se acerca.)

TOMÁS.— ¡Buenos días, señor!

ENCARGADO.— (*Acentúa su sonrisa.*) Buenos días, caballeros. ¿Todo en orden?

TOMÁS.— Sí, señor. Tan sólo algunas pequeñeces sin importancia... ¿Cuándo abrirán los comedores?

ENCARGADO.— (*Ríe suavemente.*) Muy pronto. La Fundación les ruega que perdonen estas pasajeras deficiencias. Si me permite... (*Entra y observa al HOMBRE acostado.*) ¿Tampoco hoy se ha levantado?

ASEL.— Sigue débil. Pero no es grave.

ENCARGADO.— Muy bien. (*Huele discretamente el aire sin decir nada. Su mirada recorre el aposento.*) Celebro que los señores se encuentren a gusto. (*Regresa a la puerta.*)

TOMÁS.— Muchas gracias.

ENCARGADO.— (*Desde el corredor dedica a todos una sutil sonrisa.*) Siempre a la disposición de los señores. (*Se va por la derecha. El AYUDANTE se inclina, muy risueño, y desaparece a su vez.*)

TOMÁS.— Son amabilísimos. (*Con un sardónico gruñido cruza TULIO, toma un libro pequeño y deteriorado de la mesilla de noche y se recuesta en ella para hojearlo. LINO se asoma al exterior. ASEL, torna a recostarse a los pies de la cama.*)

LINO.— Ya no tardará la bazofia.

MAX.— (*Mientras va a sentarse a la mesa.*) Linda manera de llamar a nuestros festines.

TOMÁS.— Es un exquisito.

LINO.— Perdona, Tomás... Es mi modo de hablar.

TOMÁS.— ¿Yo? No tengo nada que perdonarte. ¿Quién quiere una cerveza? (*Sin levantar la vista del libro, TULIO emite otro gruñido de sorna. TOMÁS lo mira. MAX le indica por señas que no haga caso.*)

MAX.— Prefiero whisky. Yo mismo me lo serviré. (*Sin dejar de leer, TULIO suelta la carcajada. ASEL lo reprende con un meneo de cabeza.*) Y a éste, un calmante.

TOMÁS.— (*Ríe.*) Sí que le hace falta.

TULIO.— (*Sin levantar la vista.*) Me reía de algo... que pone aquí. (*TOMÁS llega al frigorífico y lo abre. Destellos de botellas y envases. LINO modula, abstraído, una absurda y discordante melodía con la boca cerrada: improvisados tonos que suben a veces desagradablemente. TOMÁS, que pensaba lo que podría sacar, lo mira, incómodo.*)

TOMÁS.— Si quieres pongo música. (*LINO lo mira, enmudece y se encoge de hombros.*) ¿Te apetece una cerveza? (*LINO mira a ASEL, quien le hace un leve gesto de asentimiento.*)

LINO.— Bueno.

ASEL.— *(Mirando a TULIO.)* Para mí otra. *(TULIO lo mira con desdén. TOMÁS recoge de la taquilla un abridor, con el que destapa una botella de cerveza. MAX toma de la taquilla dos vasos altos y se los presenta. TOMÁS los llena. MAX se acerca a LINO y le tiende uno.)*

MAX.— Toma.

LINO.— Gracias. *(Pero no lo toma. TOMÁS está abriendo otra botella. Saca otro vaso de la taquilla y se sirve.)*

MAX.— *(A LINO.)* Toma, hombre... *(TOMÁS los mira.)*

LINO.— *(De mala gana.)* Trae. *(Toma el vaso. MAX se acerca a ASEL.)*

ASEL.— ¿Quién nos ha visitado esta mañana, Tomás? No nos lo has dicho. *(LINO, que iba a beber, interrumpe su ademán. TULIO cierra su libro y mira a TOMÁS. MAX se detiene.)*

TOMÁS.— *(Ríe.)* Y no sé si decíroslo. *(Va a beber, se detiene y brinda su vaso a TULIO.)* Perdona, Tulio. ¿Te apetece? *(TULIO lo mira, colérico.)*

MAX.— ¿Le pongo estricnina para que te sepa mejor? *(TOMÁS y él ríen. Tulio deja el libro sobre la mesilla con un golpe airado.)*

TOMÁS.— Bueno, hombre. No te sulfures. *(Y bebe.)*

MAX.— Tu cerveza, Asel. *(Le tiende el vaso.)*

ASEL.— *(Lo toma.)* Gracias. *(LINO cruza hacia la mesa con los ojos bajos, deja blandamente el vaso que no ha bebido, se sienta en un sillón y tamborilea sobre la tabla.)*

TOMÁS.— ¿Y tu whisky, Max? *(MAX va a la taquilla, de la que saca un vaso con unos dedos de whisky ya servidos.)*

MAX.— Aquí está. ¿Me pones el hielo? *(Sorprendido, TOMÁS lo mira y saca del frigorífico un recipiente de metal.)*

TOMÁS.— ¿Cuándo te lo has servido?

MAX.— *(Con una rápida ojeada a los demás.)* Hace un minuto. ¿No lo has visto?

TOMÁS.— No... *(Saca un par de cubitos de hielo con unas pinzas y se los echa en el vaso. MAX agita su bebida. Tomás guarda todo y cierra el frigorífico.)*

ASEL.— *(Suave.)* Tomás, dinos quién vino. *(LINO deja de tamborilear y aguarda la respuesta. TULIO se cruza de brazos y mira a TOMÁS. Sin perderlo de vista, MAX bebe.)*

TOMÁS.— Pues... esa deliciosa personita cuya presencia en la Fundación os obstináis en negar. *(Todos se miran.)*

ASEL.— ¿Tu novia?

TOMÁS.— *(Jactancioso.)* ¡Y con el 72 en su blusa! ¡Por muy poco no te das de narices con el prodigio, Asel! No hace ni cinco minutos que se ha marchado. *(TULIO se sienta en un sillón y resopla con gesto adusto.)* ¡No me creen, Max! Piensan que

me gusta inventar. (*Pasea y bebe.*) Que se lo pregunten al enfermo. Estaba despierto cuando ella vino.

TULIO.— (*Iracundo.*) ¡Cállate!

ASEL.— (*Se incorpora.*) ¡Tulio!

TULIO.— No lo aguanto. (*Se levanta y va a mirar al exterior desde la puerta.*)

ASEL.— ¿Qué es lo que no aguantas? En realidad, todos creemos a Tomás menos tú. (*TULIO le mira, irritado.*) Procura serenarte. Llevas algún tiempo... demasiado nervioso.

MAX.— Asel tiene razón. Te ayudaremos todos.

TULIO.— (*Seco.*) ¿A qué?

TOMÁS.— (*De nuevo afable, sonrío a TULIO.*) Te ayudaremos si lo necesitas, Tulio. Yo también, porque me considero tu amigo. (*Se acerca.*) Si te desagrada que hable tanto de Berta...

MAX.— Es muy natural. Es tu novia.

TOMÁS.— Si a Tulio le molesta, no volveré a hablaros de ella.

TULIO.— Habla de lo que te dé la gana.

TOMÁS.— (*Reflexiona.*) Estamos algo aislados aquí... Ésa puede ser la causa.

ASEL.— ¿La causa de qué?

TOMÁS.— Asel, tú recibes noticias de tu mujer y de tus hijos. Ayer tuviste carta.

ASEL.— Así es.

TOMÁS.— A Max lo visita su madre y a Lino también le llegan cartas de sus padres... ¿Estás casado, Tulio? (*Silencio.*)

ASEL.— No tiene a nadie.

TOMÁS.— Te ruego que me perdones. Le diré a Berta...

TULIO.— (*Pasea, exaltado.*) ¿Que no venga por acá? ¡Gracias, hombre! ¡Ojalá vinieran muchas personas, ojalá viniese el mundo entero! (*A los demás.*) ¡Lo que me crispa no es lo que Tomás supone, y vosotros lo sabéis de sobra!

ASEL.— No grites, Tulio.

TULIO.— ¿Ni siquiera se va a poder gritar?

TOMÁS.— ¿De qué hablas? (*LINO tamborilea de nuevo sobre la mesa.*)

ASEL.— ¡Por favor, no perdamos la calma! Tomás, ruégale a Berta, en nombre de todos, que nos visite lo antes que pueda.

TULIO.— ¡Asel, esto es un error!

ASEL.— (*Lento.*) ¿Qué dices?...

MAX.— (*Sonriente.*) No es un error y debes ofrecerle a Tomás tus excusas.

TOMÁS.— No es necesario.

MAX.— Sí lo es. A ti y a todos. (*Ríe.*) ¿Por qué no nos haces una de tus fotos maravillosas? Los buenos amigos de la Fundación a la hora del aperitivo. ¿Qué te parece?

TULIO.— (*A media voz.*) Que estáis todos chiflados.

MAX.— Si me dejas la máquina os retrato yo, contigo en medio. A condición de que mires al pajarito y sonrías. ¡Será una sonrisa histórica! (*Menos TULIO, ríen todos: hasta el ensimismado LINO ríe a su pesar.*)

TULIO.— (*Con aviesa sonrisa.*) Conforme. A condición de que Berta se ponga a mi lado para la foto. (*TOMÁS lo mira, molesto.*)

ASEL.— Eso es una grosería, Tulio. (*TULIO se encoge de hombros. El timbre del teléfono comienza a sonar suavemente. Nadie lo acusa.*)

TOMÁS.— (*Frío.*) También retratarás a Berta, si quieres hacernos ese favor. Pero no ahora, puesto que no está aquí.

TULIO.— Eso. No está aquí. (*Enfadado, TOMÁS da un paso hacia él. Se contiene y recobra la sonrisa.*)

TOMÁS.— ¡Tulio, te dejo por imposible! (*Apura su cerveza.*) ¿Nadie toma el teléfono? (*Todos se miran.*) Hace rato que suena. Puede ser tu mujer, Asel. O quizá tu madre, Max...

MAX.— Yo lo tomaré.

TULIO.— (*Entre dientes.*) ¡Y lo tomará! (*MAX descuelga. Menos LINO, todos le miran.*)

MAX.— Diga... No, no soy Tomás... (*Le guiña un ojo a TOMÁS, que sonríe.*) Es que nos confunden las voces. Yo soy Max... ¡Qué amable! También todos nosotros deseamos conocerla... (*Con cara de vinagre, TULIO cruza bajo la triunfal mirada de Tomás y desaparece tras la cortina.*) Bueno, casi todos... (*TOMÁS está a su lado, nervioso.*) Mil gracias. Le paso el teléfono a Tomás, que se está mordiendo las uñas...

TOMÁS.— No digas tonterías. (*ASEL va a la mesa y se sienta, atento.*)

MAX.— (*Ríe.*) ¡Ya se ha comido un meñique! ¡Tenga cuidado con él! ¡Es capaz de devorarla por teléfono!

TOMÁS.— ¡Trae, ganso! (*Le arrebató el teléfono. MAX se acerca a la cortina y, como si viese a TULIO a su través, señala a TOMÁS con el gesto de preguntar: «¿Qué dices ahora?» Después va hacia la cama, observa un instante al enfermo y se reclina en la madera de los pies.*) ¡Berta, qué pronto has llegado!... ¿En tu coche? Creí que habías venido dando un paseo... (*Tapa el micrófono.*) Tiene un utilitario, pero le he prometido algo mejor para cuando nos casemos. (*Destapa.*) ¿Desde que no nos vemos? ¡Ah, yo sigo viéndote!... ¡Ya lo creo!... (*Se vuelve hacia la ventana.*) Desde aquí te veo en tu pabellón... (*Ahoga la risa.*) Es que tengo ojo telescópico. Una enfermedad muy rara... Oye, ¿sigue vivo Tomás?

ASEL.— ¿Tomás?

TOMÁS.— (*Tapa el micrófono.*) Un ratón del laboratorio. Le ha puesto mi nombre la muy descarada. (*Destapa.*) ¡Dile que nos veremos las caras! ¡Lo suspenderé por el rabo en el aire, que es lo que más rabia les da!... ¡Al contrario! Tu llamada ha sido

oportunísima. Quienes negaban tu existencia han tenido que morder el polvo. Esta noche te ofrecerán sus disculpas... ¡No, no! ¡No quiero ni oírlo! Esta noche vienes... ¡Para que mis amigos vean lo guapa que eres, mujer! (*El escándalo de un depósito que se descarga tras la cortina le interrumpe.*) No, ahora no te oigo bien... (*Disgustado por el ruido que no cesa, se tapa el oído libre, al tiempo que reaparece TULIO terminando de abrocharse el pantalón.*) ¡Oye!... ¡Que vengas esta noche!... (*Cuelga, molesto.*) Ha colgado. O han cortado, no sé... Espero que vendrá. Esta noche o mañana lo más tarde.

TULIO.— O pasado mañana.

TOMÁS.— (*Seco.*) Gracias por la buena intención. De todos modos ya no puedes negar que ella está aquí.

TULIO.— (*Cruza para sentarse a la mesa.*) Yo no me he puesto al teléfono.

TOMÁS.— (*Se acerca, amostazado.*) ¡Pero Max sí! ¡Y ha hablado con ella! ¡Y si no fuera por ese condenado ruido que has hecho, no sé si apostaría!... (*TULIO lo mira de través.*) Porque se te podía haber ocurrido aliviarte en otro momento, digo yo...

ASEL.— ¿Otra vez? Yo os ruego a los dos...

TULIO.— Descuida. Me callo.

TOMÁS.— También yo. (*Pasea. LINO reanuda sus modulaciones. TOMÁS se detiene ante el ventanal y contempla la campiña.*)

LINO.— ¿Cuánto faltará para la comida?

ASEL.— Unos diez minutos. (*Saca una corta pipa, vieja y requemada, que chupetea con avidez.*)

LINO.— ¿Tanto?

MAX.— No. Ni cinco minutos. (*Pausa.*)

LINO.— (*A ASEL, en voz baja, señalando al enfermo.*) ¿Te corresponde hoy la ración de éste? (*TOMÁS se vuelve despacio, escuchándolos con vaga inquietud.*)

ASEL.— (*Suspira.*) Pues... sí. Lo siento. (*TOMÁS va a hablar, pero se contiene al oír a LINO. MAX hojea una revista.*)

LINO.— Si, al menos, pudiésemos fumarnos el pitillo de la espera... (*ASEL se saca la pipa de la boca y la huele con delectación. TULIO saca su pañuelo y se lo pasa por los labios.*) ¿No te quedará a ti ninguno, Max? (*MAX deniega.*)

ASEL.— Paciencia. Es otro de los lunares de esta admirable Fundación. Creo que hasta dentro de dos días no abren el economato.

TOMÁS.— (*Avanza un paso, contento.*) ¡Pero eso os lo resuelvo yo ahora mismo!

LINO.— (*Con ilusión.*) ¿Te quedan cigarrillos?

TOMÁS.— ¡Claro que sí! Yo apenas fumo. (*Se dirige a los talegos de la izquierda.*) ¡Y bebe tu cerveza, hombre! ¡Ni la has probado! (*LINO recoge su vaso y bebe un sorbo sin quitarle ojo a TOMÁS. TULIO se engolfa en su libro, ceñudo. MAX sorbe otro poquito de su whisky. ASEL observa a TOMÁS, que extrae de uno de los*

saquitos una cajetilla de tabaco y la muestra a todos. No obstante, algo le defrauda a LINO, pues baja la cabeza.) ¡A fumar! (TOMÁS abre la cajetilla y ofrece.)

ASEL.— Toma tu cigarrillo, Lino. *(LINO saca un cigarrillo de la cajetilla con torpes dedos y se queda con él en la mano.)*

TOMÁS.— *(A ASEL.)* ¿Tú no quieres?

ASEL.— *(Se lleva a la boca la pipa.)* Ya sabes que estoy intentando abandonar el vicio.

MAX.— Yo soy un vicioso repugnante. Dame. *(Toma el cigarrillo y saca de su bolsillo una caja de cerillas.)*

TOMÁS.— *(Tímido.)* Tulio... *(TULIO deniega con un dedo, sin levantar la cabeza.)* Pero tú fumas... *(TULIO niega con la cabeza, enfurruñado. TOMÁS mira a todos y esboza un consternado ademán.)*

ASEL.— *(Suave.)* También le has rechazado la cerveza... No lo desaires por segunda vez. Él te estima.

TULIO.— *(Golpea la mesa con el puño.)* ¡Basta de sermones! *(Con gesto de impotencia, vuelve a golpear repetidas veces.)* Está bien. ¡Presento mis excusas! *(Rojo de ira.)* ¡Y le probaré que yo también le estimo! ¡Os lo probaré a todos!

TOMÁS.— Pero, Tulio, no lo digas tan enfadado. Yo te agradezco tu buen deseo sin necesidad de esas explicaciones.

TULIO.— *(A todos, más calmado.)* Perdonadme, tengo el genio vivo. *(TOMÁS le ofrece la cajetilla.)* Fumar, no. He dicho que no quiero y no quiero. *(Se levanta y cruza. Se vuelve hacia TOMÁS.)* Gracias. *(Se aposta ante la puerta y mira al exterior. MAX enciende su cigarrillo y ofrece lumbre a LINO, que vacila. MAX insiste; LINO se pone el cigarrillo en la boca y lo enciende. Pero, tras dos o tres chupadas, lo deja consumirse sobre un cenicero. TOMÁS saca un cigarrillo y se guarda la cajetilla.)*

TOMÁS.— ¿Me das fuego? *(MAX le prende el cigarrillo.)* Gracias. ¿Enciendo la televisión?

MAX.— Viene muy sosa a estas horas.

TOMÁS.— Con estas niñerías ni me he acordado de poner la mesa, y el almuerzo debe de estar al llegar. Lo hago en un vuelo.

MAX.— ¡Y como nadie! Si te falla la literatura, ya sabes: camarero de gran hotel. Ganan más que los novelistas...

TOMÁS.— *(Ríe.)* Lo pensaré. *(Ha ido a la mesa y recoge todos los periódicos y revistas, que deja sobre la mesilla. TULIO se vuelve y lo mira con tristes ojos.)*

TULIO.— *(Humilde.)* ¿Te ayudo?

ASEL.— ¡Bravo, Tulio! *(TULIO dibuja una sonrisa avergonzada.)*

TOMÁS.— *(Conmovido.)* Si quieres, con mucho gusto. Te lo agradezco de veras. Retira tú los vasos, por favor. ¿Acabasteis todos?

MAX.— *(Se apresura a apurar su vaso y lo suelta.)* Listo. *(TULIO se acerca a la mesa, indeciso. TOMÁS recoge el cenicero, donde el cigarrillo de LINO aún lanza su columna de humo.)*

TOMÁS.— ¿No te gusta este tabaco, Lino? *(Apaga la colilla.)*

LINO.— ¿Eh? Sí. Cualquier tabaco me gusta.

TOMÁS.— *(Va la mesilla para dejar el cenicero.)* Se te ha consumido entero...

LINO.— *(Desconcertado, mira a los demás.)* Estaba distraído.

TOMÁS.— Pídeme otro cuando quieras. *(Nada más dejar el cenicero se detiene, asombrado por la increíble actuación de TULIO, quien, después de mimar los ademanes de apiñar y recoger vasos, pero sin rozar siquiera los que se ven sobre la mesa, se encamina con esa carga imaginaria hacia la taquilla. Los demás no parecen hallar nada anómalo en su proceder; MAX se levanta, apurando su colilla para dejarla en el cenicero, y después se acerca al HOMBRE acostado para observarlo discretamente. De nuevo abstraído, LINO tamborilea sobre la mesa con ambas manos. Sonriente y saboreando su pipa vacía, ASEL mira a TULIO. TOMÁS reprime su despecho.)* No debiste ofrecerme ayuda para reírte de mí. *(Todos lo miran, sorprendidos. TULIO se detiene y se vuelve, inquieto. Muy atento, ASEL avanza hacia ellos.)*

TULIO.— ¿Me hablas a mí?

TOMÁS.— *(Glacial.)* ¿A quién, si no? *(Va a la mesa.)*

TULIO.— ¿Y por qué... me dices eso?

TOMÁS.— ¿Qué estás haciendo?

TULIO.— *(Turbado.)* Llevar los vasos... a la alacena.

TOMÁS.— ¿Qué vasos?

TULIO.— *(Apenas se atreve a levantar sus manos.)* Éstos.

TOMÁS.— No sé qué pensar de ti. *(Reúne los vasos, que tintinean.)*

TULIO.— Pero... si yo...

MAX.— *(Rápido.)* ¡Ha sido una broma, Tomás!

TOMÁS.— ¡De muy mal gusto! *(Cruza con los vasos hacia la taquilla.)* Me parece... ¡Vamos! ¡Me parece que mis deseos de conciliación no han podido ser más claros!

ASEL.— Sin duda, pero cálmate...

TOMÁS.— *(Saca de la taquilla un mantel estampado.)* ¡Me ha ofrecido ayuda para burlarse!

TULIO.— ¡No!

TOMÁS.— *(Mientras va a la mesa y pone el mantel.)* ¡No le soportaré ni una burla más! Pediré al Encargado que lo trasladen de habitación.

MAX.— *(Le ayuda a extender el mantel.)* ¿No lo entiendes? Hay que disculpárselo...

TULIO.— (A ASEL.) ¡Yo quería complacerle!

TOMÁS.— ¡Y todavía insiste! (*Mientras va a la taquilla para tomar servilletas.*) ¡No quiero oírle ni una palabra más! Este incidente ha terminado. (*Con una colérica mirada a TULIO.*) Para siempre.

ASEL.— No, Tomás...

TOMÁS.— ¿Lo vas a disculpar?

MAX.— Trae. (*Le recoge las servilletas y las va colocando.*)

LINO.— No ha sido una burla, Tomás. (*Tomás va a buscar cubiertos.*)

TULIO.— (*Con un gruñido sarcástico señala a MAX.*) ¡Vaya! Resulta que yo soy el único que no sabe ayudar.

MAX.— (A TOMÁS.) Yo pondré las copas. (*Va a la taquilla y saca copas, que lleva a la mesa.*)

TULIO.— (*Con despecho.*) ¡Las copas!

ASEL.— (*Se acerca a TOMÁS.*) Tienes que comprenderlo. Él no sabía lo que hacía.

MAX.— Yo traigo el vino. (*Va a la taquilla.*)

TULIO.— ¡Asel, si lo explicas así, prefiero explicarlo yo!

ASEL.— No seas picajoso. (A TOMÁS.) Y tú, ven aquí. (*MAX lleva a la mesa una botella de vino. TOMÁS deja sobre la mesa su carga de cubiertos*)

TOMÁS.— Tengo que poner la mesa. (*Va a la taquilla y toma los platos.*)

ASEL.— (*Le sigue.*) Escúchame, por favor. (*Lo toma de un brazo.*)

TOMÁS.— Déjame.

ASEL.— (*Lo retiene y le lleva al primer término.*) Ven.

TULIO.— (*Se acerca.*) ¡Te digo que así no! ¡Ya estoy harto!

ASEL.— (*Tajante.*) ¡Cállate! (*Breve pausa.*)

TULIO.— (*Respira con fuerza.*) ¡Como quieras! Seguiré teniendo paciencia. (*Y se aparta hacia la mesa, en cuyo extremo derecho se sienta, cruzándose de brazos.*)

ASEL.— (*A media voz.*) Tomás, tú sabes que Tulio...

TOMÁS.— Yo no sé nada.

ASEL.— Tú sabes que él... es muy raro. (*Breve pausa.*) Ten tú también paciencia. Y comprensión.

TOMÁS.— ¡Está bien, está bien! Como quieras. (*Va a la mesa, pone bruscamente los platos, vuelve a buscar más y los lleva. MAX le ayuda a colocarlos.*) Gracias. (*TULIO no soporta la visión de esa ayuda ni la brusquedad con que TOMÁS le ha puesto delante un plato y se levanta para apoyarse en la mesilla, que golpea con sus manos, de cara a la librería.*)

MAX.— (*Procura distender la situación.*) ¿Qué coche piensas comprar cuando te cases, Tomás? (*ASEL se sienta.*)

TOMÁS.— No sé... Aconséjame tú. (A LINO.) O tú, ingeniero. De eso sabrás bastante... ¿Cuál me recomiendas?

LINO.— No sé qué decirte. Yo soy ingeniero.

TOMÁS.— ¡Pues por eso! ¿De qué marca es el tuyo?

LINO.— (*Ríe levemente.*) De... la mejor.

TOMÁS.— (*Coloca el último plato y ríe.*) ¡No lo dudo! ¿Otro cigarrillo?

LINO.— (*Va a asentir, se arrepiente.*) No, gracias. (*Tamborilea.*)

TOMÁS.— (*Mira la mesa y se frota las manos.*) Ya está todo. (*Se acerca a la cama y mira por el ventanal.*) ¡Qué mañana más luminosa! (*A sus espaldas, se miran todos.*)

LINO.— ¡Y qué larga! Cinco horas ya, desde el desayuno.

TOMÁS.— (*Se vuelve a medias.*) ¿Te saco unos taquitos de jamón o de queso?

LINO.— Aguantaré. Ya queda poco. (*De bruces sobre la mesa, reclina la cabeza en los brazos. Con la boca cerrada reanuda sus curiosas modulaciones.*)

TULIO.— ¡Maldita sea, huele cada vez peor!

TOMÁS.— (*A ASEL.*) ¡Ah!... Eso también está resuelto. (*Todos lo miran.*)

MAX.— ¿Resuelto?

TOMÁS.— (*Se adelanta, risueño.*) He avisado esta mañana. (*LINO juguetea con el plato que tiene delante. TULIO aprieta los puños.*)

ASEL.— (*Se levanta despacio.*) ¿A quién?

TOMÁS.— Al Encargado. Pasó a primera hora. (*LINO se levanta y, sin abandonar su plato, va a la puerta y atisba. Después se vuelve para escuchar, dando nerviosos giros al plato.*)

ASEL.— (*Entretanto.*) Has dicho que sólo hubo una visita.

TOMÁS.— La de Berta. Pero el Encargado vino mucho antes. Nada más salir vosotros.

MAX.— ¿No te confundes con otro día?

TOMÁS.— ¿Cómo me voy a confundir? Notó el olor, entró y le expliqué lo que pasaba. Ha prometido llamar en seguida al fontanero. (*TULIO se vuelve de espaldas y se apoya de nuevo en la mesilla.*) ¿Contentos?

ASEL.— Por supuesto. ¿Habló de alguna otra cosa? (*Sin volverse TULIO se envara.*)

TOMÁS.— Sus gentilezas de siempre. Que si estábamos satisfechos... Todo eso.

ASEL.— (*Risueño.*) Algo más comentarías con él, novelista. A ti te gusta charlar.

TOMÁS.— (*Ríe.*) Le hablé de Berta, de lo simpáticos que sois todos... (*Mira a TULIO.*) Todos. Él también es muy cortés y agradable. Estoy seguro de que cumplirá su promesa.

ASEL.— (*Después de un momento.*) ¿Habló también con el enfermo?

TOMÁS.— Me parece... que no. Dormía como ahora.

HOMBRE.— (*Sin moverse*) No duermo. Os estoy escuchando.

TOMÁS.— (*Lo mira. A ASEL.*) Bueno, entonces sí dormía. (*Todos le miran extrañamente.*) ¿A qué vienen esas caras? ¿Qué creéis ahora? Preguntádselo cuando venga con el almuerzo.

ASEL.— No es necesario, Tomás.

MAX.— Nadie duda de tu palabra.

TOMÁS.— (*Pasea.*) Hoy sí que tardan... También yo empiezo a sentir apetito. (*Se enfrenta con LINO.*) Son estos aires, no cabe duda. Cuando nos vayamos de aquí todos habremos engordado. (*Ríe.*) Y a ti te vendrá bien... Eres fuerte, pero estás algo flaco. (*Entretanto, ASEL se acerca a TULIO y, a hurtadillas de TOMÁS, le dice algo con gesto afable y menea la cabeza con resignación. TULIO asiente.*)

ASEL.— Tampoco a ti te sobran kilos, Tomás.

TOMÁS.— (*Se vuelve hacia él.*) ¡Ni falta que me hacen!

ASEL.— Ven aquí, por favor. (*Se adelanta. TOMÁS se acerca.*) Estás pálido.

TOMÁS.— Siempre fui pálido.

ASEL.— (*Le mira la mucosa de un párpado.*) Sigues completamente anémico.

TOMÁS.— ¡No es posible!

ASEL.— (*sonríe.*) ¿Soy o no soy médico?

TOMÁS.— Lo eres, pero...

ASEL.— Debes sobrealimentarte, ya te lo dije. Hagamos una cosa. Aparte de todas las incursiones que quieras en el frigorífico, hoy te comes la ración del enfermo.

LINO.— (*Molesto.*) ¿Por qué?

ASEL.— Si hoy me corresponde a mí, puedo cederla a quien se me antoje, ¿no?

TULIO.— A quien la necesite, y tú la necesitas, Asel.

ASEL.— No. Yo se la cedo a Tomás.

TOMÁS.— Ya lo has hecho otras veces... ¡Y yo puedo comer cuanto me venga en gana! ¡Y todos!

ASEL.— El apetito es mayor. (*Lo mira fijamente.*) Tú lo has dicho, son los aires... Confiesa que estás deseando hartarte un día. Y que ningún día lo consigues.

TOMÁS.— Es verdad. Y no lo comprendo.

ASEL.— Hoy te saciarás.

TOMÁS.— Asel, yo no debo aceptarlo.

ASEL.— No se hable más. (*Le pone una mano en el hombro.*) ¡Prescripción facultativa!

TOMÁS.— (*Baja la cabeza.*) Gracias. (*Silencio.*)

TULIO.— Asel, si no digo algo, reviento.

ASEL.— Si no es un disparate... (*Se sienta y juega con su pipa.*)

TULIO.— Eres el hombre más admirable que he conocido.

ASEL.— (*Risueño.*) Es un disparate. (*Breve pausa.*) También tú le diste ayer a Tomás algo de tu comida...

TULIO.— (*Rezonga.*) Porque me lo rogaste tú.

ASEL.— Tonterías. Lo hiciste de buena gana.

TULIO.— Que te crees tú eso. (*Silencio.*)

HOMBRE.— Yo también tengo hambre. ¿Por qué me tenéis a dieta? (*Nadie acusa estas palabras. TOMÁS, muy perplejo, lanza una mirada al enfermo.*)

TOMÁS.— También yo voy a reventar si no digo algo, Asel.

ASEL.— Pues dilo.

TOMÁS.— Como médico... no te entiendo.

ASEL.— Porque no eres médico.

TOMÁS.— ¿No debería tomar algo el enfermo? (*Se miran, a hurtadillas de TOMÁS.*)

ASEL.— Dieta absoluta.

HOMBRE.— ¿Por qué?

TOMÁS.— ¿Por qué?

ASEL.— Sería largo de explicar...

TOMÁS.— Ni siquiera bebe.

ASEL.— Sí bebe. Cada noche le doy el líquido que necesita.

TOMÁS.— (*Se acerca a él, turbado.*) Y durante el día... ¿nada?

ASEL.— Nada.

TOMÁS.— Se morirá de sed.

ASEL.— No.

TOMÁS.— (*Tímido.*) ¿Le vas a reconocer hoy?

ASEL.— No hace falta. Se halla en una etapa estacionaria.

TOMÁS.— (*Caviloso.*) Supongo que sabes lo que haces.

ASEL.— No lo dudes.

TOMÁS.— Pero dime, Asel... (*Le oprime un hombro.*) Si nos sobran alimentos, ¿por qué recogemos todos los días su ración y nos la tomamos por turno? (*ASEL titubea.*)

MAX.— ¿Y por qué no?

LINO.— Tú has admitido que tenías hambre.

TOMÁS.— (*Pasea.*) Sí. Todos la tenemos. ¡Y no me lo explico!

MAX.— (*Risita.*) Los aires. (*Silencio. TOMÁS los mira uno a uno y recibe las inocentes miradas de todos. Después se acerca a la cama y se inclina sobre el HOMBRE acostado.*)

TOMÁS.— ¿Te encuentras bien? ¿Quieres algo? (*No hay respuesta. TOMÁS se incorpora y se vuelve hacia ASEL.*) No le irá a pasar nada... ¿Verdad, Asel?

ASEL.— No.

TOMÁS.— *(Da unos pasos vacilantes. Se vuelve a mirar al paisaje.)* Es hermoso vivir aquí. Siempre habíamos soñado con un mundo como el que al fin tenemos. *(Silencio.)*

MAX.— No le vuelvas a hablar del retrete al Encargado. Podría molestarle.

TULIO.— *(Seco.)* Es seguro que el Encargado no lo va a olvidar.

TOMÁS.— Descuidad. *(Va a la estantería.)* ¿Un poco de música?

ASEL.— Como quieras. *(TOMÁS va a oprimir el botón.)*

MAX.— Espera. Creo que ya está aquí el almuerzo. *(Va hacia la puerta con un plato en la mano.)*

LINO.— Sí. Ya lo traen. *(TULIO toma un plato y cruza a su vez, poniéndose en fila detrás de LINO y MAX. TOMÁS se acerca a la mesa.)*

ASEL.— *(Cachazudo, se guarda su pipa, toma un plato y se levanta.)* Recoge tú el del enfermo.

TOMÁS.— Eso iba a hacer. *(Toma dos platos y se dirige a la puerta. ASEL se coloca detrás de TULIO. Conducido por dos camareros correctamente vestidos de frac, llega por la izquierda del corredor un niquelado carrito de dos tablas, colmada la superior de fuentes con exquisitas viandas y la inferior de succulentos postres. Entre el carrito y la barandilla aparece, muy sonriente, el ENCARGADO.)*

ENCARGADO.— Buenos días, señores.

TODOS.— Buenos días. *(El PRIMER CAMARERO le tiende a LINO un cestito repleto de dorados panecillos, que LINO se apresura a trasladar a MAX y éste a TULIO, quien lo pasa a ASEL, el cual se aparta un instante de la fila y lo deja sobre la mesa.)*

ENCARGADO.— *(Entretanto.)* La carta de hoy es excelente y variada. *(Los CAMAREROS les sonríen.)* Tienen donde elegir. *(A TOMÁS, que se acerca con los dos platos.)* ¿Son para el enfermo?

TOMÁS.— Sí. ¿Qué me aconseja usted? *(Risita del PRIMER CAMARERO.)*

ENCARGADO.— ¿Puede comer de todo?

TOMÁS.— De todo.

ENCARGADO.— *(Tenue risita.)* Entonces me permito recomendarle estos riquísimos entremeses, una terrina de *foie-gras* y solomillo con champiñones. *(Los CAMAREROS ahogan regocijadas risitas. TOMÁS tiende un plato y uno de ellos se lo va llenando.)* Y, de postre..., le recomiendo la tarta de manzana. Está exquisita.

TOMÁS.— Perfecto. Yo tomaré lo mismo.

ENCARGADO.— Mil gracias. *(El SEGUNDO CAMARERO le pide a TOMÁS el otro plato y se dispone a servirle.)* ¿Les molesta mucho ese olorcillo? *(TOMÁS mira a sus compañeros y vacila en responder.)* Perdonen que lo pregunte en ocasión tan inadecuada... *(A uno de los CAMAREROS se le escapa una breve carcajada. El ENCARGADO lo mira rápido, pero también sonríe.)*

TULIO.— *(Desde la fila.)* Apenas lo notamos.

ENCARGADO.— *(Muy serio.)* No obstante, se arreglará lo antes posible... No lo duden. *(Las cortinas se corren durante breves momentos.)*

II

La misma claridad irisada en el aposento; al fondo, inmutable y radiante, el paisaje. La puerta sigue abierta. Aunque nada parece haber variado, pueden observarse tres cambios si se pone atención. De los cinco elegantes silloncitos, los dos situados hacia la izquierda de la mesa han desaparecido y los reemplazan dos de los tres bultos que antes se guardaban bajo la cama; más visibles ahora, se aprecia que cada uno de ellos consiste en una vieja colchoneta, delgada y estrecha, enrollada, y cuyos pliegues en espiral asoman por los bordes de la arpillera que la envuelve. El tercer cambio afecta a las ropas de la cama; ya no hay en ella sábanas ni colcha, sino una manta parduzca, y el cabezal gris carece de funda.

(El HOMBRE acostado permanece en la misma postura. De frente y sentado en el suelo, hacia el primer término de la izquierda. TULIO lee en su libro desportillado y se aplica a la nariz su pañuelo de vez en cuando. Sobre de los petates, de perfil y sentado a la izquierda de la mesa, LINO, abstraído. De frente y sentado cerca del extremo derecho de la mesa, ante un gran libro de reproducciones en color, TOMÁS lo comenta para ASEL. Y MAX, de pie a sus dos lados. Unos segundos de silencio.)

TOMÁS.— No se cansa uno de mirar.

MAX.— ¿Y es un cuadro pequeño?

TOMÁS.— No tendrá más de un metro de ancho.

MAX.— Parece mentira. *(TULIO gruñe, despectivo, sin levantar la vista.)*

TOMÁS.— Fijaos en la lámpara dorada. ¡Qué calidades! ¡Y con qué limpieza destaca del mapa del fondo!

TULIO.— *(Sin dejar de leer.)* El mapa del fondo, con sus arrugas viejas... *(Los otros tres se miran.)*

TOMÁS.— Exacto. Como un hule que se hubiera resquebrajado. *(Señalan.)* ¿Las veis? Debe de ser muy difícil pintar esos efectos. Pero Terborch era un maestro.

TULIO.— Terborch era un maestro, pero ese cuadro no es de Terborch.

ASEL.— Tulio, ¿por qué no vienes a la mesa y lo ves con nosotros? ¿Qué necesidad tienes de sentarte en el suelo?

TULIO.— *(Seco.)* Por variar.

TOMÁS.— *(Se ha inclinado para leer en el libro.)* Aquí pone Gerard Terborch.

TULIO.— Un pintor está sentado y de espaldas, copiando a una muchacha coronada de laurel y con una trompeta. ¿Es éste?

TOMÁS.— ¡El mismo!

TULIO.— (*Suspira.*) Lo siento, pero no puedo dejar de intervenir. Ese cuadro es de Vermeer.

TOMÁS.— ¡Si aquí dice...!

TULIO.— ¡Qué va a decir!

TOMÁS.— (*Se inclina, vehemente.*) Dice... (*Se endereza, desconcertado.*) Vermeer. ¿Cómo he podido leer Terborch?

ASEL.— (*Ríe.*) Todos estos holandeses son indiscernibles. La ventana, la cortina, la copa de vino, el mapa...

MAX.— Ha sido una confusión mental.

TOMÁS.— (*Incrédulo.*) ¿De los nombres? Además, yo sabía que este cuadro era de Vermeer... Vermeer de Delft. (*Se inclina.*) Aquí lo dice. ¡Gracias, Tulio! (*TULIO lo mira de reojo y no responde.*) ¿No quieres venir a ver? Es evidente que te gusta la pintura.

TULIO.— No tengo ganas de levantarme.

TOMÁS.— (*Afectuoso.*) Ni de ver libros... Tienes aquí las más bellas obras creadas por los hombres. Y nunca las miras.

ASEL.— (*Suave.*) A cada uno hay que dejarle ser como es.

TOMÁS.— ¡Pero es absurdo que se pase las horas con la nariz metida en ese libraco viejo! ¡Un manual de ebanistería! ¿A quién se le ocurre? (*Señala a la estantería.*) Podría distraerse con las mejores novelas... (*A TULIO.*) ¿Quieres que te elija una? (*TULIO lo mira fríamente.*)

MAX.— Vamos a seguir viendo cuadros.

TOMÁS.— (*Perplejo ante el silencio de TULIO.*) Sí... Sí. (*Mira al libro.*) Vermeer... (*Se entusiasma de nuevo.*) Por cierto, hay algo muy curioso en esta pintura. Esta lámpara holandesa es casi idéntica a la de otra tabla famosa y muy anterior. (*Busca en el libro.*) Una tablita de Van Eyck... El retrato de un matrimonio.

TULIO.— (*Entre dientes.*) Arnolfini.

MAX.— No es italiano, Tulio. Es flamenco.

TULIO.— (*Fastidiado.*) ¡Arnolfini y su esposa! Está en la Galería Nacional de Londres. Pero me callo, me callo. (*Se engolfa, al parecer, en su libro.*)

TOMÁS.— Sí, es éste. Y aquí lo tenemos. ¡Mirad! (*Compara una y otra página.*) Se diría la misma lámpara.

MAX.— ¿Y si fuera la misma?

TOMÁS.— ¿A tres siglos de distancia? No. Vermeer copió la de Van Eyck... o coincidió misteriosamente, pues es muy improbable que conociese este cuadro.

TULIO.— ¡Cuánta imaginación! Esas dos lámparas se parecen como tú y yo.

TOMÁS.— ¡Son casi iguales! Míralas.

TULIO.— No me hace falta. En la de Vermeer, brazos delgados, cuerpo esférico; en la del flamenco, brazos anchos y calados, cuerpo cilíndrico...

TOMÁS.— Pequeñas diferencias...

TULIO.— Y una gran águila de metal corona la de Vermeer. ¿O me equivoco?
(Silencio.)

TOMÁS.— Creo que... no.

TULIO.— Por consiguiente, ninguna coincidencia misteriosa.

ASEL.— Tu memoria es admirable, Tulio. (TULIO se encoge de hombros.)

TOMÁS.— Y yo lo reconozco de buen grado. Es natural: un fotógrafo tan bueno tenía que saber mucho de pintura. ¿Cómo se llama esa técnica que quieres perfeccionar?

TULIO.— (Deja a un lado el libro. No los mira.) Holografía. (Suspira.) Sí... imágenes que deambulan entre nosotros... De bulto... Y no son más que proyecciones en el aire: hologramas.

MAX.— ¿No han descubierto ya eso?

TULIO.— Y se puede mejorar. Es un campo inmenso. (Breve pausa.) Yo... lo investigaba, sí. Con otra persona. Yo quería... (Oculta la cara entre las manos.) ¡Dios mío! Yo quería.

ASEL.— (Se acerca a él.) Y lo conseguirás, Tulio... No desesperes.

TOMÁS.— (Conmovido.) Has venido a la Fundación para eso...

ASEL.— Se comprende que te amilanen las dificultades...

TOMÁS.— Pero ya verás cuando te pongas a trabajar. ¡Aquí haremos todas grandes cosas! Max resolverá el problema de los N cuerpos, Lino inventará sus pretensados, Asel sistematizará toda la acupuntura...

ASEL.— Yo no te he hablado de acupuntura.

TOMÁS.— Ésa es tu investigación, alguien me lo ha dicho. Las microcorrientes de la piel, en relación con las enfermedades...

ASEL.— (Sonríe.) Si tú lo dices...

TOMÁS.— Y Tulio llenará el mundo de imágenes inesperadas, y yo... escribiré mi novela.

MAX.— Que será, en cambio, muy esperada.

TOMÁS.— (Modesto.) No, yo estoy empezando. Ven a la mesa, Tulio. Comenta tú los cuadros. (Pasa hojas.) Mira, Boticelli... El Greco... Rembrandt... Velázquez... Goya... Chardin... ¿No quieres? (Silencio.)

ASEL.— Sigue tú. (Se sienta a la mesa.)

TOMÁS.— (Dolido.) Algo pasa.

MAX.— ¡Sigue!

TOMÁS.— Watteau... Turner... (*Se detiene.*) ¡Turner! Es como un diamante de luz. (*Se vuelve hacia el ventanal.*) Casi tan espléndido como ese paisaje. Otro arco iris de nubes, de rocas, de frescas aguas, de radiantes palacios... (*Nervioso, se está buscando desde hace rato en los bolsillos. Breve silencio.*) ¿Dónde he dejado mi tabaco? Metí la cajetilla en este bolsillo. Y no está. (*TULIO descubre su rostro. Todos miran a TOMÁS.*) Y estoy seguro, ¡seguro!, de no haberla vuelto a sacar desde que la guardé.

ASEL.— (*Lo mira fijamente.*) ¿También estás seguro de habértela guardado?

TOMÁS.— ¿Eh?...

MAX.— (*Ríe.*) ¿No será una cajetilla holográfica?

TOMÁS.— No bromees.

MAX.— Te la habrás dejado en cualquier rincón.

TOMÁS.— ¡No la he sacado! Y no puede haberse esfumado.

ASEL.— (*Le clava los ojos.*) Entonces, piensa.

TOMÁS.— (*Sonríe sin gana.*) ¿Es un acertijo?

ASEL.— Tal vez.

TOMÁS.— La habéis escondido vosotros.

ASEL.— Te juro que nadie ha tocado esa cajetilla.

TOMÁS.— (*Lleno de suspicacia.*) No puede ser...

ASEL.— (*Con intención.*) Y, sin embargo, es.

MAX.— No te preocupes. Ya reaparecerá.

TOMÁS.— (*Caviloso.*) Eso espero... (*Pasa hojas.*) Monet... Van Gogh... Eso espero... (*Enmudece. ASEL lo mira, muy atento.*) No conozco a este pintor. ¿Os gusta?

ASEL.— ¿Y a ti?

TOMÁS.— Dibujo sólido, pero flojo de tonos... (*TULIO atiende.*) Será un animalista del siglo XIX.

MAX.— ¿Un animalista?

TOMÁS.— Ya lo ves. Ratones en una jaula. Un tema sórdido (*Durante estas palabras aparece BERTA en la puerta, sonriente y sigilosa.*) Hay algo repelente en las expresiones de estos animales. (*Sin que nadie repare en ella, BERTA avanza unos pasos. TOMÁS se inclina sobre el libro.*) Tom Murray. No sé quién es. (*Ensimismado, LINO modula sus gorjeos con la boca cerrada.*)

ASEL.— ¿Lo conoces, Tulio?

TULIO.— No. (*TOMÁS se está incorporando lentamente. Sin volverse, parece intuir la presencia de ella a sus espaldas.*)

ASEL.— ¿Y qué hacen esos pobres ratones? (*BERTA frunce las cejas y retrocede en silencio.*)

TOMÁS.— (*Absorto.*) ¿Qué hacen?...

ASEL.— Algo hacen o algo esperan. ¿No? *(De nuevo en el corredor, BERTA los mira a todos con grave expresión y desaparece por la derecha. TOMÁS se levanta y se vuelve de pronto. Va la puerta, se asoma y mira ambos lados. Se vuelve, pensativo.)* ¿Qué te sucede?

TOMÁS.— Nada. *(Una pausa, en la que sólo se oyen las modulaciones de LINO. De repente, cesan éstas. TOMÁS mira a todos con recelo; después al HOMBRE acostado e inmóvil. Hay alarma y duda en sus ojos.)*

LINO.— ¿Cuánto faltará para la cena?

ASEL.— Unas cuatro horas.

LINO.— *(Respira tapándose boca y nariz. Se levanta y se acerca al primer término, aspirando con ansia.)* Ya no se puede respirar.

ASEL.— Pronto acabará todo.

LINO.— ¿Y será mejor?

ASEL.— Ya veremos.

TOMÁS.— *(Inseguro.)* El depósito lo arreglarán en seguida... *(A LINO.)* Si tampoco respiras en esa ventana, vente a la puerta. El aroma del campo llega hasta aquí.

LINO.— ¡Qué va a llegar!

TOMÁS.— *(Murmura.)* A veces es difícil contentaros. *(Cruza para volver a la mesa. Se detiene, reparando en el petate que LINO ha abandonado.)*

ASEL.— *(Se levanta y se acerca a LINO.)* Todavía un poco de calma, Lino. Tú sabes que es necesario. *(TOMÁS lo escucha y vuelve a mirar el petate. Sigue su camino y se detiene ante el libro. Inquisitivo, mira a MAX.)*

MAX.— No nos has dicho qué representan esos ratoncitos.

TOMÁS.— *(Seco.)* No más pintura por hoy. Ya veo que os aburro.

ASEL.— ¡No, no! *(TOMÁS cierra el libro y lo devuelve a la estantería.)*

MAX.— ¡Al contrario!...

TOMÁS.— *(Terminante.)* Sí. *(Repasa lomos de libros, se decide a sacar Otro. MAX chasquea la lengua y deniega.)* ¿Qué?

MAX.— *(Risueño.)* Si la devoción terminó, comienza la obligación.

TOMÁS.— ¿De qué hablas?

MAX.— Adivina adivinanza. ¿Quién es el remolón que está hoy de limpieza?

TOMÁS.— *(Gesto de contrariedad.)* Perdón. Ahora mismo saco la basura. *(Cruza y se detiene junto a uno de los silloncitos, cuyo respaldo acaricia. Después, junto a los dos petates, que considera con disimulo. ASEL lo observa con vivo interés. TOMÁS se inclina y toca la arpillera del de la izquierda.)*

ASEL.— ¿Qué miras?

TOMÁS.— *(Se incorpora rápidamente.)* Nada. *(Va al fondo y desaparece por unos segundos tras la cortina, para reaparecer, muy extrañado, mirando la escoba que*

trae. No es la que usó por la mañana, sino un escobajo viejo y sucio de mango muy corto. Mira a sus compañeros. Titubea.)

ASEL.— ¿Te pasa algo?

TOMÁS.— No... Sólo quisiera saber... *(Baja la voz.)* No comprendo.

ASEL.— ¿Qué es lo que no comprendes?

TOMÁS.— Desde que volvisteis del paseo nadie ha entrado ni salido.

ASEL.— El Encargado.

TOMÁS.— *(Ríe de pronto.)* ¿A qué vienen todas estas bromas?

MAX.— *(Risueño.)* ¿Qué bromas?

TOMÁS.— *(Riendo.)* No disimuléis, no soy tonto. Estáis cambiando cosas, o escondiéndolas.

ASEL.— ¿Dónde?

TOMÁS.— *(Serio.)* ¿Me lo vais a negar?

ASEL.— Yo, al menos, no bromeo. *(Se miran fijamente.)*

TOMÁS.— *(Sombrío.)* Dejémoslo. *(Considera de nuevo la escoba que tiene en la mano. Se inclina y barre hacia afuera el montoncillo de basura, que deja en el corredor a la derecha de la puerta. Al incorporarse mira hacia la izquierda.)* Ya vienen recogiendo. Por poco me descuido. *(Entra, al tiempo que llegan por la izquierda del corredor y cruzan los dos CAMAREROS, portando un cajón oscuro con asas. Ya no llevan el frac, sino largos mandiles sobre sus camisas grises y sus pantalones viejos. Depositán el cajón a la derecha de la puerta y el SEGUNDO CAMARERO, único visible ahora, saca de él una escobilla y un cogedor. Recoge la basura, la vuelca en el cajón y vuelve a meter en él sus adminículos. Levanta el cajón —se supone que el otro camarero lo hace al mismo tiempo— y se va por la derecha. TOMÁS va a mirar, pero retrocede: la puerta se está entornando lentamente, empujada por el sonriente ENCARGADO, quien esboza una obsequiosa inclinación y cierra con suavidad. La superficie de la puerta es de clara madera finamente barnizada; a su derecha tiene un pomo dorado y, en el centro, una mirilla. TOMÁS se sobresalta.)* ¿Por qué ha cerrado sin pedir permiso?

MAX. Te ha sonreído. Él todo lo arregla con sonrisas. *(Caviloso, TOMÁS deja la escoba tras la cortina.)*

TOMÁS.— *(Molesto.)* Pero ¿por qué ha cerrado?

LINO.— *(Fastidiado.)* ¡Lo hacen todas las tardes!

TOMÁS.— ¿Todas las tardes?...

TULIO.— *(Se levanta y va a la mesa para dejar su libro.)* Si tanto te molesta, abre.

ASEL.— Tulio, no le hables así.

TULIO.— ¿Por qué no? *(A TOMÁS.)* Abre y llámale la atención para que no lo vuelva a hacer.

ASEL.— ¿Estás loco, Tulio?

TULIO.— ¡Tú eres el loco! ¿A qué nos conduce todo esto?

MAX.— Va a haber que llevarte a la enfermería, Tulio.

LINO.— ¡No, a Tulio, no! (*Señala a Tomás, quien los mira angustiado.*) ¡A él!

ASEL.— Tú, cállate.

LINO.— ¡Bien callado me estoy siempre! Pero ya es hora de terminar. ¡Él, a la enfermería, y nosotros, a donde sea!

ASEL.— ¿Y si hablan con él?

TULIO.— (*Se sienta en el borde de la mesa.*) ¡Abre, Tomás!

ASEL.— (*Deniega con vehemencia.*) ¡Por favor!

TULIO.— ¡Abre, muchacho! (*ASEL Se aparta, consternado.*) ¿Qué más te da, Asel? Terminar está dentro de tu plan.

ASEL.— Si pudieras callarte...

MAX.— (*Ríe.*) ¡Ah! ¿Conque hay un plan? Ya me informaréis...

ASEL.— No le hagas caso. Pero ¡si pudierais tener todos un poco más de comprensión!... Ya sé que no es fácil. Una vez más os ruego que confiéis en mí. Sin provocar palabras innecesarias... Ya estoy hablando demasiado. Respirad, calmaos, pensad... Y después, ¡por favor!, sigamos. (*MAX lo mira con curiosidad. LINO suspira y se sienta en un sillón. TULIO humilla la cabeza. Silencio.*)

TOMÁS.— (*Lleno de recelo.*) ¿De qué... habláis?

TULIO.— (*Para sí.*) Es la convivencia... A todos nos saca de nuestras casillas...

TOMÁS.— (*Con la mano en el pomo de la puerta.*) ¿Abro, Asel? (*ASEL vacila.*)

TULIO.— Eso no va a estropear nada... Dile que abra. (*Corta pausa.*) Abre, novelista.

TOMÁS.— (*Lo piensa. Tembloroso.*) No me atrevo... ¿Por qué no me atrevo? ¿Qué estáis haciendo conmigo?

TULIO.— Nada, muchacho. Nada que te perjudique. (*Se levanta.*) ¡Ea, procuremos distraernos! La cosa no tiene importancia, Tomás. De verdad. Charlemos, juguemos a algo... ¿A qué podríamos jugar?

MAX.— (*Risita.*) A hacer fotos.

ASEL.— (*Estupefacto.*) ¿Ahora?

TULIO.— ¿Y por qué no? Es una buena idea. ¿Las hago, Tomás? Cuando las revele se las podrás regalar a tus padres.

ASEL.— (*Severo.*) Ni lo de antes, ni lo de ahora, Tulio.

TOMÁS.— (*Alegre.*) ¡Sí, Asel! Tulio quiere demostrarme su buena voluntad y yo se lo agradezco de corazón. Se las regalaré a Berta. A mis padres, no, claro... Ya no los tengo. ¡Dispón tu máquina, Tulio! (*Avanza.*) Y vosotros, agrupaos. ¿Despierto al enfermo?

MAX.— Déjale dormir.

TOMÁS.— Entonces, alrededor de la mesa. ¡Vamos, colocaos! (*Lo van haciendo.*)
¿Tienes bastante luz?

TULIO.— Seguro.

TOMÁS.— (*Cruza.*) De todos modos encenderé la lámpara. Es muy potente.

LINO.— (*Con sarcasmo y para sí.*) La lámpara. (*TOMÁS oprime el interruptor de la gran lámpara de la derecha, que no se enciende. Prueba de nuevo, sin resultado.*)

ASEL.— (*A media voz.*) Yo no lo haría, Tulio.

TULIO.— (*A media voz.*) Déjame darle una satisfacción.

TOMÁS.— No se enciende. (*ASEL lo mira, atento.*)

TULIO.— Da lo mismo. No hace falta.

MAX.— Se habrá cortado la corriente.

TOMÁS.— ¿Tú crees? Probaré con el televisor. (*Oprime un botón.*) ¡O con la música! ¿Ponemos un poco de música?

ASEL.— Si te apetece... (*TOMÁS pulsa otro botón y aguarda unos segundos.*)

TOMÁS.— Qué raro. Tampoco funciona.

ASEL.— (*A los demás.*) Lo cual... ¡es muy interesante!

TOMÁS.— Y el televisor no se enciende... Voy a dejar todo conectado para ver cuánto dura. (*A TULIO.*) ¿Has preparado ya tu máquina? (*Ríe.*) ¡Ésa no fallará!

TULIO.— Ahora mismo. (*Va a la taquilla y saca de ella un tosco vaso de aluminio, al tiempo que TOMÁS busca sitio.*)

TOMÁS.— (*Se sienta.*) Yo aquí.

MAX.— ¡Atención! ¡Sonrisa aristocrática! ¡Todos mirando al pajarito!

TULIO.— Un momento. (*Simula preparar su aparato.*) Ya está. (*Se vuelve hacia ellos y finge enfocarlos con el vaso. ASEL no disimula su inquietud.*) ¡Atentos! (*Da un golpecito sobre el vaso con la uña.*) ¿Otra?

TOMÁS.— (*Se levanta, descompuesto.*) No. Ni ésa tampoco.

TULIO.— ¡Si ya está hecha!

TOMÁS.— ¡Apelo a todos vosotros! ¡Porque ahora se ha reído de todos, no sólo de mí!

ASEL.— (*A media voz.*) Me lo esperaba.

TULIO.— Yo quería...

TOMÁS.— ¡Burlarte una vez más!

TULIO.— ¡Asel, yo quería complacerle! (*ASEL suspira.*)

TOMÁS.— (*Se abalanza y le arrebató el vaso.*) ¿Con esto? (*Lo enseña.*) ¡Decidme todos si es locura o mala intención! ¡Porque empiezo a creer lo segundo!

TULIO.— (*Desalentado.*) Nunca acierto. (*ASEL saca su vieja pipa y la acaricia.*)

TOMÁS.— (*A TULIO.*) ¿Quién te has creído que eres, imbécil?

ASEL.— ¿Qué tienes en la mano, Tomás?

TOMÁS.— ¡Un vaso de aluminio!

ASEL.— *(A todos.)* Reconocedlo. Las reacciones se vuelven prometedoras.

TOMÁS.— ¡No entiendo tu jerga! *(Agarra a TULIO por la camisa.)* ¡Y tú, indecente payaso, chiflado de mierda, vete! ¡Vete a otra habitación! *(Todos se aproximan.)*

TULIO.— *(Se lo sacude.)* ¡Vete tú y déjanos tranquilos!

TOMÁS.— ¡Te voy a...! *(Quiere agredirle. Se interponen todos, los sujetan.)*

ASEL.— ¡No, Tomás!

LINO.— *(A Tomás.)* ¡Déjalo! ¡Eres tú el culpable!

TOMÁS.— ¡Calla, ingeniero! *(Forcejean. TOMÁS se abalanza de nuevo contra TULIO, que lo repele. Los demás lo sujetan.)*

ASEL.— *(Muy fuerte.)* ¡Dejadme hablar a mí! ¡Escuchadme todos! ¡Por favor!... Te lo ruego, Tomás... *(Se calman poco a poco.)*

LINO.— *(Va a sentarse.)* Que se vaya. Que termine esto de una vez.

ASEL.— Terminará pronto para todos. ¡Y también para él está terminando! ¿No os dais cuenta? Un poco de tacto aún, os lo suplico.

LINO.— ¿Para qué? Si también para él está terminando todo, déjale tranquilo. Eso saldrá ganando.

ASEL.— ¡No! ¡Os aseguro que no conviene! *(TULIO cruza, sombrío. Atrapa su viejo libro y va a sentarse lo más lejos que puede.)* Tomás, explícame, si puedes, de dónde ha salido ese vaso.

MAX.— De la alacena.

ASEL.— ¿Quieres dejarle hablar a él?

MAX.— *(Irónico.)* A tus órdenes, jefe.

TOMÁS.— Lo ha sacado Tulio de la taquilla.

ASEL.— ¿Y estaba allí? *(TOMÁS no responde.)* ¿Lo viste antes allí?

TOMÁS. Eso me estoy preguntando... *(Va a la taquilla, saca un fino vaso de cristal, compara los dos.)* Porque aquí sólo había copas y vasos de cristal, como éste.

LINO.— Malo.

ASEL.— *(Sonríe.)* No. No del todo mal. ¿De dónde habrá salido ese vaso, Tomás?

TOMÁS.— Este vaso... y otras cosas.

ASEL.— ¿No puedes responder?

TOMÁS.— Tendréis que responder vosotros.

ASEL.— Devuelve los dos vasos a su sitio, por favor. *(TOMÁS lo hace con un brusco ademán y se encara con él.)*

TOMÁS.— ¡Acláralo tú!

ASEL.— No te separes todavía de la taquilla. Si su máquina sigue ahí, Tulio hará la foto.

TULIO.— ¿Qué dices?

ASEL.— *(Fuerte.)* ¡Si tu máquina está ahí, harás la foto! *(A Tomás.)* Pero ¿está ahí?

TOMÁS.— Siempre ha estado ahí...

ASEL.— Entonces tráela.

TOMÁS.— *(Busca y rebusca en la taquilla. Se vuelve.)* ¡No está!

ASEL.— ¡Qué curioso! Que yo sepa, nadie la ha escondido.

TOMÁS.— Pero también ha desaparecido.

ASEL.— Y en su lugar, un inesperado vaso de metal. *(Silencio. TOMÁS mira a todos y piensa intensamente.)*

TOMÁS.— Max, esta mañana tú no escanciaste tu bebida.

MAX.— Te aseguro que...

TOMÁS.— ¡Te aseguro que la sacaste de aquí ya servida! La escoba que teníamos se ha transformado en una escoba vieja. De pronto se va la luz eléctrica: ni el televisor ni el altavoz funcionan...

MAX.— Una avería corriente.

TOMÁS.— Dos de los silloncitos han desaparecido.

ASEL.— *(Muy interesado.)* ¿Ah, sí?

TOMÁS.— Sí. Y en su lugar, dos petates. *(Se miran los demás.)* Y ahora, un vaso roñoso en lugar de una máquina.

MAX.— *(Risita.)* ¡Lo que digo! Van a ser hologramas.

ASEL. ¡Nada de hologramas! *(A TOMÁS.)* No hay dispositivos aquí, no hay proyectores de rayos láser. *(A los otros.)* No hay sino... un poco más de alimento. Apenas me atrevía a creer en el resultado, y lo está dando. Con una rapidez que me asombra, pero que me llena de alegría.

TOMÁS.— ¡No, por favor! Ya estoy harto de crucigramas. Tus palabras me confirman que vosotros sabéis algo que yo ignoro. ¡Porque todas estas cosas extrañísimas que aquí pasan me sorprenden a mí, no a vosotros! Y exijo que me las expliquéis.

TULIO.— ¿Por qué no hablar, Asel?

ASEL.— Os lo he dicho muchas veces. Sería peligroso.

LINO.— ¿Para quién?

ASEL.— Para él, aunque él no os importe. Pero también para nosotros.

LINO.— *(Después de un momento.)* Tú no eres médico.

TOMÁS.— *(Atónito.)* ¿Que no eres...?

ASEL.— *(A LINO.)* Cuida lo que dices.

LINO.— ¡No eres médico! Y no sabes lo que conviene o lo que no conviene.

ASEL.— Muchacho, yo sé, por desgracia, bastantes más cosas de la vida que tú.

TOMÁS.— ¿Es cierto, Asel? ¿No eres médico?

ASEL.— ¿Tú qué crees?

TOMÁS.— Quisiera creer que lo eres... (*Baja la voz.*) Pero... si no lo eres..., ¿qué estamos haciendo con ese pobre hombre? (*Señala al HOMBRE acostado y se inmuta de repente al ver las ropas de la cama.*) ¡Ah, no! ¡Es demasiado! ¿Que habéis hecho con las sábanas, con la colcha?

TULIO.— ¡Nadie ha hecho nada!

TOMÁS.— ¡Sólo queda una manta y una almohada mugrienta!

ASEL.— (*A todos.*) ¡Están llegando los momentos más difíciles! Ni una palabra de más, y ni una de menos. Si me ayudáis, espero que acertaremos a conducir bien el caso. (*MAX mira a los otros dos y asiente. TULIO y LINO desvían la vista.*)

TOMÁS.— ¡No entiendo nada!

ASEL.— ¿Estás seguro? (*Silencio. Demudado, TOMÁS no sabe qué contestar. ASEL se le acerca y le pasa un brazo por los hombros. Los demás no los pierden de vista.*) Ven conmigo. (*Lo lleva hacia el lecho.*)

TOMÁS.— ¿Vas... a reconocerlo?

ASEL.— No hace falta. (*Muy turbado, Tomás toca la manta levemente.*) Déjale tranquilo. (*Apunta con el índice por encima de la cama.*) Y dime qué ves ahí. (*Tomás lo mira, sin comprender.*)

TOMÁS.— ¿Tras el ventanal?

ASEL.— (*Después de cambiar una mirada con los otros.*) Tras el ventanal.

TOMÁS.— El... paisaje.

ASEL.— (*Se mete la pipa en la boca y va a sentarse.*) Como un Turner. Eso has dicho.

TOMÁS.— Pero... más bello. Porque es real. (*Se vuelve hacia el paisaje.*) ¡Verdadero! (*A ASEL.*) ¿No es así?

ASEL.— Continúa.

TOMÁS.— Sobran las palabras... Basta con verlo... Es nuestra más espléndida evidencia.

HOMBRE.— (*Sin moverse.*) Me han quitado las ropas de la cama. Tengo frío.

TOMÁS.— (*Turbado.*) Una deslumbradora evidencia. El mundo es ya un vergel... Los hombres lo han logrado al fin, amasando agonías, lágrimas...

ASEL.— (*Muy suave.*) Que aún existen...

TOMÁS.— ¿Eh?

ASEL.— Aún existen. Y en abundancia. ¿O no?

TOMÁS.— (*Vacila.*) Todavía, sí. Pero...

HOMBRE.— Tengo hambre.

TOMÁS.— (*A ASEL.*)... Pero tú también lo sabes: esto que vemos era el futuro que soñábamos...

HOMBRE.— ¡Dadme agua!

TOMÁS.— (*Señala al paisaje.*) ¡Y ya es nuestro!

HOMBRE.— (*Eleva la voz.*) ¿Por qué no me dan de comer y de beber?

TOMÁS.— La Fundación edifica y edifica... Veo desde aquí a sus gentes... Ríen bajo el sol de la mañana.

HOMBRE.— (*Más fuerte.*) ¡Dile a Asel que me dé de comer!

TOMÁS.— (*Nervioso.*) ¿Lo oyes, Asel?

ASEL.— ¿Ríen bajo el sol?

TOMÁS.— Sí.

ASEL.— ¿Seguro? ¿No adviertes tristeza en algunas caras?

TOMÁS.— Están lejos...

HOMBRE.— ¿Por qué os coméis mi ración?

TOMÁS.— ¡Contesta, Asel! ¡Si no respondes a esa pregunta, la pesadilla de los antropoides aún no ha terminado!

ASEL.— ¿Quién pregunta? ¿Ese hombre?

HOMBRE.— (*Muy fuerte.*) ¡Ésta es la pesadilla de los antropoides!

TOMÁS. (*Muy nervioso, señala al paisaje.*) ¡No! ¡Los hombres empiezan a ser humanos! ¡No lo impidas tú, Asel! ¡Y contesta!

HOMBRE.— (*Grita.*) ¡Fieras! ¡Hipócritas!

TOMÁS.— ¡Asel, dale de comer!

ASEL.— No lo necesita. Has hablado antes del sol de la mañana. ¿Sabes qué hora es?

HOMBRE.— ¡Me devoráis, me matáis!

TOMÁS.— ¡Asel, por piedad!

ASEL.— Al menos, sabes que estamos en la tarde, no en la mañana. ¿Desde qué lado ilumina el sol ese paisaje?

TOMÁS.— Desde éste...

ASEL.— ¿Y esta mañana?

TOMÁS.— (*Desconcertado.*) Desde... el mismo.

ASEL.— ¿No te parece muy raro?

TOMÁS.— (*Vuelve a mirar el paisaje.*) Tal vez ha variado un poco...

ASEL.— ¿Lo notas? (*TOMÁS desvía la vista.*) ¿No te parece raro que no adviertas la menor diferencia? ¿O la adviertes?

HOMBRE.— Cantad y bailad de alegría... Os doy la más grata noticia... Me muero.

TOMÁS.— (*Lo señala.*) ¡Asel, se muere!

ASEL.— No.

HOMBRE.— (*Grita.*) ¡Asesinos!

TOMÁS.— ¡Asesinos! ¡Lo estamos matando entre todos! (*Se abalanza hacia ASEL, que se levanta. Los demás se acercan, muy tensos.*)

HOMBRE.— ¡No puedo más!

TOMÁS.— *(Se lleva los puños a la cabeza, lanza un alarido.)* ¡Asesinos!

LINO.— ¡No grites!

ASEL.— *(Sujetándolo.)* ¡Serenidad, Tomás! ¡No es más que una crisis!

HOMBRE.— ¡Agua!

TOMÁS.— ¡Dadle agua!

HOMBRE.— ¡Me muero...!

TOMÁS.— *(Elude a ASEL, que intenta retenerlo; sacude por los hombros al HOMBRE.)* ¡Yo te daré agua!

HOMBRE.— ¡Como una rata hambrienta!

TOMÁS.— *(Grita.)* ¡No lo soporto!...

TULIO.— ¡Cállate, van a acudir! *(TOMÁS corre hacia la cortina. ASEL lo retiene.)*

ASEL.— ¡Quieto!

TOMÁS.— ¡Suelta! *(Forcejean.)* ¡Ahora mismo le doy de beber! *(Intentan reducirlo entre todos.)*

LINO.— ¡Cierra la boca!

ASEL.— ¡Silencio! ¡Callad todos!

HOMBRE.— *(Voz muy débil.)* Ya es... tarde. *(TOMÁS se debate. Ayudado por ASEL, LINO lo sujeta con mano de hierro.)*

ASEL.— ¿No los oís? Están ante la puerta. *(Tomás se desprende. Inmóviles, todos miran a la puerta. Unos segundos de absoluto silencio. De pronto se oye un seco ruido metálico y la puerta se abre muy rápida hacia la izquierda. La luz del interior cambia instantáneamente. A las feéricas tonalidades irisadas que lo iluminaban las sustituye una claridad gris y tristona. El ENCARGADO y su AYUDANTE irrumpen; El AYUDANTE permanece en la bocina de la puerta, con una mano sospechosamente oculta en el bolsillo de la chaqueta. El ENCARGADO mira a todos, corre al lecho y destapa bruscamente al HOMBRE acostado, que aparece con pobres y gastadas ropas interiores; zarandea un poco el cuerpo y se vuelve.)*

ENCARGADO.— ¿Cuántos días lleva muerto este hombre? *(La iluminación cambia de golpe: gana claridad y crudeza. Sólo en los rincones —el chaflán, la lámpara— se mantiene una borrosa penumbra grisácea.)*

TOMÁS.— ¿Muerto?... ¡Si acaba de hablar!

ENCARGADO.— ¡Usted cálese! *(A los demás.)* ¡Contesten!

ASEL.— Seis días.

TOMÁS.— *(Musita.)* No es posible.

ENCARGADO. ¿Por qué se lo callaron? *(Silencio. En el rostro del ENCARGADO se dibuja una maligna sonrisa.)* Querían aprovechar su ración, ¿eh? *(Silencio. Se dirige a la puerta.)* ¡Sacad de aquí esta carroña! *(Los CAMAREROS, vestidos ahora con blancas batas de enfermeros, aparecen con una camilla que depositan ante la puerta. Sin disimular su repugnancia entran, toman el rígido cuerpo que yace en el lecho, lo*

sacan al corredor, lo tienden sobre la camilla y se lo llevan.) Sus efectos personales. (Al AYUDANTE.) Y usted, recoja el petate. (MAX se apresura a descolgar uno de los talegos de la percha. El ENCARGADO lo toma. El AYUDANTE, pone el cabezal y la manta sobre la colchoneta, lo enrolla todo, se lo carga al hombro y sale al corredor.) Plato, vaso y cuchara. (TULIO se acerca a la taquilla y, ante la sorpresa de Tomás, saca un plato, un vaso y una cuchara de tosco metal, que entrega al ENCARGADO. Éste señala al frente.) ¡Mantengan la ventana abierta! (Desde la puerta, con voz de hielo.) Y aténganse a las consecuencias. (Sale. La puerta se cierra con un sonoro golpe. Su superficie se ha transformado: ya no es de madera, sino de chapa claveteada, y su pomo ha desaparecido. Silencio. TOMÁS se precipita a la puerta, que empuja sin resultado. Busca, en vano, el pomo dorado. Acaricia, descompuesto, la fría plancha que la reviste. Se vuelve y permanece pegado a ella, mirando a sus compañeros con los ojos muy abiertos. ASEL no lo pierde de vista. Los demás van sentándose con aire cansino.)

TULIO.— Al fin sucedió. Casi me alegro.

LINO.— Yo no. Seis días son muy pocos.

TULIO.— Menos es nada.

MAX.— ¡Ahora nos llevarán abajo!

ASEL.— (Ferviente.) ¡Así lo espero!

MAX.— ¿Quieres decir que... lo deseabas?

ASEL.— Yo no he dicho eso.

LINO.— ¿Tardarán mucho en trasladarnos?

TULIO.— Dentro de un par de horas. O quizá esta noche. (El silencio, de nuevo. TOMÁS se separa despacio de la puerta, denegando levemente.)

TOMÁS.— (Con la voz velada.) No estaba muerto. (Unos pasos más.) Todos le hemos oído hablar. Pedía de comer.

LINO.— (Hostil.) Nadie le oía. Sólo tú.

TOMÁS.— (Asustado.) ¿Insinúas que... estoy enfermo?

LINO.— (Después de un momento.) Llevaba seis días muerto.

TOMÁS.— Si no puede ser...

LINO.— ¡Claro que puede ser! ¿Por qué te crees que olía tan mal? (Ríe, mordaz.) ¡Ya te han arreglado el retrete! (Nuevo e instantáneo ascenso de la cruda iluminación, salvo en los rincones.)

ASEL.— Prudencia, Lino.

LINO.— ¡Qué importa ya! Todo se ha precipitado.

ASEL.— No para él.

TOMÁS.— ¿Es cierto, ASEL? ¿Le oía yo solamente? (ASEL baja la cabeza.) ¿Tú no le oías?... Dime la verdad.

ASEL.— *(Melancólico, va a sentarse en la cama.)* No, Tomás. Yo no le oía. *(Tomás se acerca a los pies del lecho y se apoya en la tabla.)*

TOMÁS.— ¿Por qué le habéis matado? *(LINO ahoga un exabrupto.)*

ASEL.— Nadie lo ha matado. Murió de inanición. *(TOMÁS se incorpora. Perplejo, roza con los dedos la tabla de la cama, observa la habitación, la lámpara, la cruda luz nueva. Se acerca a los petates, toca uno de ellos.)*

TOMÁS.— Me ahogo... Tomaría un poco de cerveza. *(Apenas se ha atrevido a decirlo. Tembloroso, se dirige al frigorífico. Cuando está cerca se detiene, atónito, y retrocede un paso. La luz se vuelve, de repente, aún más agria y fuerte. Al tiempo, una lámina del mismo color que la pared desciende y oculta por completo la puertecita esmaltada. TOMÁS se vuelve.)* No es... posible. *(Va hacia la estantería, extiende una mano insegura... La luz da su último salto y queda fija en una cruda y casi insoportable blancura, que solamente respeta la penumbra de los rincones. Un lienzo de pared que desciende va ocultando la estantería hasta que desaparece del todo. Con creciente ansiedad, TOMÁS se acerca al teléfono y lo contempla. Sin decidirse a descolgar, pone sobre él la mano. Muy despacio, la retira y la junta con la otra. Súbitamente se vuelve hacia el ventanal y hacia su soleado paisaje. Después va al primer término y respira hondo, mirando por la ventana invisible. Sin volverse, interpela a ASEL.)* ¿Estoy enfermo, Asel?

ASEL.— No mucho más que nosotros. *(Se levanta y se sitúa a su lado. Los dos miran por la ventana invisible. ASEL apunta con su pipa al exterior.)* Está hermosa la tarde.

TOMÁS.— Sí. *(TULIO, LINO y MAX los observan.)*

ASEL.— Mira. Una bandada de golondrinas.

TOMÁS.— Juegan.

ASEL.— El mundo es maravilloso. Y ésa es nuestra fuerza. Podemos reconocer su belleza incluso desde aquí. Esta reja no puede destruirla. *(TOMÁS se sobresalta. Sus manos se aferran a dos barrotes invisibles.)*

TOMÁS.— ¿Dónde estamos, Asel?

ASEL.— *(Con dulzura.)* Tú sabes dónde estamos.

TOMÁS.— *(Sin convicción.)* No...

ASEL.— Sí. Tú lo sabes. Y lo recordarás. *(Miran los dos por la ventana.)*

TELÓN

PARTE SEGUNDA

I

Cruda y agria, aunque sin la intensidad últimamente alcanzada, la luz se ha estabilizado en el interior. En el chaflán y en el primer término derecho subsiste la extraña penumbra gris. El deslumbrante panorama sigue luciendo tras el ventanal. Todos los silloncitos han desaparecido; alrededor de la mesa, sólo tres petates que sirven de asientos. La cama plegable de la izquierda sigue en su lugar. La mesa ya no es de fina madera, sino de hierro colado similar al de la taquilla, y está empotrada en el suelo. La cama también se ha transformado: una simple litera de la misma chapa calada, empotrada en el muro derecho y con dos anchas patas de hierro a sus pies. Sobre la mesilla, sólo el teléfono. Ninguna vajilla de lujo, ninguna fina cristalería o mantelería en la taquilla: solamente el sordo destello de vasos metálicos y de cucharas hacinadas. En la bocina de la puerta, un poco de basura.

(TOMÁS conserva su pantalón oscuro, pero sus cuatro compañeros visten arrugados pantalones de color igual al de las numeradas camisas, que ahora llevan sueltas como blusas. Sobre la desnuda cama y adosado a la cabecera, otro petate en el que, sentado, ASEL saborea su vieja pipa. TULIO, sentado en el petate más cercano al muro derecho, lee, aburrido, en su sempiterno libro viejo. LINO enjuga, con un paño oscuro y grasiento, cinco abollados platos de metal apilados sobre la mesa. MAX no está visible. Apoyado en su cama plegable, TOMÁS observa la faena de LINO, quién le sonríe y le muestra el plato que seca. Los rostros de todos, más demacrados.)

LINO.— ¡Porcelana fina! Digna de la exquisita cena que acabamos de engullir.
(TOMÁS baja la cabeza.)

MAX.— *(Su voz, tras la cortina.)* ¡Estómago sin fondo!

LINO.— ¿Lo tiene el tuyo?

MAX.— *(Su voz.)* Quejica. Con lo guapos que nos ha dejado esta mañana el amable barbero de nuestra encantadora Administración, ¿No te sientes más optimista con la cara tan suave? Yo me siento como un artista de cine.

LINO.— Y yo como la fregona de un artista de cine. *(Prosigue su tarea y se sume en sus raros gorjeos a boca cerrada. Sin volverse a mirarlo, toca TOMÁS el mueble donde se apoya como un ciego que intentase identificar su forma. Después va a la mesa, cuyo férreo metal contempla. Mira a LINO, a los otros.)*

TOMÁS.— ¿Siempre habéis llevado esos pantalones?

TULIO.— *(Sin levantar la vista del libro.)* Desde que entramos aquí. *(TOMÁS se mira el suyo con disimulo. Pasa luego despacio por detrás de LINO y se acerca a la mesilla. Caviloso, apoya en ella las manos.)*

ASEL.— El rancho ha sido hoy más flojo que nunca.

MAX.— Un aguachirle.

ASEL.— Me gustaría saber si era un castigo para nosotros o ha sido general.

MAX.— *(Su voz.)* No parece que nos apliquen medidas especiales... Ni siquiera nos han rapado la cabeza. Cuando vi entrar al Encargado con el barbero me dije: se acabaron las guedejas. Pero no...

ASEL.— No. Y es raro. *(Breve pausa.)*

TOMÁS.— *(Murmura.)* Las revistas estaban aquí. *(ASEL lo mira.)*

TULIO.— *(Lo mira y le tiende su libro.)* Si quieres leer, esto es lo que hay.

TOMÁS.— No, gracias. *(TULIO torna a su lectura. TOMÁS gira la cabeza y contempla la radiante luz del paisaje exterior. La del aposento está bajando muy lentamente.)*

LINO.— Listos los platos. *(Mientras lleva los platos y el paño a la taquilla.)* Ahora, el escobazo bajo la mesa. El recuento estará al caer.

TULIO.— Hace un minuto que abrieron las puertas.

LINO.— Menos, la nuestra, claro. *(Busca tras la cortina la escobilla y echa una ojeada al piso bajo la mesa.)* No merece la pena barrer. Aquí no cae ni una miga. *(Va a la puerta, apiña un poco la basura con la escoba y, sin soltarla, se recuesta en el muro con los brazos cruzados.)*

TOMÁS.— *(Mira al frente.)* Está anocheciendo... *(Se vuelve hacia el paisaje, donde brilla la mañana esplendorosa.)*

TULIO.— Como que ya no se ve gota. Parece que tardan hoy en dar la luz...

LINO.— *(Hacia la cortina.)* ¡Acaba, Max! No tardarán.

MAX.— *(Su voz.)* Ya voy. *(Se oye el ruido del depósito que se descarga. TOMÁS lo acusa. Luego va a la cama y se sienta a los pies de ASEL, acariciando los calados de la plancha. Se enciende la luz sobre la puerta.)*

TULIO.— Si antes lo digo... *(Intenta seguir leyendo.)*

TOMÁS.— Este hierro es fuerte.

ASEL.— Muy fuerte.

TOMÁS.— Y la cama está empotrada en la pared.

ASEL.— Y en el suelo.

TULIO.— ¡Qué luz más floja! *(Suelta el libro sobre la mesa con un golpe seco.)*

TOMÁS.— *(Se levanta, presuroso.)* Quizá encendiendo... *(Va a la derecha para encender la lámpara colgante. Silenciosa, la gran pantalla de fantasía se eleva y desaparece en lo alto; la luz del rincón que ocupaba se iguala con la del aposento.)*

TULIO.— ¿El qué? (*TOMÁS observa la desaparición de la lámpara sin demasiada sorpresa y se pasa una mano por la frente. Luego va a la cabecera de la cama para encender la pantallita adosada a la pared. Va a extender la mano y ve cómo la pantallita se sume en el muro. MAX sale del encortinado chaflán abrochándose el pantalón bajo la camisa suelta. TOMÁS vuelve a la derecha del primer término.*)

TOMÁS.— Asel... ¿Nunca hubo aquí nada? (*MAX se sienta en su petate.*)

ASEL.— ¿Veías tú algo?

LINO.— (*Mordaz*) Ya lo creo. Y hasta la encendía a veces. Una lámpara.

TOMÁS.— (*Ríe, nervioso.*) Bueno, burlaos... Estaré enfermo. Pero...

ASEL.— (*Frío.*) ¿Qué?

TOMÁS.— Me cuesta trabajo pensar... que sólo eran imaginaciones.

TULIO.— Hay que felicitarte, Asel. El trastorno cede. Y ha bastado una pizca de sobrealimentación para ello. Tú tenías razón.

ASEL.— (*Grave.*) No estoy yo tan seguro.

TULIO.— Desde luego, era una probabilidad contra muchas otras... Sin duda hay una predisposición innata, una mente algo inestable. Pero nuestro pobre tratamiento ha dado resultado a pesar de su interrupción. El muchacho mejora y no parece haber recaídas.

ASEL.— (*Titubea.*) Sí... A no ser que... se trate de otra cosa.

MAX.— ¿De otra cosa?

TOMÁS.— (*Nervioso.*) No puedo creer que fueran imaginaciones. Estáis intentando confundirme.

ASEL.— (*Glacial, a TULIO.*) Ahí tienes la recaída.

TULIO.— No... Es que todavía fluctúa...

ASEL.— O quizá ha bastado que tú hablastes de que no había recaídas para que se nos brindase una.

TULIO.— ¿Me he vuelto a equivocar? Creí que podíamos hablar ya ante él con alguna claridad.

ASEL.— No te lo reprocho. Te invito a pensar... en otra posibilidad.

TOMÁS.— Pero..., ¿estáis hablando de mí? (*ASEL no le contesta.*)

TULIO.— No te entiendo.

MAX.— Ni yo. ¿De qué otra cosa hablas?

ASEL.— (*Mide sus palabras.*) De que... ayer mismo... Tomás recibió la visita de su novia. No aquí, sino en locutorios. Para eso lo llamaron, al menos.

TOMÁS.— (*Sorprendido.*) ¿Y qué? (*Todos lo miran. Empiezan a oírse rápidos portazos consecutivos, cada vez más cercanos.*)

LINO.— ¡El recuento! (*Forma contra la pared del umbral. MAX y TULIO se levantan de prisa y van a la puerta, poniéndose firmes al otro lado. ASEL guarda su*

pipa, salta de la cama y forma junto a LINO. TOMÁS se acerca más despacio y forma, de espaldas, ante la puerta.)

TOMÁS.— Esos portazos...

MAX.— Los oyes varias veces cada día.

TOMÁS.— Sí... Ya lo sé. *(Los portazos crecieron de intensidad, se alejaron y vuelven a sonar con fuerza creciente hasta oírse muy cerca. De pronto, cesan.)*

LINO.— Atentos. *(Se yergue. Óyese el ruido de la gruesa llave y la puerta se abre. Ante ella, con sus atildados atavíos, el ENCARGADO y su AYUDANTE. El fragmento de remoto paisaje que se divisaba al fondo se ha eclipsado; ahora se ve, a varios metros de distancia, otro largo corredor paralelo al ya conocido y con barandilla idéntica a la de éste, volado sobre un muro gris en el que descuellan los acerados rectángulos oscuros de numerosas puertas iguales.)*

ENCARGADO.— La basura.

LINO.— Sí, señor. *(Barre presuroso el montoncito y lo deja fuera a la derecha, volviendo de inmediato a su rígida posición. El ENCARGADO entra y aparta a TOMÁS. Mira y toca con rápidos dedos los cachivaches de la taquilla, empuja un poco los talegos, toquetea la mesa, la cama... Sus ojos inquietan por todos lados. Con zozobra, Tomás repara en el nuevo panorama que se divisa desde la puerta.)*

TOMÁS.— *(Al ENCARGADO.)* ¿Por qué no nos dejan salir? *(El ENCARGADO se vuelve como un rayo y lo considera un momento. Desde el corredor, el AYUDANTE emite una tenue risotada.)*

ENCARGADO.— *(Opta por sonreír.)* La Fundación le ofrece una vez más sus excusas, señor novelista. Hay que abrir una investigación acerca de lo sucedido aquí. Y entre tanto... *(Sus manos terminan la disculpa. Sale al corredor y dice, ante la sofocada risa del AYUDANTE.)* Deseamos a los señores un feliz descanso. *(Se va por la derecha. El AYUDANTE cierra la puerta con un seco golpe. Inmediatamente se reanudan fuertes portazos sucesivos, cuyo ruido se aleja hasta terminar poco después. LINO deja la escoba tras la cortina, TULIO se encamina al petate más lejano, MAX vuelve a sentarse donde estaba, ASEL viene despacio al primer término y mira por la ventana invisible.)*

ASEL.— Ya es de noche.

TULIO.— Y yo voy a desplegar mi suntuosa piltra.

MAX.— Hay que ahorrar fuerzas. *(LINO se sienta en el otro petate y retorna a sus abstraídos gorjeos. TOMÁS no se ha movido. De pronto va a la puerta y la empuja, en vano. Después contempla el brillante paisaje. ASEL lo advierte, retrocede hasta la mesa y se sienta en su borde, cruzado de brazos. TULIO desenrolla el petate de la derecha y lo extiende junto a la pared: la arpillera sobre el suelo, el delgado colchón, que mulle sin gran resultado, encima; el cabezal, que también remueve antes, en su sitio, y la manta, que no llega a desdoblar, sobre todo ello.)*

TOMÁS.— (*Mascullo.*) No puedo creerlo.

MAX.— (*Suave.*) ¿El qué?

TOMÁS.— Cuando han abierto la puerta... no se veía el campo.

MAX.— ¿Qué has visto?

TOMÁS.— Muchas puertas... como la nuestra.

TULIO.— (*Se sienta sobre su colchoneta.*) Y las has oído.

TOMÁS.— Sí.

TULIO.— (*A ASEL.*) Reconocerás que el proceso sigue su curso.

MAX.— Crees que estás viendo cosas raras, ¿eh? A lo mejor, el Encargado vestía de otro modo. De uniforme, por ejemplo...

TOMÁS.— No, no. Vestía como siempre. Pero esas puertas... son incomprensibles. (*TULIO se tumba, con un suspiro de alivio.*)

ASEL.— Otra cosa es incomprensible. Y me pregunto si os percatáis todos de lo incomprensible que es.

TULIO.— Ya sé.

ASEL.— ¿Y qué opinas?

TULIO.— Quizá lo están pensando.

ASEL.— No hay nada que pensar. Hace tres días que descubrieron al muerto. Nuestro traslado a la planta baja debió ser inmediato. Y seguimos aquí. (*LINO interrumpe sus canturreos.*)

MAX.— (*Lo justifica.*) Pero incomunicados con los demás y sin paseo.

ASEL.— Falta ese traslado, y nunca falta, ni aun en casos más leves. Ni siquiera han cacheado aquí. (*Asombrado, TOMÁS escucha estas palabras. ASEL se vuelve a mirarlo.*) Y tampoco la incomunicación es absoluta. (*TULIO se incorpora y lo mira.*)

MAX.— ¿Te referías a eso antes del recuento?

ASEL.— Tomás fue llamado ayer a locutorios. Ayer: dos días después de descubrirse lo que habíamos hecho.

TOMÁS.— Era Berta... Ya lo oísteis.

ASEL.— (*Sin Mirarlo.*) ¿No es insólito? Tu madre, Max, se ha traslado al pueblo más cercano para atenderte mejor y te visita con frecuencia. Es seguro que en estos tres días de incomunicación habrá venido, y no le han permitido verte.

MAX.— No lo sé. Eso temo.

ASEL.— Pero viene la novia de Tomás... esa enigmática muchacha cuya visita se nos promete siempre..., y a él sí le levantan la incomunicación.

MAX.— Trato especial...

TULIO.— Como nosotros con él.

MAX.— Es lo único en que ellos y nosotros estamos de acuerdo.

ASEL.— No me entendéis. Supongamos por un momento que esa novia misteriosa... no vino, como tampoco ha venido aquí.

TOMÁS.— ¡Pero me visitó! ¡Y está aquí!

ASEL.— (*Sin mirarlo.*) No viene, y a él lo llaman. Y a su vuelta nos cuenta la visita. (*Todos miran a Tomás, y éste, atónito, a ASEL.*)

TULIO.— ¿Qué estás pensando?

ASEL.— (*Se retuerce las manos.*) Lo peor de nuestra situación es que ni siquiera podemos hablar claro. (*A TULIO.*) Pienso lo que tú.

TULIO.— (*Después de mirar, a TOMÁS, murmura.*) Me cuesta creerlo.

MAX.— (*Quedo.*) Y a mí.

ASEL.— Pero lo pensáis.

MAX.— Y aun cuando fuera cierto, ¿qué tiene eso que ver con que no nos trasladen?

TOMÁS.— (*Alterado.*) ¡Otra vez me excluís de vuestros secretos!

MAX.— (*A ASEL.*) Parece como... si lamentases que no nos bajasen a los sótanos... (*ASEL y TULIO se miran.*) Abajo no vamos a estar mejor que aquí. ¿O sí?

TULIO.— Estaríamos peor.

LINO.— Entonces, ¿qué puede importarnos?

ASEL.— (*Irritado.*) ¡Nos importa porque no es lógico! ¡Debieron trasladarnos y no lo han hecho! Y eso no me gusta nada.

MAX.— Tal vez abajo esté todo ocupado.

LINO.— Hace cuatro días no lo estaba.

ASEL.— Y si lo estuviese, nos habrían castigado de otro modo. Con una paliza, por ejemplo.

TOMÁS.— (*Descompuesto.*) ¿Con una paliza?...

MAX.— Dada nuestra situación, puede que no hayan estimado tan grave la falta.

ASEL.— (*Seco.*) Con Tomás, por lo menos, han sido deferentes.

LINO.— (*Ríe.*) ¿Le retiras tu confianza? Pronto has cambiado. (*TOMÁS se sienta sobre el petate de ASEL y esconde la cabeza entre las manos.*)

ASEL.— Sólo me pregunto una cosa. ¿Por qué lo llamaron?

LINO.— Eso no lo sé. (*Se levanta y desaparece tras la cortina.*)

MAX.— Tendría esa visita...

ASEL.— (*Cortante.*) Estamos incomunicados.

MAX.— Tal vez no con los familiares.

ASEL.— ¿Y tu madre? (*Silencio. Se oye el depósito. ASEL se vuelve lentamente y se enfrenta con TOMÁS.*)

MAX.— Tomás, cuéntanos tu visita al locutorio.

TOMÁS.— (*Descubre su rostro sombrío.*) Ya os la conté.

ASEL.— Pero no con detalles.

TOMÁS.— Qué más da. (*LINO reaparece y se recuesta en el muro.*)

ASEL.— (*Reprime su enojo.*) Por favor.

TOMÁS.— Tú crees que miento.

ASEL.— Pues habla sin mentir.

TOMÁS.— ¡Nunca he mentido!

TULIO.— (*Afable.*) Tomás, cuéntenos la visita... Yo te creo.

TOMÁS.— (*Suspira.*) Me llamaron por esa rejilla. (*Señala a la sobrepuerta.*)

Todos lo oísteis.

TULIO.— ¿Y después?

TOMÁS.— En el locutorio me esperaba Berta.

ASEL.— ¿Detrás de una tela metálica?

TOMÁS.— No.

ASEL.— ¿Cómo que no?

TOMÁS.— ¿No querías detalles? Detrás de dos. No podíamos ni tocarnos los dedos. Nos pidieron disculpas por eso.

LINO.— ¿Qué dijeron?

TOMÁS.— Que lo hacían para evitar contagios. Por el trabajo de ella en el laboratorio y por lo que había ocurrido... aquí.

ASEL.— (*Incrédulo.*) ¿Eso te dijeron ellos?

TOMÁS.— Sí.

TULIO.— ¿De qué te habló tu novia?

TOMÁS.— Me preguntó cómo me encontraba; le dije que bien. Le reproché que no hubiese venido más a menudo y que apenas me llamase por teléfono.

MAX.— ¿Y ella?...

TOMÁS.— (*Baja la cabeza.*) Se echó a llorar. No quiso decirme por qué. Le dije que no me iba a engañar, que algo le sucedía. Porque... no vestía ropas de la Fundación... sino un trajecito viejo y sin número. Me aseguró que no le habían retirado la beca y ellos me lo confirmaron, muy amables. Me dijo que vestía así porque... había ido al pueblo a unos recados... Y prometió visitarme pronto, o llamarme. Pero no ha venido... y yo estoy muy inquieto... Porque se fue llorando... a lágrima viva... Y ahora vosotros... no sé qué sospecháis, ni qué tramáis. ¡Y yo ya no entiendo nada de lo que ocurre! (*Calla. ASEL se acerca a la cama y se sienta a sus pies.*)

ASEL.— Y con ellos, ¿no hablaste?

TOMÁS.— Cuatro palabras. Se empeñaron en acompañarme hasta aquí.

MAX.— Quizá te preguntaron por tu novela...

TOMÁS.— Y por los trabajos de todos... Lamentaron la atrocidad que habíamos cometido; me preguntaron si se trataba de alguna experiencia médica...

ASEL.— ¿Médica?

TOMÁS.— Saben que eres médico. (*ASEL mira a los demás.*)

ASEL.— ¿Se lo has dicho tú?

TOMÁS.— Ya ellos lo saben, ¿no? Y me preguntaron si era una experiencia médica.

ASEL.— ¿Mía?

TOMÁS.— (*Lo piensa.*) No recuerdo que te citaran. Sólo me preguntaron qué perseguíamos al hacerlo. (*ASEL se levanta y da unos pasos. Se vuelve.*)

ASEL.— ¿Y qué les contestaste?

TOMÁS.— Que no me encontraba bien y que no recordaba muchas cosas... Que, a mi juicio, ese disparate se había cometido para comer algo más. Entonces se volvieron a disculpar por las deficiencias del suministro y aseguraron que mejoraría muy pronto.

LINO.— Se pasan la vida prometiendo...

TULIO.— Pero no ha mejorado.

TOMÁS.— No. (*Silencio. TOMÁS mira al paisaje y nota que está oscureciendo. Ello le asombra, pero no dice nada.*)

LINO.— Voy a hacer mi cama. Pronto apagarán.

ASEL.— Espera. (*Se aproxima a Tomás y le habla muy de cerca.*) ¿Qué más les dijiste?

TOMÁS.— (*Intimidado por la dureza de su tono.*) Creo que... nada más.

ASEL.— Crees. Pero tu cabeza no rige bien; tú mismo lo reconoces ya... Ves cosas que los demás no vemos, hablas de personas que desconocemos... Supongamos por un momento que estás bajo la impresión de un falso recuerdo.

TOMÁS.— ¿Un falso recuerdo?

ASEL.— Te parece recordar que recibiste la visita de tu novia, y tal vez es un falso recuerdo que tapa el verdadero.

TOMÁS.— ¡Ella estaba en el locutorio! Y lloraba.

ASEL.— ¡Es una suposición! Si ella no estaba allí y, sin embargo, te llamaron, ¿para qué te llamaron?

TOMÁS.— ¡Para verla! ¿Para qué si no?

ASEL.— Eso es lo que quisiera que recordases... o reconocieses. No vas a locutorios, te llevan a una oficina. Y te preguntan por qué hemos ocultado la muerte de nuestro compañero.

TOMÁS.— ¡Se lo dije al volver! Te he dicho lo que hablé con ellos durante el regreso.

ASEL.— (*Fuerte.*) ¿Qué más les dijiste?

TOMÁS.— (*Se levanta.*) ¡No te tolero que dudes de mí! (*Salta de la cama y ASEL lo aferra por un brazo.*)

ASEL.— ¡Berta no vino! ¿Por qué te llamaron?

TULIO.— (*Se interpone.*) Asel, te excedes...

TOMÁS.— ¡Suelta!

ASEL.— ¿De qué les hablaste?

TULIO.— Ahora eres tú quien pierde los nervios, Asel.

TOMÁS.— (*Forcejea.*) ¡Déjame!...

ASEL.— (*Colérico.*) ¿Por qué no nos trasladan? (*Tomás se desase y va al primer término, muy alterado.*)

MAX.— Interesante pregunta.

TOMÁS.— Que la conteste quien pueda. (*A ASEL.*) Estoy enfermo, pero tú me quieres volver loco. ¡La Fundación es muy extraña, ya lo sé! ¡Ni vosotros ni yo la entendemos! ¡Pero el Encargado se acaba de disculpar! ¡Todo es cierto, cierto! (*Señala al fondo.*) ¡Tan cierto como ese paisaje!

ASEL.— ¡Que no cambia!

TOMÁS.— (*Con el dedo tendido hacia el fondo.*) ¡Oscurece! ¡La noche se acerca y oscurece! ¿No lo veis?

TULIO.— La recaída.

ASEL.— O una torpe mentira.

TOMÁS.— (*Se esfuerza en hablar con calma.*) Yo no miento. Y Berta está aquí. ¡Y vendrá esta noche! Porque ahora mismo se lo voy a ordenar.

ASEL.— (*Irónico.*) ¿Por teléfono?

TOMÁS.— ¡Sí! Antes de que alguien lo escamotee también. (*Se acerca despacio al teléfono y le pone la mano encima, mirando a todos con recelo. Con un airado ademán, ASEL extiende su petate sobre la cama; sin terminar de disponerlo observa, con inmensa desconfianza, a TOMÁS.*)

MAX.— (*Entre tanto, conciliador.*) Todos perdemos alguna vez la calma y hoy le ha tocado a Asel. Discúlpale, Tomás.

LINO.— (*Lo mira.*) Todos, no.

MAX.— ¡Todos! Y tú también. Asel es un hombre muy razonador y, si algo le parece incomprensible, se desespera... Quizá tu llamada aclare las cosas. Descuelga. (*ASEL, que lo escuchaba asombrado, recibe de MAX un calmoso ademán que pide confianza. Entonces se recuesta en el borde de la cama y se cruza de brazos. TULIO se sienta sobre su colchoneta. Tomás mira a todos y descuelga. Marca. Larga pausa. Oprime varias veces la horquilla y sigue escuchando, nervioso.*)

TOMÁS.— No contestan. (*Los mira, receloso. Cuelga, despacio, con la cara nublada. Retira su mano y contempla el aparato. Después se aleja, sin mirar a nadie.*)

ASEL.— (*Quedo.*) No sé qué pensar.

TULIO.— (*Se sienta en la cama junto a ASEL.*) Ahora soy yo quien te dice: calla y reflexiona.

ASEL.— (*Sin dejar de observar a TOMÁS.*) Eso intento.

TULIO.— Quizá es sincero y el proceso sigue: parece que el teléfono está ahí todavía, pero ya no funciona.

LINO.— (*Quedo.*) Y es posible que su novia le haya visitado realmente. (*Descontento consigo mismo, ASEL arregla su colchón sobre la cama. TULIO se acerca a TOMÁS. Éste lo nota, se acerca al mueble-cama y empieza a desplegarlo. Una vez dispuesta su pobre yacija, ASEL se reclina, saboreando su pipa.*)

TULIO.— La volverás a ver, muchacho. Como yo a la mía. (*Suspira.*) Así lo espero, al menos. (*ASEL lo mira muy interesado.*)

MAX.— ¿La tuya?

TULIO.— Nunca os he hablado de ella. Ni a ti, Asel. ¿Para qué? Pero esta noche no me la puedo quitar de la cabeza. Casi veinte años le llevo. Yo la adoraba sin soltar palabra. Figuraos: me encontraba tan ridículo ante aquella nena... (*Ríe.*) Se tuvo que declarar ella. (*MAX sonríe. LINO se sienta en su petate.*)

ASEL.— (*Se guarda su pipa.*) ¿Dónde está ahora?

TULIO.— En el extranjero. Decidimos que debía aprovechar la beca... (*Terminando de arreglar su cama, TOMÁS atiende.*) ¡Ésa sí que era una beca! A su regreso, nos casaríamos. No sabe dónde estoy ahora. Aunque lo supondrá... Su viaje la ha salvado.

TOMÁS.— (*Tímido.*) ¿De qué?

TULIO.— (*Lo mira y sonríe.*) De mí... (*Se sienta.*) No sabéis cuánto me consuela que ella esté a salvo y aproveche su tiempo. Es doctora en Ciencias Físicas; sabe mucho más que yo. Me buscó para todo ese jaleo de los hologramas, porque un buen técnico sí que soy. (*TOMÁS se inquieta ante el tema.*) Si nos volviésemos a reunir, ya hay una excelente Universidad que nos espera... en otro país. Pasamos allí un año: el mejor de nuestra vida. Teníamos todos los aparatos necesarios, nos construían los que pedíamos... y jugábamos... Para nosotros era el más fascinante de los juegos.

ASEL.— ¿La holografía? (*Va hacia ellos.*)

TULIO.— Sí. Nos gastábamos bromas, proyectábamos objetos de bulto para engañarnos el uno al otro... Habíamos logrado enorme perfección en las imágenes y en disimular los focos de proyección. (*TOMÁS se detiene. Siente náuseas.*) Yo picaba más que ella; siempre he sido algo bobo. Y ella se reía a carcajadas, con aquella risa suya... que oigo siempre.

TOMÁS.— (*Muy quedo.*) Cállate.

TULIO.— Un día me estaba esperando en el laboratorio, leyendo en un sillón muy quietecita. Fui a besarla y... (*Ríe.*) ¡era un holograma!

MAX.— (*Estupefacto y risueño.*) ¿Un holograma?

TULIO.— ¡De arriba abajo! ¡Hasta el sillón! Ella se había escondido tras una mesa y empezó a reír como una loca. (*Ríe.*) Y yo...

TOMÁS.— (*Grita.*) ¡Cállate! (*Todos lo miran. Silencio.*)

TULIO.— Paciencia, muchacho. Volverás a abrazar a Berta.

ASEL.— No le digas eso.

TULIO.— ¡Déjanos soñar un poco, Asel! (*Se levanta.*) ¡Él se reunirá con su novia y yo con la mía! La vida no tendría sentido si eso no sucediera. Yo te comprendo muy bien, Tomás. (*TOMÁS deniega sin volverse.*) ¡Un día las abrazaremos! ¡Y no serán ilusiones, no serán hologramas! (*TOMÁS hunde la cara en sus puños.*) Será una conmovedora realidad... de carne y hueso. (*Se acerca a ASEL.*) Por eso haré todo lo que tú digas, Asel. Eso hay que conseguirlo.

LINO.— ¿El qué?

ASEL.— (*Rápido.*) Reunirse con ella, hombre. (*TULIO y él se miran.*) ¿Nos invitarás a la boda, supongo?

MAX.— (*Lo mira con curiosidad.*) Ahora sueñas tú...

ASEL.— (*Ríe.*) Un desahogullo antes de que apaguen. Porque nos van a apagar de un momento a otro...

LINO.— Mucho tardan hoy.

ASEL.— Pues mientras tardan, soñemos un poco, por qué no. Sí: acaso un día brindemos a la salud de la feliz pareja.

TULIO.— En esa ocasión y en otras. (*Pasea.*)

MAX.— ¿Cuáles otras?

TULIO.— (*Muy serio.*) Cuando nos den a ella y a mí el Premio Nobel. (*MAX suelta la carcajada. TOMÁS esboza una sonrisa y se vuelve hacia ellos despacio. Los demás también ríen. TULIO ríe a su vez.*) Bueno, ya estamos en un manicomio y todos felices. Pero os advierto que en la Universidad se rumoreaba ya..., cuando tuvimos la buena idea de regresar aquí.

MAX.— ¡La nostalgia!

TULIO.— La estupidez.

MAX.— (*Riendo.*) Os juro que ahora sí me gustaría tomar una cerveza. (*TOMÁS mira instintivamente al lugar donde veía el frigorífico.*)

LINO.— ¡Y a mí!

MAX.— ¡Para brindar por tu Nobel y por el que le caerá encima a la novela de Tomás!

TOMÁS.— (*Risueño, va a la mesa y se sienta en su borde.*) ¡No digáis chiquilladas!

TULIO.— (*Le palmea en la espalda.*) ¡Sí, hombre! ¡Chiquillos todos, como tú! Sueña, Tomás. Me arrepiento de habértelo reprochado. Es nuestro derecho. ¡Soñar con los ojos abiertos! Y tú los estás abriendo ya. ¡Si soñamos así, saldremos adelante!

ASEL.— Si nos dan tiempo. (*Se sienta sobre la cama de TOMÁS.*)

LINO.— ¡Hay conmutaciones, Asel! ¡Pueden conmutarnos!

ASEL.— Prefiero no esperarlas.

MAX.— ¿Y qué podemos hacer sino esperarlas?

ASEL.— (*TULIO y él se miran.*) Cierto.

TOMÁS.— ¿Qué nos tienen que conmutar? (*Estalla la risa de todos.*)

TULIO.— ¡Asel, reconocerás que ésa es la voz de la inocencia!

ASEL.— (*Frío.*) Tal vez.

TOMÁS.— (*Se levanta, expansivo.*) Me alegra tanto lo que has dicho, Tulio... Porque la amistad es una bella cosa. Hemos reñido, pero soy tu amigo. ¡Volverás con tu novia, amigo! (*Con energía, con, gravedad.*) La vida, la dicha de crear, nos esperan a todos.

TULIO.— ¡Así será, Tomás! No nos destruirán. Un día recordaremos todo esto, entre cigarrillos y cervezas. (*Le pasa a TOMÁS un brazo por la espalda.*) Diremos: parecía imposible. Pero nos atrevimos a imaginarlo y aquí estamos.

ASEL.— (*Grave.*) Eso. Aquí estamos.

TULIO.— ¡No, no! ¡Estaremos! Diremos: aquí estamos. (*Oprime, afectuoso la espalda de TOMÁS.*) Y tú, con tus fantasías, me lo has hecho comprender. Tú no estás tan loco. ¡Tú estás vivo! Como yo.

TOMÁS.— (*Conmovido.*) Pero..., ¿lo comprendes, Tulio? Si creemos en ese futuro es porque, de algún modo, existe ya. ¡El tiempo es otra ilusión! No esperamos nada. Recordamos lo que va a suceder.

ASEL.— (*Sonríe con melancolía.*) Recordamos que no existe el tiempo..., si nos dan tiempo para ello.

TULIO.— (*Ríe.*) ¡No nos amargues la noche, Asel! ¡Esta noche, no!

TOMÁS.— (*Casi como un niño.*) ¡Esta noche, no, Asel! (*Y ríe también.*)

ASEL.— Conforme, conforme. ¡Viva el presente eterno! (*Y saca su pipa.*)

MAX.— ¡Bravo! ¡Fuma tu pipa de aire, Asel! (*ASEL ríe y va a meterse la pipa en la boca. Pero se la guarda de inmediato y se incorpora, tenso.*)

ASEL.— Callad. (*Breve pausa.*) ¿No oís pasos?

TULIO.— ¿Pasos? (*ASEL se levanta y mira hacia la puerta. LINO se precipita a la puerta y escucha, con el oído pegado a la plancha. Tulio se yergue.*)

LINO.— Se acercan.

MAX.— Quizá pasen de largo. (*Silencio absoluto. Transcurren unos segundos.*)

LINO.— No pasan de largo. (*Retrocede hacia la pared izquierda. Ruido de llave. La puerta se abre, rápida. En el umbral, el ENCARGADO y su AYUDANTE. Al fondo, la galería repleta de puertas cerradas. Los dos hombres llevan su derecha metida en el bolsillo de la chaqueta; el ENCARGADO trae un papel en la otra mano y entra.*)

ENCARGADO.— C-81.

TULIO.— (*Su mano roza la inscripción de su pecho.*) Soy yo.

ENCARGADO.— (*Lee.*) ¿Tulio...?

TULIO.— (*Lo interrumpe.*) Presente.

ENCARGADO.— Salga con todo lo que tenga. (*Se miran todos.*)

ASEL.— ¿Nadie más?

ENCARGADO. (*Molesto por la pregunta.*) De aquí, nadie más. (*TULIO suspira hondamente y cruza para tomar su saquito de la percha.*)

LINO.— Yo te ayudo. (*Se vuelve y toma un plato, un vaso y una cuchara de la taquilla. TULIO cruza con el talego y lo deja sobre su colchoneta. ASEL va a su lado y se inclina para ayudarlo. LINO va a cruzar; se detiene, indeciso, y mira al ENCARGADO.*)

ENCARGADO.— (*Seco.*) ¿Qué le pasa a usted?

LINO.— ¿Lo llevan abajo?

ENCARGADO.— ¿Por qué abajo?

LINO.— Por lo que pasó aquí...

ENCARGADO.— No. (*LINO llega al colchón de TULIO, abre la boca del talego y mete en él los cacharros. En seguida va a los pies del petate extendido y cambia una mirada con ASEL, que está al otro extremo.*)

TULIO.— (*Voz débil.*) Dejadme a mí.

LINO.— No. Tú, no. (*Ayudado por ASEL, enrolla el petate y lo ata con unas cuerdecillas dispuestas en la arpillera.*)

TOMÁS.— (*Entre tanto, al ENCARGADO.*) ¿Lo trasladan a otra habitación? (*LINO lo mira duramente; TULIO está inmóvil, con los ojos bajos; el ENCARGADO sonríe.*)

ENCARGADO.— Más bien a otro lugar.

TOMÁS.— Yo no llegué a pedirlo, Tulio...

TULIO.— Lo sé. No te preocupes.

TOMÁS.— (*Perplejo.*) Ven a vernos...

ENCARGADO.— (*A los del petate.*) ¡Dense prisa!

ASEL.— Ya está. (*LINO y él se yerguen.*)

ENCARGADO.— (*A TULIO.*) Cárguelo.

TULIO.— (*Con desdén.*) No sin antes despedirme. (*El ENCARGADO esboza un movimiento de impaciencia, pero no dice nada.*) Tomás, un abrazo. Amigos para la eternidad. (*Lo abraza.*)

TOMÁS.— (*Risueño.*) ¡Te juro que nunca más reñiremos! ¡Hasta pronto!

TULIO.— Por si no nos vemos, escúchame una palabrita... Despierta de tus sueños. Es un error soñar. (*Deshace el abrazo.*)

TOMÁS.— (*Con risueña sorpresa.*) ¿En qué quedamos?...

TULIO.— (*Con una afectuosa palmada en el hombro le corta.*) Mucha suerte. (*Se vuelve hacia MAX.*) Max...

MAX.— (*Lo abraza.*) Ánimo.

TULIO.— Lo tendré. Gracias por tu ayuda, Lino.

LINO.— *(Lo abraza.)* No tendremos más suerte que tú.

TULIO.— ¿Quién sabe? *(A ASEL.)* ¿Quién sabe, Asel? A mí no me han dado tiempo, pero todo puede resolverse aún. *(Se abrazan entrañablemente.)*

ASEL.— *(Se le quiebra la voz.)* Tulio... Tulio.

TULIO.— No. Sin flaquear. *(Se separan. Sus manos aún se estrechan con fuerza.)*

ENCARGADO.— ¡Vamos! *(LINO y ASEL levantan el petate y lo cargan a hombros de Tulio, que se encamina a la puerta. Allí se vuelve.)*

TULIO.— ¡Suerte a todos!

TOMÁS.— *(Afectado a su pesar.)* ¡Que veas pronto a tu novia, Tulio! *(Para TULIO es como un golpe a traición y la desesperación crispa su cara. Pero aprieta los dientes y sale, brusco, desapareciendo por la derecha. El ENCARGADO sale tras él y la puerta se cierra. Silencio. ASEL se derrumba en su cama.)*

LINO.— *(Se golpea una mano con el puño de la otra.)* ¡Por eso no apagaban!

MAX.— *(Murmura.)* Haré mi cama. *(Se acerca a su petate.)*

LINO.— ¿Prefieres su sitio? Está más resguardado.

MAX.— Ocúpalo tú. *(LINO agarra su petate y empieza a extenderlo en el lugar que ocupó el de TULIO. MAX extiende el suyo entre la cama y la mesa. ASEL empieza a desnudarse muy despacio: primero, el calzado, que deja bajo la cama; después, la blusa, que pone a los pies del lecho. Absorto, se detiene.)* Intentaremos dormir. *(MAX se descalza y se desabrocha.)*

LINO.— ¿Le quitarán también la luz a Tulio?

ASEL.— Al amanecer.

LINO.— No me has entendido.

ASEL.— Tú no me has entendido.

LINO.— *(Se descalza.)* Hay que darse prisa, van a apagar. *(Se va desnudando. TOMÁS se sienta en su cama y se quita el calzado.)*

TOMÁS.— Todos sentimos la marcha de Tulio... A pesar de sus rarezas es un excelente compañero. Pero, en realidad, deberíamos estar contentos. Si a él le han levantado el arresto, el nuestro será también leve y pronto empezaremos a trabajar. *(Va poniendo su ropa sobre la cama. LINO lo mira fijamente.)*

ASEL.— ¡Calla, por favor!

MAX.— No le hagas caso.

ASEL.— Vosotros no podéis comprender lo solo que me siento.

TOMÁS.— *(Con afecto.)* No estás solo, Asel. Y a Tulio no tardaremos en verlo. *(Ha terminado de desnudarse y queda en inmaculada ropa interior, que contrasta con las rotas y no muy limpias de sus compañeros.)*

ASEL.— *(Duro.)* Si estuvieses fingiendo, no tendrías perdón.

LINO.— No creo que finja. Es que no quiere despertar.

TOMÁS.— ¿Despertar?...

LINO.— *(Agrio.)* Lo último que te dijo Tulio. No lo olvides, porque ya no lo volverás a ver.

TOMÁS.— ¿Qué sabes tú?

LINO.— ¡Lo van a matar! *(TOMÁS se levanta, demudado. La luz de la sobrepuerta se apaga. El cuarto queda iluminado por la mortecina claridad lunar que penetra por la ventana invisible.)*

MAX.— Menos mal que hay luna. *(Termina de desnudarse aprisa.)*

TOMÁS.— *(A LINO.)* ¿Qué has dicho?

LINO.— ¡Lo van a matar, imbécil! ¡Como a todos nosotros! *(A ASEL.)* ¡Hay que decírselo, Asel, aunque tú no quieras!

ASEL.— *(Sentado en su cama, mira a TOMÁS.)* Yo ya no digo nada.

TOMÁS.— ¿Es que todos estamos perdiendo la razón? *(De pronto, corre al teléfono.)*

LINO.— ¿Dónde vas? *(TOMÁS va a descolgar y advierte cómo el aparato se desliza sobre la mesilla y desaparece por un hueco de la pared, que se cierra.)*

TOMÁS.— ¿Os habéis propuesto que mi cabeza estalle? ¿Es a mí a quien pretendéis destruir?... Asel, ¿ya no puedo confiar ni en ti? *(Ante el silencio de ASEL, retorna a su cama y se sienta, tembloroso.)*

ASEL.— *(Con voz de hielo.)* ¿Qué más les dijiste cuando te llamaron? *(Con un desesperado resuello, TOMÁS se mete presuroso entre sus limpias sábanas, encoge el cuerpo y esconde la cabeza, de la que sólo asoma, mirando al frente, su contraído rostro de ojos dilatados. ASEL, levanta las piernas, las apoya en el borde de la cama y oculta su cara entre las manos. A MAX, sentado en su colchoneta, apenas se le ve tras la mesa; inclinado hacia delante y con sus brazos cruzados sobre las rodillas, refugia en ellos su cabeza. LINO suspira y se mete bajo la manta; incorporado a medias sobre un codo, mira al frente con ojos extraviados. Larga pausa.)*

LINO.— ¿Qué más les pudo haber dicho? ¿Y qué puede importarte?

ASEL.— *(Sin levantar la cabeza.)* Ya, muy poco. Éste es el fin.

LINO.— No hay que ponerse en lo peor.

ASEL.— Eres joven... ¿Es la primera vez?

LINO.— Sí. ¿Y tú?

ASEL.— La tercera. La segunda fue muy larga... Ésta no lo será tanto. Y ya no habrá una cuarta.

LINO.— Eso no lo puedes decir.

ASEL.— Aun cuando escapase de ésta, no la habrá, porque estoy agotado. Hace tiempo que me pregunto si no somos nosotros los dementes... Si no será preferible hojear bellos libros, oír bellas músicas, ver por todos lados televisores, neveras, coches, cigarrillos... Si Tomás no fingía, su mundo era verdadero para él, y mucho más grato que este horror donde nos empeñamos en que él también viva. Si la vida es

siempre tan corta y tan pobre, y él la enriquecía así, quizá no hay otra riqueza, y los locos somos nosotros por no imitarle... (*Con triste humor.*) Es curioso. Me gustaría que fuese verdad todo lo que siempre he combatido como una mentira. Que la Fundación nos amparase, que Tulio estuviese en un nuevo pabellón lleno de luz... (*Ríe débilmente.*) Estas cosas se piensan cuando uno está acabado.

LINO.— Sólo cuando uno está cansado. Mañana lo verás de otro modo.

MAX.— ¿Intentamos entonces descansar? Es lo mejor que podemos hacer. (*Se mete en la cama y se arrebuj.*)

LINO.— ¿Duermes, Tomás?... (*TOMÁS, con los ojos muy abiertos, no responde.*)

MAX.— Por lo menos, esta noche no habrá más visitas.

LINO.— Que descanséis. (*Se echa, se vuelve hacia la pared y se arropa.*)

ASEL.— Pobre Tulio. (*Se acuesta. Sin cambiar de postura, Tomás cierra los ojos. Larga pausa. Debilísima, casi inaudible, comienza a sonar una tenue melodía: la Pastoral de Rossini. Al tiempo, y sin que la espectral claridad lunar del interior se altere, la dulce luz del alba alegra el paisaje tras el ventanal. TOMÁS abre los ojos y escucha, extático, las suavísimas notas. Por la cortina del cuarto de baño aparece, lenta, una silenciosa silueta. TOMÁS se incorpora de súbito y ve a BERTA, con el blanco atuendo de su primera aparición.*)

TOMÁS.— (*Muy quedo.*) Berta. (*Ella le recomienda silencio con gesto grave y avanza, sigilosa, mirando a los hombres acostados. Ya a su lado, se sienta en el borde de la cama.*)

BERTA.— No levantes la voz.

TOMÁS.— ¿Cómo has podido entrar? La puerta está cerrada.

BERTA.— No para mí.

TOMÁS.— Has tardado mucho.

BERTA.— (*Irónica.*) Si quieres, me voy.

TOMÁS.— (*Aferra una de sus manos.*) No. Tú eres mi última seguridad.

BERTA.— ¿Seguridad?

TOMÁS.— Voy a despertarlos. Quiero que te vean.

BERTA.— Están cansados. Déjales dormir.

TOMÁS.— Han trasladado a Tulio.

BERTA.— Ya lo sé.

TOMÁS.— Estos locos dicen... que lo van a matar. Pero es mentira. Si tú estás aquí, es mentira.

BERTA.— Tú sabrás.

TOMÁS.— Ya no sé nada, Berta. ¿Por qué la Fundación es tan inhóspita? ¿Tú lo sabes?

BERTA.— Sí. Y tú.

TOMÁS.— Yo, no.

BERTA.— Bueno. Tú, no.

TOMÁS.— (*La abraza. Ella lo soporta, pasiva.*) ¿No quieres contestarme? ¿Has venido a burlarte?... Tú me querías... Hoy no eres la misma.

BERTA.— (*Risita.*) ¿No?

TOMÁS.— Por favor, no te rías.

BERTA.— (*Seria.*) Como quieras. (*Mira al vacío.*)

TOMÁS.— ¿Porqué lloraste en el locutorio?

BERTA.— Por Tomás.

TOMÁS.— ¿Por el ratón?

BERTA.— Está muy enfermo.

TOMÁS.— ¿Se va a morir? (*Silencio.*) Será un mártir...

BERTA.— De la ciencia.

TOMÁS.— Si le habéis inoculado algo...

BERTA.— Nada. No sé si habrá trabajos. (*Se miran fijamente.*)

TOMÁS.— Entonces, ¿de qué va a morir Tomás?

BERTA.— (*Seca.*) No sé si va a morir.

TOMÁS.— Está vivo, luego morirá. Morirá, Berta. Y ni siquiera sabemos si habrá trabajos. Ven. (*La atrae hacia sí.*)

BERTA.— ¿Qué quieres?

TOMÁS.— (*Levanta las ropas de la cama.*) Ven a mi lado.

BERTA.— (*Se echa hacia atrás.*) ¿Y ellos?

TOMÁS.— ¿Qué importa? Vamos a devorarnos. A morir. Sórbeme, mátame.

BERTA.— (*Risita.*) ¿Sólo me quieres para eso?

TOMÁS.— ¡Qué más da! Tú ya no eres Berta. (*Se miran. Ella se abalanza de pronto y le muerde los labios. Sin separar sus bocas, las manos de él se vuelven audaces. Se vencen los dos sobre el lecho; él separa más las ropas para que entre ella. El beso continúa; él gime sordamente. La música cesa de repente y se oye la voz de ASEL.*)

ASEL.— ¿Qué te pasa, Tomás?

BERTA.— (*Se incorpora, rápida, y susurra, sin mirarlo.*) ¡Te lo dije!

TOMÁS.— (*Susurra.*) ¡Vete al cuarto de baño! (*BERTA se levanta y retrocede hacia la cortina del chaflán, tras la que desaparece. ASEL se sienta en su cama.*)

ASEL.— ¿Con quién hablabas?

TOMÁS.— (*Sin incorporarse.*) Con nadie. (*LINO se apoya en un codo y lo mira.*)

ASEL.— No vayas a decir que nos creías dormidos. Nadie ha podido dormir después de lo de Tulio. Ni tú.

TOMÁS.— Yo no dormía. (*MAX se incorpora en su lecho.*)

ASEL.— Entonces, ¿pretendías engañarnos? (*Tomás se sienta en su cama, sombrío.*) Demostrarnos que Berta, pese a todo, ha venido. ¿No es así?

MAX.— Aunque no durmiese, quizá fabulaba.

ASEL.— Eso es lo que digo.

MAX.— No me entiendes. Hablo de... las compensaciones de la soledad. El desahogo de los sentidos mediante la imaginación de un grato encuentro íntimo...

TOMÁS.— (*Inseguro.*) Yo no fabulaba.

ASEL.— (*Amargo.*) Él no fabulaba. Berta ha venido... y se ha marchado.

TOMÁS.— (*Inseguro.*)... No se ha marchado.

LINO.— (*Estupefacto.*) ¿Qué?

TOMÁS.— Está... en el cuarto de baño. (*Grosera carcajada de LINO. TOMÁS se lleva las manos a la cabeza, exasperado.*) ¡Sí, y la vais a ver! No podrá irse sin que la veáis, así que es mejor dejarse de tapujos.

ASEL.— Si hubiesen sacado a Tulio por tu culpa, merecerías...

MAX.— Pero ¿qué les pudo decir?

TOMÁS.— (*Se pone aprisa el pantalón, se levanta.*) ¡Berta os está escuchando! ¡La vais a ver ahora mismo!

ASEL.— (*Se levanta también.*) ¡Está bien! Que salga. (*LINO Se levanta, muy intrigado. MAX empieza a incorporarse.*) ¡Llámalala!

TOMÁS.— (*Titubea.*) ¿Que la llame?

LINO.— ¡Sí! ¡Llámalala!

TOMÁS.— ¡Berta! ¡Sal, Berta! ¡Sal de una vez! (*Aguarda unos instantes. Corre hacia la cortina, ASEL lo detiene, iracundo.*)

ASEL.— ¿Eres tú el culpable de que no nos trasladen?

TOMÁS.— ¡Suéltame!

ASEL.— ¡Responde! (*TOMÁS se zafa y corre a la cortina, la levanta y mira. Vuelve a mirar, desmoralizado. Se vuelve.*)

TOMÁS.— (*Muy quedo.*) No está.

MAX.— (*Calmoso.*) Pero la puerta no se ha abierto. (*TOMÁS se abalanza a la puerta y la empuja inútilmente. Después la golpea, frenético.*)

TOMÁS.— ¡Quiero salir!... ¡Quiero salir! (*Corren todos a sujetarlo.*)

LINO.— ¡Quieto, loco! ¡Van a acudir!

MAX.— (*En medio del forcejeo.*) Si está mintiendo, poco le importa. Sabe que a él no le harán nada.

TOMÁS.— (*Solloza.*) ¡Salir! (*LINO le abofetea. TOMÁS se derrumba. Van soltándolo. Él llora en silencio, de rodillas. MAX se aparta y se sienta sobre la mesa.*)

MAX.— Empieza a darme asco. (*El paisaje se va oscureciendo casi hasta la negrura.*)

TOMÁS. Ella... no ha venido. (*Mira hacia el ventanal.*)

ASEL.— ¿Lo reconoces?

TOMÁS.— Nunca vino. (*Absorto en la noche que inunda el paisaje.*) Estoy delirando.

MAX.— Ahórranos tu comedia. Ya no nos vas a embaucar.

TOMÁS.— Pobre de mí. (*Oculta la cara entre manos. LINO se aparta y se sienta sobre su colchoneta. (Silencio.)*)

ASEL.— (*Que miraba a TOMÁS con vivísima atención.*) No es una comedia.

MAX.— ¡Por favor, Asel! Resulta ya imposible creerle.

ASEL.— Al contrario. Ahora es cuando se le puede creer. Y yo deploro todo lo que le he dicho.

MAX.— ¡No lo defiendas más!

ASEL.— No es una defensa, es un razonamiento. Si sus alucinaciones fuesen ficticias, habría afirmado que BERTA aparecía ante nosotros, aun cuando no la viésemos. O que se abría la puerta y ella huía, aunque la puerta siguiese cerrada.

MAX.— No. Lleva días simulando un regreso paulatino a la normalidad.

ASEL.— ¡Lleva días regresando a la cordura! Si fuese una comedia, nuestra incredulidad le incitaría a fingir una grave recaída. Y eso pensé cuando le oír farfullar en su cama... Nunca estuve más cerca de creer que nos mentía. Y esperaba que siguiese hablando con ella ante nosotros, que nos injuriase por afirmar que no la veíamos... Eso habría hecho un embustero acorralado. La desaparición de Berta es la realidad que le invade a su pesar... Esa cita ha sido quizá la última tentativa de refugiarse en sus delirios y la crisis definitiva.

LINO.— ¿Definitiva?

ASEL.— Él mismo ha dicho que ella nunca vino aquí... No lo dudéis: es imposible que mienta. (*Silencio. LINO se levanta, perplejo, y mira a TOMÁS, que ha escuchado a ASEL con emoción creciente. ASEL se acerca a TOMÁS.*) Tomás, ¿sabes dónde estamos?

TOMÁS.— (*Humilde, baja la cabeza.*) Dímelo tú.

ASEL.— No. Dilo tú. (*Corta pausa.*)

TOMÁS.— Estamos en... la cárcel.

ASEL.— ¿Por qué?

TOMÁS.— Dilo tú.

ASEL.— No. Tú.

TOMÁS.— Es que... no lo recuerdo bien... todavía.

ASEL.— Acuéstate. Descansa. (*Tomás se levanta y va hacia su cama. Durante un segundo mira el paisaje, ahora oscuro y borroso. Se desabrocha el pantalón, se sienta en su cama y se lo quita. LINO vuelve a recostarse en su lecho.*)

TOMÁS.— ¿Es cierto... que van a matar a Tulio?

ASEL.— Sí. (*Se sienta en su cama.*)

TOMÁS.— ¿Estaba... condenado a muerte?

LINO.— Sí. (*TOMÁS se mete en la cama. Silencio.*)

TOMÁS.— ¿No podría ser un simple traslado?

ASEL.— A los condenados a muerte ya no los llevan a otra prisión. Podría ser un traslado abajo...

MAX.— A celdas de castigo. (*Vuelve a su cama.*)

ASEL. Pero entonces nos habrían bajado a todos. Tulio no hizo nada que no hubiéramos hecho nosotros.

LINO.— Si lo sacan sólo a él, es porque se va a cumplir la orden de ejecución.

MAX. Y además le han ordenado salir con todas sus cosas.

TOMÁS.— No entiendo...

ASEL.— En cada prisión lo hacen a su modo. En ésta, cuando vas al paredón, tienes que salir con todo lo tuyo... y dejarlo en oficinas.

LINO.— Si te trasladan a celdas de castigo también te dicen: «con todo lo que tenga». Cuando oigas esa frase, no te será difícil deducir tu destino.

MAX.— Y si te ordenan salir sin llevar nada, o es para locutorios o para diligencias.

TOMÁS.— ¿Diligencias?

ASEL.— Interrogatorios... muy duros... Insoportables. (*TOMÁS se incorpora y lo mira. Breve pausa.*)

TOMÁS.— ¿Estamos condenados a muerte? (*ASEL vacila en responder.*)

LINO.— Todos. (*Silencio.*)

TOMÁS.— Sí... Creo recordar. Explícame tú, ASEL.

ASEL.— (*Enigmático.*) ¿Por qué yo?

TOMÁS.— No sé... (*ASEL va a su lado.*)

ASEL.— Poco importan nuestros casos particulares. Ya te acordarás del tuyo, pero eso es lo de menos. Vivimos en un mundo civilizado al que le sigue pareciendo el más embriagador deporte la viejísima práctica de las matanzas. Te degüellan por combatir la injusticia establecida, por pertenecer a una raza detestada; acaban contigo por hambre si eres prisionero de guerra, o te fusilan por supuestos intentos de sublevación; te condenan tribunales secretos por el delito de resistir en tu propia nación invadida... Te ahorcan porque no sonríes a quien ordena sonrisas, o porque tu Dios no es el suyo, o porque tu ateísmo no es el suyo... A lo largo del tiempo, ríos de sangre. Millones de hombres y mujeres...

TOMÁS.— ¿Mujeres?

ASEL.— Y niños... Los niños también pagan. Los hemos quemado ahogando sus lágrimas, sus horrorizadas llamadas a sus madres, durante cuarenta siglos. Ayer los devoraba el dios Moloch en el brasero de su vientre; hoy los corroe el napalm. Y los supervivientes tampoco pueden felicitarse: niños cojos, mancos, ciegos... A eso les

hemos destinado sus padres. Porque todos somos sus padres... *(Corto silencio.)* ¿Habré de recordarte dónde estamos y con cuál de esas matanzas nos enfrentamos nosotros? No. Tú lo recordarás.

TOMÁS.— *(sombrió.)* Ya lo recuerdo.

ASEL.— Entonces ya lo sabes... *(Baja la voz.)* Esta vez nos ha tocado ser víctimas, mi pobre Tomás. Pero te voy a decir algo... Lo prefiero. Si salvase la vida, tal vez un día me tocase el papel de verdugo,

TOMÁS.— Entonces, ¿ya no quieres vivir?

ASEL.— ¡Debemos vivir! Para terminar con todas las atrocidades y todos los atropellos. ¡Con todos! Pero... en tantos años terribles he visto lo difícil que es. Es la lucha peor: la lucha contra uno mismo. Combatientes juramentados a ejercer una violencia sin crueldad... e incapaces de separarlas, porque el enemigo tampoco las separa. Por eso a veces me posee una extraña calma... Casi una alegría. La de terminar como víctima. Y es que estoy fatigado. *(Silencio.)*

TOMÁS.— ¿Por qué... todo...?

ASEL.— El mundo no es tu paisaje. Está en manos de la rapiña, de la mentira, de la opresión. Es una larga fatalidad. Pero no nos resignamos a las fatalidades y debemos anularlas.

TOMÁS.— ¿Nosotros?

ASEL.— Sí. Aunque estemos cansados. *(Baja la voz.)* Aunque nos espante mancharnos y mentir.

TOMÁS.— *(Que está pensando.)* ¿Luchaba yo también?

ASEL.— Sí.

TOMÁS.— ¿Contigo?

ASEL.— En cierto modo.

TOMÁS.— Sí. Empiezo a recordar. *(Se pasa la mano por la frente.)* Pero a ti no te recuerdo.

ASEL.— Nunca me viste antes de venir aquí. Pero teníamos cierta relación.

TOMÁS.— ¿Cuál?

ASEL.— *(Le oprime un hombro.)* Si la recuerdas, yo te ayudaré a comprender lo sucedido.

TOMÁS.— *(Después de un momento.)* Víctimas...

ASEL.— Así es.

TOMÁS.— ¿Sin remedio?

ASEL.— No, no. Con remedio siempre.

TOMÁS.— *(Lo piensa.)* ¿Las conmutaciones?

ASEL.— *(Sonríe.)* Incluso las conmutaciones. *(MAX esboza un movimiento de escepticismo y se arrebujá en su cama.)*

TOMÁS.— Pobre Tulio. *(La luz empieza a bajar.)*

LINO.— La luna se esconde. Vamos a dormir. *(Se arropa.)*

ASEL.— Descansa, muchacho. *(Va al fondo y se mete en su cama. Oscuridad casi absoluta. Remota y débil, se oye la canturria de un centinela: «¡Centinela, alerta!» Breves segundos. Otra voz, menos lejana, respondo: «¡Alerta el dos!»)*

TOMÁS.— Los centinelas.

ASEL.— Como todas las noches.

TOMÁS.— Pero yo no quería oírlos. *(Otra voz, más cercana: «¡Alerta el tres!» Sobre el fondo ya negro y tras el ventanal, una figura lívidamente alumbrada emerge poco a poco. Es BERTA, y parece sostener algo en sus manos. Muy alta, casi flotante, la aparición absorbe la atención de TOMÁS, que no necesita volver la cabeza para percibirla. Óyese la cuarta voz, muy próxima: «¡Alerta el cuatro!» La imagen de BERTA separa los brazos y el derecho, extendido, vuelve su mano. De ella pende un inmóvil ratón blanco suspendido por el rabo. Otra voz, más lejana: «¡Alerta el cinco!» Con expresión dolorida, la imagen suelta el ratón, que cae a plomo. Sólo entonces la cabeza femenina se vuelve hacia TOMÁS y lo mira con indecible pena. La luz que ilumina a la figura decrece hasta extinguirse y las tinieblas se adueñan de todo, mientras se oyen, cada vez más lejanos, los gritos del sexto, del séptimo, del octavo centinela. Las cortinas se corren durante breves momentos.)*

II

Cruda luz diurna. El ventanal ha desaparecido tras un lienzo de pared igual al resto de los muros. A la izquierda y en el lugar que ocupaba la cama plegable hay ahora otro petate. Lo único que subsiste de las imaginaciones de Tomás es la cortina del chaflán, donde aún se refugia una vaga penumbra.

(Sentado sobre su petate, Tomás, ensimismado. Su pantalón gris es idéntico al de los otros; su blusa, por fuera. Sentado a la cabecera de la cama en su petate, ASEL chupetea la pipa vacía. Al extremo derecho de la mesa y sentado sobre el rollo de su petate, LINO tamborilea sobre la rejilla. Cerca del extremo izquierdo y asimismo sentado, MAX, con las manos enlazadas sobre la mesa. Unos segundos de silencio.)

ASEL.— Tomás, una pregunta por última vez. Cualquiera que sea tu respuesta, nada te reprocharé, te lo aseguro. Cuando te llamaron al locutorio, ¿les dijiste a los guardianes algo que no nos hayas contado? Quizá ahora lo recuerdes.

TOMÁS.— No. *(MAX insinúa un gesto de incredulidad.)*

ASEL.— Tu cabeza aún está débil... ¿No comentarías con ellos, o te dirían ellos a ti, cosas que hayas olvidado?

TOMÁS.— No. Estoy seguro.

LINO. (*Reflexiona.*) Entonces...

ASEL.— ¿Qué?

LINO.— (*Después de un momento.*) Nada.

TOMÁS.— ¿Qué pude o me pudieron decir?

ASEL.— No sé. (*TOMÁS lo mira, perplejo. Silencio. TOMÁS toca su petate, pensativo. Después toma un pellizco de su pantalón y considera la tela.*)

TOMÁS.— He estado lleno de imágenes asombrosamente nítidas. Y eran falsas. En cambio se me han borrado otras que, según vosotros, son las verdaderas. (*MAX lo mira con aire suspicaz.*) He sufrido alucinaciones... Quizá las sufro todavía. (*ASEL, lo mira con interés.*) ¿Estoy loco, Asel? A eso los médicos le llamáis locura. Pero si lo estoy, ¿cómo lo reconozco?

ASEL.— Supongo que has sufrido lo que los médicos llaman un brote esquizofrénico. Sin embargo, no puedo asegurarte nada porque yo... (*Sonríe.*) no soy médico.

TOMÁS.— (*Asombrado.*) No es la primera vez que oigo eso. ¿Quién lo dijo antes? ... (*Señala a LINO.*) Sí. El ingeniero.

LINO.— Yo no soy ingeniero, Tomás.

TOMÁS.— ¿Tampoco?

LINO.— Soy tornero.

TOMÁS.— ¿Tornero? (*LINO asiente.*)

ASEL.— Y tú siempre le entendías ingeniero. Nos cambiabas los oficios... Porque yo sí soy ingeniero.

TOMÁS. ¿Tú?

MAX.— No pongas esa cara. Siempre lo has sabido.

TOMÁS.— Te aseguro que no...

MAX.— (*A los otros dos.*) No le puedo creer.

TOMÁS.— ¿Tampoco eres tú matemático?

MAX.— (*Irónico.*) Según se mire. Números por todas partes, sí... Pero de cálculo integral, nada. Un pobre tenedor de libros, como tú sabes muy bien.

LINO.— Antes le creías.

MAX.— Pues ya no le creo. (*Breve pausa.*)

TOMÁS.— (*A ASEL.*) ¿Por qué me empeñaría en que tú fueras médico?

ASEL.— Yo ideé toda esa historia del enfermo en la cama para aprovechar el rancho del muerto...

LINO.— Que buena falta nos hacía.

ASEL.— Pero sospecho que te inventaste un médico porque lo necesitabas. Era otro buen indicio, que me alegró. (*Sonríe.*) Y procuré no ser demasiado mal médico para ti.

LINO.— ¿Vino realmente Berta a locutorios?

TOMÁS.— *(Se levanta, turbado. Da unos pasos.)* Sí. Me costó trabajo reconocerla. Mal peinada, mal vestida... Desmejorada. Lo estará pasando muy mal. *(Pasea, reprimiendo su emoción.)* Estudiaba técnicas de laboratorio. Pero ninguna Fundación la ha becado... Acababa de perder su empleo cuando me detuvieron.

ASEL.— ¿Recuerdas eso?

TOMÁS.— *(Mira por la ventana invisible.)* Sólo la tengo a ella en el mundo. De niño me quedé sin padres y nadie me costeó estudios. He trabajado en mil cosas, he leído cuanto he podido. Quería escribir. Y ella me animaba... No me atreví a complicarla en nada. La habrán interrogado de todos modos y acaso la hayan golpeado. Berta... Quizá no la vuelva a ver. *(Una pausa. Abstraído, LINO inicia sus canturreos. Desde la rejilla de la puerta llega una voz metálica.)*

VOZ.— Atención. El C-96, preparado para locutorios. *(LINO calla. TOMÁS levanta la cabeza.)*

MAX.— *(Se levanta.)* ¡Es a mí!

VOZ.— Atención. Preparado para locutorios el C-96.

MAX.— *(Alegre, mientras se pasa los dedos por el cabello para alisárselo.)* ¡Tengo visita!

TOMÁS.— *(A los otros.)* Será su madre...

MAX.— ¡Claro! ¡Mi madre! *(Corre a la puerta para escuchar.)*

LINO.— *(Pensativo.)* Luego no estamos incomunicados con el exterior.

MAX.— ¡Pues no! Después de la visita de Tomás, la mía lo confirma. ¡Quizá vengan mañana tus padres, Lino!

LINO.— Ojalá.

MAX.— *(Escucha.)* Calla.

ASEL.— *(Para sí.)* Sin embargo, no es lógico.

MAX.— ¡Yo creo que sí! Se han limitado a aislarnos en la celda por unos días en atención a que estamos condenados a la última pena. *(ASEL lo mira, incrédulo.)*

LINO.— Quizá te traiga comida...

MAX.— Nos vendría muy bien, pero no sé. La pobre apenas puede.

LINO.— *(Pesimista.)* O tal vez traiga y no se la admitan...

MAX.— ¡Ya están aquí! *(Ruido de llave. Se abre la puerta a medias. Al fondo se columbra el panorama de las celdas. El AYUDANTE está en el quicio y viste un uniforme negro, gorra de visera y correa de la que pende una pistola.)*

AYUDANTE.— C-96, a locutorios.

MAX.— Sí, señor. *(Sale y la puerta se cierra. Una pausa.)*

TOMÁS.— *(Se sienta en el petate de MAX.)* De uniforme.

LINO.— ¿El ayudante?

TOMÁS.— Sí.

LINO.— Siempre vino de uniforme. (*Se levanta y pasea, caviloso.*)

ASEL.— Ya ves que tu trastorno era pasajero. (*LINO se encarama de un salto a la cama de hierro y se sienta a los pies de ASEL.*)

LINO.— Oye, Asel... (*ASEL le indica que se calle.*)

TOMÁS.— (*Sigue el hilo de sus reflexiones.*) ¿Por debilidad?

LINO.— Escucha, Asel...

ASEL.— Después. (*A TOMÁS.*) Por debilidad y para huir de una realidad que te parecía inaceptable.

TOMÁS.— No sigas...

LINO.— (*Impaciente.*) ¡Te quisiste matar! Lo sabe toda la prisión.

ASEL.— ¡No, Lino! Así, no.

LINO.— ¡Sí, hombre! Hay que acortar etapas.

TOMÁS.— (*Se levanta.*) ¡Es cierto! Me quise tirar por esa barandilla... (*Señala a la puerta.*)

ASEL.— (*Salta al suelo y se le acerca.*) ¡Y yo lo impedí! (*Muy afectado, TOMÁS lo mira y se aleja unos pasos. ASEL va tras TOMÁS y lo toma de un brazo.*) ¡Calma! Si te acuerdas de todo, calma.

TOMÁS.— (*Se desprende, angustiadísimo.*) ¡Yo os denuncié!

LINO.— (*Se sienta sobre el petate de ASEL.*) ¿Qué?...

ASEL.— ¡Sí, nos denunciaste! Estabas más cerca de la cabeza de lo que suponías. Lo supiste después.

TOMÁS.— ¡Y tú caíste por mi culpa, Asel!

ASEL.— ¡Yo y otros, sí!

TOMÁS.— (*Se ahoga.*) ¡Y nos condenaron a muerte!

ASEL.— (*Le sujeta por los brazos.*) ¡Te dije que te ayudaría a comprender! ¡Serénate!

TOMÁS.— (*Baja la cabeza.*) He comprendido.

ASEL.— ¡No has comprendido nada! Te faltan veinte años para comprender. (*TOMÁS se apoya en la mesa, con un rictus de dolor.*) ¿Qué te pasa?

TOMÁS.— Me siento mal... Me duele...

ASEL.— Pasará.

TOMÁS.— El vientre. (*Desencajado, mira la cortina. Corre como un beodo y se oculta tras ella. ASEL menea la cabeza con melancolía y se recuesta en la mesa.*)

ASEL.— No te desmorones, muchacho. Te sorprendieron repartiendo octavillas, delataste a quien te las dio, él delató a su vez y nos atraparon a todos. ¿Me oyes, Tomás?

TOMÁS.— (*Su voz.*) Sí.

ASEL.— Hablaste porque no pudiste resistir el dolor.

TOMÁS.— *(Su voz.)* Soy un ser despreciable.

ASEL.— *(Deniega.)* Eres un ser humano. Fuerte unas veces, débil otras. Como casi todos.

LINO.— Pero delató.

ASEL.— *(Seco.)* ¿Y qué? *(LINO se encoge de hombros: él ya ha juzgado.)*

TOMÁS.— *(Su voz.)* Un traidor.

ASEL.— Estamos cerca de la muerte. Palabras como ésa ya no me dicen nada.

TOMÁS.— *(Su voz.)* ¡No puedo perdonarme!

ASEL.— Por eso te quisiste matar. Y por eso, cuando yo lo evité, tu mente creó la inmensa fantasía de la Fundación: desde el bello paisaje que veías en el muro hasta el rutilante cuarto de baño. *(La cortina se eleva y desaparece en la altura. Al tiempo, la luz del rincón se iguala con la de la celda. En el ángulo, sucio y costroso de humedad, no hay más que un retrete sin tapadera con su alto depósito, su botón para descargarlo y, a media altura, un grifo sobre un escurridero de metal. A un lado, la vieja escoba; al otro, papeles arrugados por el suelo. Muy pálido, TOMÁS está acucillado sobre la taza, con un papel en la mano del que, sin duda, acaba de servirse. Nada más levantarse la cortina, mira a sus compañeros y se lanza al suelo, avergonzado, tirando el papel a la taza y subiéndose el pantalón.)*

TOMÁS.— *(Se abrocha torpemente.)* Me veíais...

LINO.— Y tú a nosotros. Aquí todos estamos hartos de vernos las nalgas.

ASEL.— Pero tú te creías oculto por alguna puerta, o alguna cortina... *(TOMÁS asiente.)* ¿Hasta ahora mismo?

TOMÁS.— Sí.

LINO.— El pudor... ¡Je! Qué lujo.

ASEL.— Acabas de perder tu último refugio. Ya estás curado.

LINO.— Descarga el agua.

TOMÁS.— Sí. *(Oprime el botón. El depósito se descarga. Sin atreverse a mirar a ASEL, Tomás se enfrenta a LINO con ojos humildes y éste le devuelve una dura mirada. Entonces cruza y va a sentarse al petate de la derecha, dándoles la espalda.)*

ASEL.— Tomás, nadie puede ser fuerte si no sabe antes lo débil que es.

TOMÁS.— Por favor, no digas nada.

ASEL.— ¿Crees que intento consolarte como a un niño? No. Sólo quiero afianzar tu curación.

TOMÁS.— ¿Para qué?...

ASEL.— Trastornado, no sirves; en tus cabales, sí.

TOMÁS.— ¡Tú caíste por mi culpa!

ASEL.— Yo y los mejores hombres que aún quedaban. *(Se acerca a él. TOMÁS oculta el rostro entre las manos.)* Una catástrofe. Antes de enloquecer has tenido tiempo de ver ciertas miradas de desprecio en esta misma prisión. Algún compañero

llegó a insultarte en el patio... *(Se acerca un poco más.)* Pero no pudiste resistir el dolor.

LINO.— ¡Debió resistir!

ASEL.— ¿Debió? *(Sonríe.)* Actitudes tajantes, solemnes palabras: traición, traidor... Tú se las lanzas y él las reclama. En el fondo, los dos sois iguales: dos chicuelos. ¿Te han torturado a ti alguna vez?

LINO.— Una buena somanta ya me han dado.

ASEL.— Entonces cállate, porque eso no es nada. *(Se sienta sobre la mesa.)* Y escucha lo que le voy a decir a Tomás... *(A TOMÁS.)* A mí sí me han torturado. La primera vez, hace muchos años... Mi deber, lo sabía igual que vosotros: callar. *(Breve pausa.)* Pero hablé y mi delación costó, al menos, una vida. *(TOMÁS levanta la cabeza sin volverse. LINO no pierde palabra.)* ¡Qué sorpresa! ¿Eh? Un compañero tan respetado y tan firme como Asel, ¿delataría bajo el dolor físico? ¡Imposible pensarlo! Pues Asel delató. Su carne delató, después de chillar y chillar como la de un ratoncito martirizado. Y ahora, decidme vosotros qué es Asel: ¿un león o un ratoncillo? *(Breve pausa.)* El patio de esta cárcel se llena todos los días de ingenuos que lo tienen por un león. Pero él sabe, desde entonces, que siempre puede portarse como un ratoncillo. Todo depende de lo que le hagan. Y que no tiene el derecho de despreciar a ningún otro ratoncillo. *(Se sienta algo más cerca de Tomás.)* Porque su mayor temor sigue siendo ése. Año tras año, lo que le quita el sueño es que se sabe como un molusco blando y sensible entre los dientes de un mundo de hierro. Algo se ha curtido, cierto. A veces, ha resistido. Pero sabe que no podría resistir indefinidamente. Y así lleva media vida..., temblando de miedo... y de remordimiento por aquel desdichado... a quien sus palabras mataron. *(A LINO.)* Sé lo que piensas, jovencito. *(Va a su lado.)* Yo he sido como tú, y no sólo como Tomás... Piensas que un hombre con tanto miedo no debe actuar. *(LINO desvía la vista.)* Claro. Hay que pensarlo, y creer en que se puede callar aunque lo destrocen a uno vivo. Son las consignas... Los deberes. Pero todos tenemos miedo y todos podemos llevar dentro un delator y, sin embargo, hay que actuar. ¡Ya sé que no hay que decirlo, que no os debo desmoralizar! Pero en una ocasión muy especial, como ésta..., hay que ser humildes y sinceros. *(Pasea un poco, se vuelve hacia TOMÁS.)* Tomás, me he visto en ti y he querido salvarte. Yo lo logré y tú debes lograrlo. *(Se acerca, le pone una mano en el hombro.)* No te avergüences ante mí de tu debilidad; no es mayor que la mía. *(LINO lo mira, caviloso. Salta de la cama y abre el grifo del rincón para beber. TOMÁS estalla en repentinos sollozos y, sin volverse, le toma a ASEL la mano que éste le puso en el hombro.)* ¡No, hombre! ¡Sin llorar! *(Se aparta y pasea. LINO cierra el grifo, se vuelve a mirarlos y se enjuga los labios en una manga. Después va al frente y mira por la ventana invisible. Al pasar ASEL por detrás lo retiene un instante por un brazo, sin volverse.)*

LINO.— Para diputado no tenías precio. *(Risueño, ASEL le da una palmada en el hombro y se sitúa a su lado, mirando también al exterior.)*

ASEL.— Ya no es fácil que lo llegue a ser. ¿Qué querías decirme antes?

LINO.— Una ideílla que me inquietaba... Pero iba descaminado. De buena fe y medio chiflado todavía, es evidente que Tomás les dijo algo a los guardianes. Si os delató antes, también ahora habrá sido el delator. (*TOMÁS levanta la cabeza y los mira con asombro.*)

ASEL.— (*Lento.*) ¿Delator, de qué?

LINO.— Tú lo sabrás... Yo no estoy en el juego. (*TOMÁS se levanta, denegando.*
ASEL aferra a LINO por un brazo y lo arrastra hacia atrás.)

ASEL.— ¿A qué te refieres?

LINO.— Le has preguntado varias veces si era el culpable de que no nos trasladasen a celdas de castigo... Si había dicho algo... que te preocupa y que yo ignoro.

TOMÁS.— (*Se adelanta.*) ¡No! Asel, en mi cabeza ya no quedan nieblas... Me acuerdo de ese proyecto. Pero a ellos no les he dicho nada.

LINO.— ¿Un proyecto?

TOMÁS.— Que tú no conoces. Tulio sí lo conocía, también lo recuerdo. (*A ASEL.*) Todo habla contra mí, pero te juro que nada he dicho. Puedo enloquecer, pero mentirte, no... Mentirte, no.

LINO.— Cualquiera sabe.

ASEL.— Dice la verdad. Si mintiese, otro habría sido su comportamiento. No habría reconocido su trastorno ni su culpa.

LINO.— ¿Estás seguro?

ASEL.— Y tú. Tan claro como la luz del día.

LINO.— (*Va a la mesa y se sienta en el petate de la izquierda.*) Es posible. Pero entonces... yo no he pensado ninguna tontería.

ASEL.— (*Se sienta en el borde de la mesa.*) Explícate.

LINO.— Tú querías que nos trasladasen a celdas de castigo. (*TOMÁS se sienta al otro lado de la mesa.*)

ASEL.— ¿Por qué?

LINO.— ¡Vamos, Asel! Las ganas de lograr ese traslado no las has podido disimular.

ASEL.— Es que me alarmaba la falta de lógica...

LINO.— ¿Me crees tonto? Te alarmaba que no nos trasladasen. Los nervios, la irritación y hasta ciertas palabras sospechosas se te han escapado muchas veces.

ASEL.— (*Mirándolo con leve inquietud, sonrío y suspira.*) Bien... Admitámoslo. En nuestras circunstancias es difícil no errar... Habría que ser una máquina. Admitamos que propuse la treta de hacer pasar por enfermo al muerto por dos razones: la primera, remediarnos algo con su comida. Y la segunda... Sí. Lograr el castigo de nuestro traslado a los sótanos.

LINO.— Y no nos trasladan, y tú piensas que alguien les ha puesto en guardia.

ASEL.— Tulio no pudo ser. Ni Tomás... Precisamente por su flaqueza anterior nunca lo habría dicho.

LINO.— Sólo quedamos dos.

ASEL.— No sabíais nada.

LINO.— Pero nos habíamos percatado muy bien de que ansiabas ese traslado.

ASEL.— (*Deniega, pensativo.*) Tú tampoco, es evidente... (*Murmura.*) ¡Será posible!

TOMÁS.— Puede suceder que los otros hayan sufrido algún percance...

ASEL.— Sería demasiada coincidencia, y habrían buscado la manera de avisarme.

LINO.— No sé de quiénes habláis, pero para mí no hay duda: Max. Hace días que lo sospecho.

ASEL.— (*Con ademán consternado.*) ¿Por qué?

LINO.— ¿Y por qué un soplón es un soplón? (*ASEL lo mira, caviloso. LINO baja la voz.*) Le vi un día hablando con un guardián. Se reían.

TOMÁS.— Le llevaría el aire.

LINO.— Él siempre lleva el aire. También a ti te llevaba el aire mejor que nadie hasta que dijo que ya no te creía...

ASEL.— Es grave lo que dices.

LINO.— ¡Aquel día lo habían llamado, como hoy! Pero no estaba en locutorios. Desde la puerta del patio lo vi pasar, aprisa y riéndose, con el guardián.

ASEL.— ¿Al fondo del rastrillo?

LINO.— Sí, y hacia la derecha. ¡No hacia locutorios, sino hacia la oficina!

TOMÁS.— Pudieron llamarlo por cualquier motivo.

ASEL.— (*Caviloso.*) Pero no nos lo dijo.

LINO.— No. Al volver al patio dijo solamente que venía de ver a su madre.

ASEL.— ¿Estás seguro de que era él?

LINO.— Seguro. Pero hay más...

ASEL.— ¡Di!

LINO.— Patapalo. El cojo que está en una de las celdas de ahí enfrente. Y que es un as en eso de levantar la mirilla desde dentro... Hará como diez días me dijo algo en el patio. Somos amigos; caímos juntos. Y no es ningún mentiroso.

ASEL.— Es un hombre cabal.

LINO.— Pues el día anterior Max había tenido una de sus visitas. Y Patapalo lo vio volver a esta celda..., despacito..., atracándose de cosas que traía en su paquete..., mientras el guardián esperaba para abrir a que terminase, muy divertido.

ASEL.— Está feo, pero cualquiera puede tener una flaqueza por los pasillos si acaba de recibir un paquete.

LINO.— Tú no. Ni yo.

ASEL.— No estés tan seguro.

LINO.— ¿Y la risita del guardián, esperando a que terminase de zampar? Con ninguno de nosotros habría esperado.

ASEL.— Eso es cierto...

LINO.— Él es el soplón. Aquí todos nos hemos enfurecido alguna vez. ¡Incluso tú, Asel! Él, nunca. Siempre tranquilo, chistoso... Tenía una seguridad que nos falta a los demás.

ASEL.— ¿Por qué no nos informaste a tiempo de todo eso?

LINO.— (*Gruñe.*) Yo nunca me he fiado de nadie. (*Baja la voz.*) Ni de ti. (*Pausa.*)

ASEL.— Va a volver.

LINO.— Y pronto. (*Va hacia la puerta para escuchar.*)

ASEL.— (*Nervioso.*) Nos queda poco tiempo. (*Se levanta.*) Es necesario que compartas el plan, Lino. Si nos hubiesen trasladado os lo habría explicado abajo. Pero algo sospechan, no hay duda. Sospechan de mí y no de vosotros. Tú fuiste el último en venir, Lino, y a Tomás... lo creen chiflado. Max les habrá dicho tan sólo que yo quiero ir a celdas de castigo... He sido imprudente y ya no me dejarán pisarlas, pero quizá a vosotros sí, más adelante, si se os ocurre algo para que os castiguen. Si lo conseguís, tenéis una posibilidad de escapar. (*Se detiene a escuchar junto a la puerta.*)

LINO.— (*Con exaltación.*) ¿De evadirnos? ¡Ya estás hablando!

ASEL.— (*Los reúne.*) Mi profesión me dio hace tiempo la oportunidad de conocer los planes de toda esta zona. Y del edificio. Las celdas de castigo no están junto al muro exterior; no hay que temer cimientos gruesos. Son sótanos, con ventanucos a uno de los patios. A un metro tan sólo de profundidad y a unos dos metros aproximadamente tras la pared opuesta al ventanuco... o sea, hacia fuera de la celda, ¿comprendéis?... (*Acciona.*) cruza una alcantarilla. Si se horada un túnel desde el borde de esa pared, con una inclinación de unos veintisiete grados (*Sus manos dibujan en el aire el triángulo.*) a los dos metros y veinticinco centímetros, más o menos, se llegará al muro de la alcantarilla. Si se lo agujerea, hay que caminar por ella hacia la derecha. A unos veinte metros es casi seguro que hay una reja. Hay que limarla. Una vez atravesada, se entra en el colector del norte. Allí hay que tener ojo: puede haber poceros. Lo mejor es caminar hacia la izquierda y probar alguno de los pozos de salida. Es paraje poco vigilado.

LINO.— (*Atónito.*) ¿Te has vuelto loco?

ASEL.— No.

LINO.— ¿Con qué se hace eso? ¿Con las uñas?

ASEL.— (*Entre los dos, se apoya en la mesa.*) ¿Habéis retenido el ángulo, la dirección?

TOMÁS.— El hueco, mitad en el suelo y mitad en la pared opuesta al ventano, para poder cubrirlo con un petate. ¿Es lo mejor?

ASEL.— Exacto.

TOMÁS.— Veintisiete grados de inclinación y unos dos metros y veinticinco centímetros hasta la alcantarilla.

ASEL.— Pero ¡mucho cuidado! Sólo puede resultar desde las celdas 14 o 15. Si os llevan a otra, no es posible.

LINO.— ¿Por qué?

ASEL.— Son las dos únicas cuyos tragaluces dan al mismo patio donde están las ventanas del retrete de la segunda galería común.

LINO.— ¿Y qué?

ASEL.— (*Baja la voz.*) En la galería hay dos compañeros a toda prueba. No hace falta que sepáis sus nombres. Han logrado pasar y esconder una lima, una barra de hierro, una cuerda y una espuerta. La barra, para excavar el túnel. Las cucharas también valen: son duras. Todas las noches, después del último recuento, uno de ellos va al retrete y se está allí una media hora. Si oye en el suelo tres golpes y uno más, así: pan-pan-pan; pan..., localizará de cuál de las dos celdas vienen y descolgará la espuerta con las herramientas hasta el ventanuco.

LINO.— ¿Y el ruido?

ASEL.— Hay que trabajar toda la noche y dormitar lo que se pueda durante el día. Todo ese subsuelo es muy terroso; pasados el muro y el piso, la resonancia es pequeña.

TOMÁS.— ¿y los escombros?

ASEL.— La espuerta subirá durante la noche cuantas cargas pueda. Ellos tampoco dormirán. Lo que quede, al agujero otra vez y bajo los petates.

LINO.— ¿Y si cachean?

ASEL.— En esas celdas no suelen hacerlo. Las creen muy seguras.

TOMÁS.— ¿Dónde meterán ellos las piedras y la tierra?

ASEL.— Lo que no puedan desperdigar por los retretes y las ventanas exteriores, en los cajones de la basura. En el basurero general siempre hay cascotes porque están edificando el ala oeste. Si los barrenderos de la galería se callan —y lo harán aunque no entiendan nada, porque son compañeros— todo irá adelante.

LINO.— ¿Cuántos días calculas para cavar el túnel?

ASEL.— Entre dos... Unas seis noches, quizá.

TOMÁS.— Sacando fuerzas de flaqueza...

ASEL.— Sí.

TOMÁS.— Con el peligro constante de que nos sorprendan, de que atrapen a los compañeros de la galería...

ASEL.— Con un peligro mayor aún: la ejecución antes de lograr ese traslado.

TOMÁS.— A Tulio y a mí nos confiaste ese proyecto. Pero ahora, explicado a fondo..., lo veo imposible.

ASEL.— ¿Y tú, Lino?

LINO.— ¡Se puede intentar! Y además, si lo conseguimos, yo sé adónde ir.

TOMÁS.— (*Se levanta y pasea, desasosegado.*) ¡Es absurdo, Asel! ¡Eso no es la libertad, sino el infierno! Cavar como topos en un túnel negro donde ni puedes moverte... Sin fuerzas, sin comida... Hundirse en la tierra para morir agotados en la oscuridad, o bajo un derrumbe... ¡Devorados por la fiebre, perdidas las pocas energías que nos restan!... Es increíble. Una ilusión.

ASEL.— ¡Es tan increíble como la libertad! Ese túnel será el infierno si no crees en ella.

TOMÁS.— ¡Nos oirán, nos sorprenderán!

ASEL.— ¿Prefieres el paredón? (*TOMÁS se detiene, inmutado.*)

LINO.— ¡Métetelo en la sesera, novelista! Puede pensarse, luego puede hacerse.

TOMÁS.— (*Débil.*) Ni siquiera lograremos que nos trasladen...

LINO.— Ya veremos. (*TOMÁS se sienta, sin fuerzas, en la cama de hierro.*)

TOMÁS.— (*A ASEL.*) Si tú pudieras venir con nosotros...

ASEL.— Sospecho que he perdido la partida. Pero vosotros dos la podéis ganar. ¡Pensadlo!

LINO.— ¿Por qué no han intentado escapar esos compañeros de la galería?

ASEL.— No se puede entrar en celdas de castigo con las herramientas. Cachean antes. Y ellos no están condenados a muerte... todavía.

TOMÁS.— ¿Nos ayudan abnegadamente?

ASEL.— Así es. (*Silencio.*)

LINO.— ¿Qué hacemos con Max?

TOMÁS.— Habría que cerciorarse... Si nos equivocásemos...

LINO.— (*Pasea.*) ¿Después de lo que os he contado?

ASEL.— Y la visita de Berta a Tomás lo confirma.

TOMÁS.— ¿Por qué?

ASEL.— Él les informaba cuando le llamaban a locutorios. Para seguir llamándolo sin levantar nuestras sospechas, autorizaron antes la visita de tu novia.

LINO.— Y ahora está informando... Aunque de nada concreto, por fortuna.

ASEL.— Disponernos de poco tiempo. Escuchadme bien: hay que disimular. Nuestra inferioridad de condiciones nos obliga a la astucia. Si enseñamos nuestras bazas, (*Leve sonrisa hacia TOMÁS.*) la Fundación nos aplastará sin contemplaciones.

LINO.— ¡Asel, hay que anular a los chivatos! Si son un arma de la Fundación... (*Se interrumpe.*) ¡Bueno! ¡Ya estoy yo hablando también de la Fundación!

ASEL.— Sigue.

LINO.— ¡Precisamente por nuestra inferioridad de condiciones, hay que anular implacablemente cualquier arma del enemigo!

ASEL.— ¡No en la cárcel! ¡Las represalias son siempre más duras!

LINO.— Pero ¿no comprendes...?

ASEL.— ¡Tú no comprendes! Eres joven y ardes en ganas de actuar. Yo llevo muchos años en esto y sé que no es lo más práctico. Para proteger a los compañeros de la galería, para conseguir la evasión, hay que ser cautos.

LINO.— ¿Y permitir que esa rata siga espionando?

ASEL.— ¡Lo hará sin resultado! Prevendremos a toda la prisión.

LINO.— ¡También es práctico desenmascararlo y hacerle temblar! Si comprueban que hemos descubierto a uno de sus chivatos, lo anulan, porque ya no les sirve. ¡Y disminuimos su fuerza!

ASEL.— ¡La redoblamos! Les incitamos a que nos corten el poco resuello que nos dejan. (*Sonríe con tristeza.*) Lino, he vivido muchas derrotas provocadas por no haber medido bien la pobreza de nuestros medios... Pero nadie escarmienta en cabeza ajena... Estás muy callado, Tomás. ¿Qué opinas tú?

TOMÁS.— No sé qué decir. Es todo tan complicado...

LINO.— Para mí, no. Yo le arrancaré la careta.

ASEL.— ¡Provocarás una catástrofe!

LINO.— ¡Para forzarle a confesar hay que acosarlo ahora! Inmediatamente después de la supuesta visita de su madre.

TOMÁS.— ¿Por qué?

LINO.— Se me ha ocurrido una trampa...

ASEL.— ¿Cuál?

LINO.— ¡Dejadme pensarla bien! (*Se sienta, caviloso.*)

ASEL.— No quieres decírmela... Te temo. (*LINO se encoge de hombros.*)

TOMÁS.— Habría que pensar algo... Pero no tenemos tiempo.

ASEL.— (*Suspira.*) No. Lino no quiere dárnoslo.

LINO.— (*Por MAX, señalando a la puerta.*) ¡Él no nos da tiempo!

ASEL.— ¡Lino, hazme caso! ¡No lo hagas!

LINO.— ¡Déjame pensar!

ASEL.— Piénsalo... Pero bien. (*Pausa.*)

TOMÁS.— Ya no tardará.

ASEL.— No. (*Chupa su pipa. LINO modula, muy quedito, sus canturrias.*)

TOMÁS.— AseL.

ASEL.— ¿Qué?

TOMÁS.— ¿Nunca te has preguntado si todo esto es... real?

ASEL.— ¿La cárcel?

TOMÁS.— Sí.

ASEL.— ¿Quieres volver a la Fundación?

TOMÁS.— Ya sé que no era real. Pero me pregunto si el resto del mundo lo es más... También a los de fuera se les esfuma de pronto el televisor, o el vaso que

querían beber, o el dinero que tenían en la mano... O un ser querido... Y siguen creyendo, sin embargo, en su comfortable Fundación... Y alguna vez, desde lejos, verán este edificio y no se dirán: es una cárcel. Dirán: parece una Fundación... Y pasarán de largo.

ASEL.— Así es.

TOMÁS.— ¿No será entonces igualmente ilusorio el presidio? Nuestros sufrimientos, nuestra condena...

ASEL.— ¿Y nosotros mismos?

TOMÁS.— (*Desvía la vista.*) Sí. Incluso eso.

ASEL.— Todo, dentro y fuera, como un gigantesco holograma desplegado ante nuestras conciencias, que no sabemos si son nuestras, ni lo que son. Y tú un holograma para mí, y yo, para ti, otro... ¿Algo así?

TOMÁS.— Algo así.

ASEL.— Ya ves que lo he pensado. (*LINO los miró, estupefacto, y aparta de sí con un desdeñoso manoteo tales elucubraciones para engolfarse en su cavilación. A sel, sonr íe.*) A Lino le parece una tontería... Pero yo sí lo he pensado.

TOMÁS.— Y si fuera cierto, ¿a qué escapar de aquí para encontrar una libertad o una prisión igualmente engañosas? La única libertad verdadera sería destruir el holograma, hallar la auténtica realidad..., que está aquí también, si es que hay alguna... O en nosotros, estemos donde estemos... y nos pase lo que nos pase.

ASEL.— (*Después de un momento.*) No.

TOMÁS.— ¿Por qué no? (*Largo silencio.*) ¿Por qué no, A sel?

ASEL.— Tal vez todo sea una inmensa ilusión. Quién sabe. Pero no lograremos la verdad que esconde dándole la espalda, sino hundiéndonos en ella. (*Con una penetrante mirada.*) Y yo sé lo que te pasa en este momento.

TOMÁS.— (*Trémulo.*) ¿El qué?

ASEL.— No es que desprecies la evasión como otra fantasía, sino que te acobardan sus riesgos. No es desdén ante un panorama quizá ficticio, sino temor. Así, no vale. (*TOMÁS baja la cabeza. ASEL sonr íe.*) Duda cuanto quieras, pero no dejes de actuar. No podemos despreciar las pequeñas libertades engañosas que anhelamos, aunque nos conduzcan a otra prisión... Volveremos siempre a tu Fundación, o a la de fuera, si las menospreciamos. Y continuarán los dolores, las matanzas...

TOMÁS.— Acaso ilusorias...

ASEL.— Eso se lo tendrías que preguntar a Tulio. Aunque sea otro holograma... al que ya han destruido.

TOMÁS.— (*Turbado.*) Perdona. Mi Fundación aún me tiene atrapado. (*Se sienta.*)

ASEL.— No, tú ya has salido de ella. Y has descubierto una gran verdad, aunque todavía no sea la definitiva verdad. Yo la encontré hace años, cuando salí de una cárcel como ésta. Al principio, era un puro deleite: deambular sin trabas, beberme el sol, leer, disfrutar, engendrar un hijo... Pronto noté que estaba en otra prisión.

Cuando has estado en la cárcel acabas por comprender que, vayas donde vayas, estás en la cárcel. Tú lo has comprendido sin llegar a escapar.

TOMÁS.— Entonces...

ASEL.— ¡Entonces hay que salir a la otra cárcel! (*Pasea.*) ¡Y cuando estés en ella, salir a otra, y de ésta, a otra! La verdad te espera en todas, no en la inacción. Te esperaba aquí, pero sólo si te esforzabas en ver la mentira de la Fundación que imaginaste. Y te espera en el esfuerzo de ese oscuro túnel del sótano... En el holograma de esa evasión.

TOMÁS.— Me avergüenzo de haber delirado tan mal.

ASEL.— Estabas asustado... Te inventaste un mundo de color de rosa. No creas que demasiado absurdo... Estos presidios de metal y rejas también mejorarán. Sus celdas tendrán un día televisor, frigorífico, libros, música ambiental... A sus inquilinos les parecerá la libertad misma. Habrá que ser entonces muy inteligente para no olvidar que se es un prisionero. (*Pausa.*)

TOMÁS.— Hay que discurrir algo para bajar los tres a los sótanos. Contigo al lado me atreveré a todo. Preferiré el túnel al paisaje.

ASEL.— (*Le pone una mano en el hombro.*) Nunca olvides lo que voy a decirte. Has soñado muchas puerilidades, pero el paisaje que veías... es verdadero.

TOMÁS.— (*No comprende.*) También se ha borrado...

ASEL.— Ya lo sé. No importa. El paisaje sí era verdadero. (*TOMÁS lo mira, asombrado. LINO alza la cabeza y escucha; se levanta y corre a la puerta.*)

LINO.— ¡Se acercan! Y ya tengo mi trampa. Hay que decirle que también a mí me han llamado a locutorios y...

ASEL.— (*Corre a su lado y le aferra un brazo.*) ¡Eso es muy endeble!

LINO.— (*Se desase.*) ¡Tú déjame hacer!

TOMÁS.— No sabré mirarle a los ojos. (*Busca sobre la mesilla el libro viejo y se sienta a la derecha de la mesa, abriéndolo ante sí.*)

LINO.— ¡Ya están aquí! (*Se aparta de la puerta y se recuesta en el borde de la mesa. Ruido de llave. Con un ademán de contrariedad, ASEL sube al lecho y se sienta en su petate. La puerta se entreabre y entra MAX, sonriente. Se cierra la puerta.*)

MAX.— ¡Hola!

ASEL.— ¿Cómo has encontrado a tu madre?

MAX.— Pobrecilla. Hecha una pavesa. Pero animosa. (*Melancólico.*) Convencida de que sus gestiones lograrán mi conmutación... Ojalá no se equivoque.

LINO.— ¿Te ha traído comida?

MAX.— (*Ríe, avanza y le palmea en el hombro.*) ¡Tú tenías que preguntarlo, hambrón! (*Suspira.*) No le han admitido el paquete. Han dicho que ya era demasiada condescendencia permitirnos visitas. (*Cruza. Se apoya en un hombro de TOMÁS.*) ¿Tú lees eso?

TOMÁS.— *(Sin levantar la vista.)* ¿Qué quieres? Me aburro.

MAX.— *(Se sienta a su lado.)* Eran más bonitos los libros de pintura, ¿verdad?

TOMÁS.— *(Avergonzado.)* Por favor...

MAX.— ¿Los veías realmente?

TOMÁS.— Me lo parecía.

MAX.— *(Irónico.)* Te lo parecía... Bien, hombre. Como quieras. *(Y mira, escéptico, a ASEL. Después pasea hacia la izquierda. A su espalda, LINO se incorpora: va a hablar. ASEL lo advierte, salta de la cama y lo sujeta, denegando; pero LINO se desprende.)*

LINO.— ¿Has estado hasta ahora mismo en el locutorio, Max?

MAX.— Naturalmente. ¿Dónde, si no?

LINO.— Pues es muy raro.

MAX.— ¿Por qué?

LINO.— Porque no te he visto.

MAX.— ¿Tú?

LINO.— Me han llamado cinco minutos después de llamarte a ti. Mis padres han venido. Y tú allí no estabas. Ni tu madre. *(Breve pausa. ASEL finge arreglar algo en su petate.)*

MAX.— ¿Qué juego es éste, Asel?

ASEL.— Si no lo sé, Max... Lino también acaba de llegar.

MAX.— *(Cruza y le pone una mano en el hombro a TOMÁS.)* Tomás, ¿ha tenido visita Lino?

TOMÁS.— *(Con dificultad.)* Sí.

MAX.— *(Ya no duda de que sospechan; intenta desorientarlos.)* Bueno, ya me explicaréis.

LINO.— *(Seco.)* ¿El qué?

MAX.— La broma. No hay duda de que los tres estáis de acuerdo. *(Ríe.)* Incluso nuestro fantástico novelista. *(Le da a TOMÁS una palmada en la espalda.)* Porque yo he estado en el locutorio. Y el que no estaba allí eras tú, Lino.

LINO.— *(Se vuelve hacia él y se apoya en la mesa.)* Así que uno de los dos miente.

MAX.— ¡No estabas, Lino! *(Echa a andar, alterado.)* ¡Y ya no me gusta la broma, si es que es broma! ¡Porque más bien me parece... una suspicacia repugnante, que no sé cómo entender!

ASEL.— Pero si él no te ha visto...

MAX.— *(Se encara con él.)* ¡Tú también mientes! Él no ha salido de la celda.

LINO.— Y tú has ido al locutorio

MAX.— ¡Sí! *(Se detiene, respirando con fuerza. LINO se le acerca, muy risueño, y le pone las manos en los hombros.)*

LINO.— Está bien, hombre. He sido un tonto al creer que picarías el anzuelo. Mis padres no han venido. ¿Y tu madre?

MAX.— (*Pálido.*) Quítame las manos de encima...

LINO.— (*Sin quitárselas, le empuja.*) Anda, siéntate. Vamos a hablar clarito. (*Le obliga a sentarse en su petate.*) Hace unos días estábamos en el patio y te llamaron. ¡Visita extraordinaria! ¿Te acuerdas? (*Se sienta sobre la mesa.*)

MAX.— (*Displaciente.*) Sí.

LINO.— Si viste o no a tu madre, tú lo sabrás. Pero también estuviste en la oficina.

MAX.— ¡Eso es mentira!

LINO.— ¡Ah!... Te has descubierto. Deberías haberlo justificado y lo has negado... Te llevaba el guardián de los bigotes. Y os reíais a placer... ¡Casi parecíais dos novios!

MAX.— ¡No tolero esa patraña! (*Intenta levantarse.*)

LINO.— (*Lo vuelve a sentar de un empujón.*) ¡Siéntate!

MAX.— ¡Es un infundio! ¿Quién me vio, di? ¿Otro guillado como Tomás? ¡No me sorprendería, aquí ven visiones muchos más de los que suponemos! Quién sabe si fue el mismo Tomás. (*A Tomás.*) ¿Me viste tú? ¿O aseguraste haberme visto... para que no sospechasen de ti?

TOMÁS.— ¿Qué estás inventando?

LINO.— (*Le atenaza un brazo.*) ¡Calla, soplón! Esa treta no vale pero te denuncia aún más... ¡Te vi yo!

MAX.— ¿Tú?

LINO.— Desde la puerta del patio. (*Se levanta.*)

MAX.— ¡Me confundirías con otro!

LINO.— No tengo telarañas en los ojos. Y otros compañeros tampoco. Hace unos diez días te vieron desde una de las mirillas de ahí enfrente. (*Se sitúa a sus espaldas y le pone las manos en los hombros.*) Volviendo a la celda de otra de tus visitas. Nos traías el paquete que recibiste y lo compartimos.

MAX.— Menos mal que lo recuerdas. ¡Compartí el paquete!

LINO.— Sí. Después de atracarte ahí fuera antes de entrar. (*Breve pausa.*) ¿Ya no niegas? Claro. Has comprendido que te vieron. Y a ese mismo guardián, al de los bigotes, lo vieron también, muerto de risa, esperando a que terminases de tragar. (*Ríe suavemente.*) ¿Te has quedado mudo?

MAX.— (*Baja la cabeza.*) Fue una debilidad y os pido perdón. Todos tenemos hambre, y el paquete era mío... ¡Pero no soy un chivato!

LINO.— Entonces es que te gusta hablar con los guardianes. Ya nos dirás de qué.

MAX.— No... Os equivocáis. Ese hombre... No sé. Debe de ser marica. Me sonrío, me retiene para decirme tonterías sin sentido... Comprenderéis que no os iba

a hablar de unas asiduidades... que me avergonzaban.

LINO.— *(Se sienta sobre la mesa, a su lado.)* No eres tonto, no. Pero si tú no eres el chivato, ¿quién es? No nos llevaron abajo, nos permiten visitas... Alguien de esta celda les está informando. Asel es un preso muy significado y le han puesto al lado un espía. *(ASEL inicia un movimiento de advertencia.)* ¿Quién es el soplón? ¿Tomás?

MAX.— Yo ya no digo nada. Estáis locos.

LINO.— Porque ya nada puedes decir. Es muy difícil tu oficio, bribón. Hay miles de ojos mirándonos a todos. Tarde o temprano te descubren.

MAX.— ¡No has descubierto nada ni has probado nada!

LINO.— ¿No?... Bien. Entonces quedamos en que tu madre te ha visitado.

MAX.— ¡Ésa es la verdad, y no hay otra!

LINO.— Y no le han dejado darte el paquete.

MAX.— No... Esta vez, no.

LINO.— Encerrarse en la negativa en vez de justificar, ¿eh? Pero puede ser otro error mortal... *(Se inclina hacia él.)* Échame el aliento.

MAX.— ¿Como?

LINO.— *(Se levanta y le agarra de los cabellos, torciéndole la cabeza hacia atrás.)* ¡Abre la boca!

MAX.— ¡Suelta, bestia! Si crees que voy a soportar más tus canalladas... *(Pretende levantarse, zafarse, pero LINO le aprieta las mandíbulas con la tenaza de su mano y le obliga, abrir la boca, de la que se exhala un gemido de dolor. LINO le huele el aliento.)*

LINO.— *(Sin soltarlo, levanta la cabeza.)* Ven a oler, Asel. Y tú, Tomás. *(TOMÁS se levanta, atónito.)* El señor ha comido y ha bebido. Apesta a rancho y a vino. Les ha dado el parte y ha recibido su precio acostumbrado en vituallas. *(MAX se revuelve y manotea en vano, gime. LINO le propina un rodillazo en el estómago que le provoca un grito y la inmovilidad. Tomás se acerca y le huele la boca a MAX. Sin acercarse, ASEL asiente, pesaroso.)*

TOMÁS.— Es cierto. *(Se aparta. LINO suelta a MAX, que se encoge.)*

MAX.— El de los bigotes me ha dado un vaso de vino... Eso es todo.

LINO.— Oye, mamarracho: esto no es un tribunal. Para nosotros ya hay bastantes pruebas. *(Silencio.)*

TOMÁS.— ¿Te han obligado a delatar a golpes? *(MAX lo mira de reojo, sombrío, y no responde. TOMÁS retrocede, observándolo; luego va a la ventana invisible y respira con fuerza.)*

ASEL.— No es el mismo caso, Tomás. Es el vulgar confidente. Le dicen que tal vez salve la vida, le ofrecen unos mendrugos, unos cigarrillos... Le brindan, sobre todo, la tranquilizadora sensación de que el poder cuenta con él, de que vuelve a ser

una persona y no un gusano a quien van a despachurrar... No te odio, Max. Eras otro niño asustado y te has vendido. Nadie sería un espía en un mundo humano.

LINO.— Mucha verdad. Pero ahora nuestro amiguito nos va a contar, por las buenas, lo que les ha dicho. Y lo que le han dicho ellos. *(Se sienta otra vez a su lado.)* O por las malas. *(MAX lo mira, sobresaltado. TOMÁS se vuelve y va a sentarse, turbado, a su petate.)* ¡Claro! ¿Qué te has creído? Yo también sé hacer hablar.

ASEL.— No, Lino. No más violencia.

LINO.— Tú déjalo de mi cuenta. *(Se inclina hacia él.)* Anda, rico. Suelta la lengua. *(Con los ojos muy abiertos, MAX se levanta.)* ¿A dónde vas? *(MAX retrocede hacia la izquierda. LINO se levanta con aire amenazante. ASEL lo sujeta.)*

ASEL.— ¡Déjalo en paz! ¡Sería peor!

LINO.— ¡Qué va a ser peor! *(MAX corre a la puerta y la aporrea, frenético. TOMÁS se levanta. ASEL se abalanza e intenta separar a MAX de la puerta. MAX se resiste y arrecia sus golpes. LINO, que no se ha movido:)* ¡Déjalo, Asel! No les va a gustar que le hayamos descubierto. Ahora lo tirarán a la basura como un pingajo. *(Descompuesto, MAX deja de golpear.)* ¡Sigue! Vienen, se lo cuentas y les pides perdón por haberlo hecho mal. Ya verás la cara que te ponen. *(Una pausa. Se oye la agitada respiración de MAX.)* Ven a mi lado, te trae más cuenta. *(MAX aporrea de nuevo, desesperado.)* ¡Ah! ¿Me temes más que a ellos? Tampoco te falta razón.

ASEL.— ¡Calla, Lino! *(Forcejea con MAX.)* ¡Tomás, ayúdame! *(TOMÁS se acerca y tira de MAX.)*

LINO.— ¡Si es muy fácil! *(Se acerca y apresa a MAX por el cuello con una sola mano.)*

MAX.— *(Casi ahogado.)* ¡No!... *(LINO lo conduce y lo tira sobre su petate. MAX jadea.)*

TOMÁS.— *(Que se puso a escuchar junto a la puerta.)* ¡Se acercan!

LINO.— *(Le da un golpe en el cuello a MAX.)* ¡Maldita víbora! ¡Ojo con abrir la boca! *(Cruza y se sienta en su petate. ASEL se recuesta en el borde de su cama. TOMÁS retrocede hacia el primer término. Un par de segundos y se oye la llave. La puerta se abre. Al fondo, las celdas cerradas. El ENCARGADO y su AYUDANTE, de uniforme. Sus caras, herméticas. El AYUDANTE permanece en el umbral. El ENCARGADO entra. MAX se levanta de un salto y corre a su lado. LINO se levanta, pero no logra detenerlo.)*

MAX.— ¡He sido yo! ¡He llamado yo! ¡Por favor, sáquenme de aquí! ¡Sáquenme!

ENCARGADO.— *(Lo aparta con brusquedad.)* ¡Usted cállese! El C-73.

ASEL.— *(Se le dilatan los ojos. Se envara.)* Soy yo.

ENCARGADO.— Salga. *(ASEL mira a los demás con el rostro nublado. Después se dirige al ENCARGADO.)*

ASEL.— ¿Con todo?

ENCARGADO.— Se le ha dicho que salga y nada más.

LINO.— (A ASEL.) No han llamado por el altavoz...

ASEL.— Es interrogatorio. (*Suspiro hondo.*) No tengo nada que decir y no diré nada.

ENCARGADO.— ¡Salga de una vez!

ASEL.— ¿Puedo despedirme?

ENCARGADO.— ¿Para qué, si va a volver?

ASEL.— Quién sabe. (*Le da la mano a LINO.*) Suerte, Lino.

LINO.— (*La voz velada.*) Aguanta. (*ASEL mira a MAX con profunda tristeza. MAX desvía la vista. Después se acerca a Tomás y estrecha su mano.*)

ASEL.— No lo olvides, Tomás. Tu paisaje es verdadero. (*Sale al corredor. El AYUDANTE le indica la derecha. El ENCARGADO sale a su vez. Asel se detiene un instante.*) Sí... Sí... (*De repente echa a correr hacia la izquierda y desaparece.*)

AYUDANTE.— ¡Alto! (*Saca su pistola y la monta.*)

ENCARGADO.— ¿Adónde va? ¡Quieto! (*Al AYUDANTE.*) No dispare. (*Desaparece corriendo hacia la izquierda. Se oye su voz.*) ¡Deténgase! ¡No tiene escape! (*TOMÁS, LINO y MAX se van acercando a la puerta.*)

ASEL.— (*Se oye su victoriosa exclamación.*) ¡Sí tengo escape!

ENCARGADO.— (*Su voz, más lejos.*) ¿Qué hace? ¡No se mueva! (*TOMÁS, LINO y MAX se apiñan en la puerta.*)

AYUDANTE.— ¡Atrás ustedes! (*Los empuja. Se oye de inmediato al ENCARGADO.*)

ENCARGADO.— (*Su voz.*) ¡Venga aquí, pero no dispare! (*El AYUDANTE desaparece corriendo.*) ¡Y usted, no se mueva! (*Un silbato lanza apremiantes llamadas. Nada más desaparecer el AYUDANTE, sale MAX al corredor y mira hacia la izquierda, aferrado a la barandilla. Con mayor cautela, Tomás y LINO se asoman. Se oye al ENCARGADO.*) ¡No se asomen! (*TOMÁS y Lino retroceden, MAX no se mueve. El fragor arrecia. Apenas se oyen los silbatos, las voces.*) ¡Quieto! ¡Baje de ahí!

AYUDANTE.— (*Su voz, lejana.*) ¡No cometa disparates! ¡No le va a pasar nada!...

MAX.— ¡Se va a tirar!

ENCARGADO.— (*Su voz.*) ¡No!

AYUDANTE.— (*Su voz.*) ¡No!

MAX.— ¡Asel!... Se ha tirado.

TOMÁS.— Para no hablar. (*Un golpe sordo, lejano. En las puertas de las celdas comienzan a oírse golpes que ganan pronto intensidad y frecuencia, hasta convertirse en un gran trueno. Al retumbar de las puertas se suman numerosas voces que gritan: «¡Asesinos! ¡Asesinos!»*)

ENCARGADO.— (*Su voz.*) ¡Maldito granuja! (*Grita.*) ¡Los de abajo! ¡Recójalo aprisa! (*Gritos, silbidos, carreras, el tronar de las puertas. En un arrebato, LINO se abalanza hacia MAX.*)

LINO.— ¡Tú también! (*Agarra sus piernas y con rapidísimo y hercúleo envite, lo tira por la barandilla.*)

TOMÁS.— (*Grita desde la puerta.*) ¡Lino! (*Se oye el grito de MAX en su caída. LINO entra rápidamente.*) ¡Qué has hecho!

LINO.— No me han visto.

TOMÁS.— ¡Qué horror! ¡Cierra!

LINO.— No. Se darían cuenta. Ahora estarán mirando para acá.

TOMÁS.— ¡Lo vamos a pagar muy caro!

LINO.— ¡No me arrepiento! ¡Él era el culpable!

TOMÁS.— ¡Pero lo has echado a perder todo!

LINO.— ¡No he podido contenerme! Se me han subido a la cabeza esos gritos. (*Escucha hacia fuera.*)

TOMÁS.— Lino, yo ya no puedo condenar nada..., excepto a mí mismo. ¡Pero no apruebo ese asesinato!

LINO.— ¡Ya vienen! (*Se oyen pasos que corren hacia la celda.*)

TOMÁS.— Intentaré remediarlo... ¡Vete allí! ¡Rápido! (*Le indica la derecha. LINO corre a sentarse en su petate. Entran presurosos el ENCARGADO y su AYUDANTE. Sigue el sonoro escándalo.*)

ENCARGADO.— (*Aferra duramente a TOMÁS, que se le pone delante.*) ¿Qué ha pasado aquí? (*LINO se levanta.*)

TOMÁS.— (*Muestra la mayor indignación.*) ¡Eso pregunto yo! ¿Qué está pasando en la Fundación?

ENCARGADO.— ¡No digas sandeces!

TOMÁS.— (*Se desprende con violencia.*) ¡Suélteme! ¿Cómo se atreve a tocar a un becario? ¡Yo no digo sandeces y exijo que se me aclare qué sucede! ¡Están pasando desde hace días cosas muy extrañas y ustedes son los culpables! ¡Sí, ustedes! (*Va de uno al otro, increpándolos.*) ¿Es que se les han subido a la cabeza sus empleos? ¡Ustedes no son más que subalternos envanecidos! (*Le grita al AYUDANTE.*) ¡Guarde esa pistola! ¿Cómo se atreve a ir armado en la Fundación? ¡No tiene ningún derecho a ello y me quejaré! ¡Les costarán muy caras sus negligencias! ¡Pediré que los expulsen! ¡Guarde esa pistola, he dicho!

ENCARGADO.— Guárdela. (*El AYUDANTE la enfunda.*)

TOMÁS.— Así está mejor. Y ahora, díganme: ¿Cómo han podido permitir esos ruidos, esos accidentes espantosos? ¿Por qué se ha caído Asel? ¿Lo han empujado ustedes? (*Toma por el correa al ENCARGADO, que lo está mirando muy fijo.*) ¿Qué horrenda conspiración es ésta?

ENCARGADO.— No me toque. (*Lo rechaza.*)

TOMÁS.— (*En el paroxismo de su excitación.*) ¿Una conspiración contra mí?

AYUDANTE.— *(Se adelanta, con aviesa expresión.)* ¿Y quién ha empujado al C-96?

TOMÁS.— ¡Nadie!

AYUDANTE.— ¿Cómo que nadie?

TOMÁS.— ¡Se ha subido a la barandilla y se ha tirado! ¡Lo he visto yo desde aquí! ¡Y ustedes tienen la culpa! ¡De esa desgracia también tendrán que responder! ¡El prestigio de la Fundación lo exige y yo no voy a callar! ¡Ya se averiguará a sueldo de quién están ustedes, ya se esclarecerá quién pretende manchar el buen nombre de esta casa! Conmigo no van a poder. ¡Y ahora, salgan! *(El ENCARGADO lo aparta con desdén y se encara con LINO.)* ¡No me empuje, canalla! ¡Y salga de una vez! *(Los golpes y los gritos se han ido espaciando.)*

AYUDANTE.— Parece que aflojan...

ENCARGADO.— *(A LINO.)* ¿Quién ha tirado al C-96?

LINO.— Supongo que nadie. Yo no quise asomarme desde que usted lo prohibió y no he visto nada.

AYUDANTE.— *(A media voz.)* ¿Tendría escrúpulos?

ENCARGADO.— *(A media voz.)* O miedo... Vaya recogiendo las cosas de los dos.

AYUDANTE.— Sí, señor. *(Los golpes han cesado. El coro de voces continúa, pausado y monótono: «¡A... se..., si... nos!... ¡A... se... si... nos!» El ENCARGADO se acerca a LINO. El AYUDANTE sale al corredor y hace una seña. Después entra y toma de la taquilla dos platos, dos vasos y dos cucharas.)*

ENCARGADO.— ¿Por qué quería el C-73 que los trasladasen a celdas de castigo? *(El AYUDANTE se detiene y escucha.)*

LINO.— *(Parece asombrado.)* Es la primera noticia que tengo.

ENCARGADO.— ¡No sea embustero!

LINO.— *(Ríe.)* ¡Vaya tontería, querer bajar a esas ratoneras! *(El ENCARGADO y él se miran fijamente. Los dos CAMAREROS asoman a la puerta y aguardan, vestidos como cuando actuaron de barrenderos. Las voces insultantes amenguan.)*

AYUDANTE.— *(Áspero.)* ¿Cuáles son las colchonetas?

LINO.— *(Señala.)* Ésa y ésta. *(Muy pocas voces ya repiten la imprecación. Pronto callan casi todas.)*

AYUDANTE.— ¡Sus talegos!

TOMÁS.— *(Va a la percha y descuelga dos.)* Tómenlos y váyanse ya. *(El AYUDANTE los recoge y va a poner uno sobre el petate de MAX.)* ¡Ése es del otro! *(El AYUDANTE pone el otro saquito y lleva el de ASEL a la cama. Una sola voz dice: «¡A... se... si... nos!»)*

AYUDANTE.— *(A los de la puerta.)* Llévense estos dos. *(Los CAMAREROS entran; cada uno toma un petate y un saco. Salen con ellos al corredor y se van por la derecha.)*

ENCARGADO. Vamos. (*Salen el ENCARGADO y el AYUDANTE. Éste cierra la puerta con un rotundo golpe. Pausa. Muy amortiguada y por última vez, óyese la acusación de una sola voz: «¡A... se... si... nos!».* Silencio. TOMÁS se dirige a la mesa y se sienta en su borde, agotado. LINO vuelve a sentarse en su petate.)

LINO.— Se lo han creído.

TOMÁS.— Eso parece.

LINO.— Has estado admirable... Gracias. (*TOMÁS responde con un ademán de indiferencia.*) Te cedo la cama. Yo prefiero el suelo.

TOMÁS.— No va a hacer falta.

LINO.— ¿No?

TOMÁS.— Si creen que Max les mintió, ya no tienen nada que averiguar de nosotros. Si piensan que no les engañó, lo probable es que crean que tampoco tú y yo sabemos lo que se proponía Asel. En ningún caso tienen que esperar. Nos sacarán de aquí hoy mismo.

LINO.— ¿La ejecución?

TOMÁS.— Puede ser. Lo más seguro.

LINO.— (*Movimiento de rebeldía.*) ¡Así revienten todos!

TOMÁS.— Reventarán. Estos administradores de la muerte caerán también un día. Si a nosotros nos ha llegado la hora, poco importa. (*Se vuelve y lo mira.*) Lino, la afrontaremos como Asel. Con valor. Porque Asel no ha sido cobarde. Se ha sacrificado por nosotros; sabía que no resistiría sin hablar y ha resuelto callar para salvar a los compañeros de la galería y para darnos una última oportunidad.

LINO.— ¿A ti y a mí?

TOMÁS.— ¿No lo comprendes? (*Se levanta y se acerca.*) Dentro de una hora, o de un minuto, nos sacarán de aquí. Para matarnos, sí. Casi seguro. (*Breve pausa.*) Pero tal vez se limiten a trasladarnos a celdas de castigo. Aunque hayan creído que Max se arrojó, deberán imponer una sanción ejemplar a la celda de donde todo ha partido.

LINO.— ¿No estás fantaseando?

TOMÁS.— Acaso. Es una probabilidad pequeñísima; quizá sólo una ilusión. Si se realiza, esta noche daremos los golpes de consigna. Y durante seis días..., si no nos llevan al paredón antes... (*Irónico.*) viviremos esa otra curiosa fantasía de las manos llagadas por la barra, de la ansiedad en el túnel negro, del insomnio agotador..., de la esperanza de abrazar un día a Berta... de la vida y la lucha que prosiguen.

LINO.— (*Se levanta, tenso.*) ¡Oye!... Me gustaría.

TOMÁS.— Yo no enloqueceré ya por esa ilusión, ni por ninguna otra. Si hay que morir, no temblaré. Para Asel ya se ha desvanecido este extraño cine. Y para Tulio. No tenemos ningún derecho a sobrevivirles. (*Una sonrisa le transfigura el rostro.*) ¡Pero, mientras viva, esperaré! ¡Hasta el último segundo! (*Da unos pasos y mira por la ventana invisible.*) ¡Esperaré ante las bocas de los fusiles y sonreiré al caer, porque todo habrá sido un holograma! (*Breve pausa.*) Esa fuerza también se la debemos a

Asel. Y yo le doy las gracias... con fervor. Ya no me siento huérfano. (*Con una ojeada al fondo, murmura.*) Sí, el paisaje es verdadero. (*Va hacia LINO.*) Si estuviera aún aquí, él te lo repetiría, Lino. Prudencia, astucia, puesto que nos obligan a ello. Pero ni un error más. Arrojar a ese pobre diablo ha sido una atrocidad inútil y muy peligrosa.

LINO.— No tan inútil..., si nos llevan abajo.

TOMÁS.— No es seguro y hemos salvado la situación a duras penas: tu arrebató lo ha podido hundir todo. Aunque la más justa indignación nos encienda la sangre, hemos de aprender a domeñarla. Si no acertamos a separar la violencia de la crueldad, seremos aplastados. Asel tenía razón, Lino. Sabía más que nosotros... Y yo no olvidaré sus palabras. (*Pausa.*)

LINO.— Tenemos el derecho de indignarnos...

TOMÁS.— Y el deber de vencer. (*Breve silencio.*)

LINO.— Sí, todo lo he podido echar a perder. Aún tengo que aprender a pensar...

TOMÁS.— Y yo...

LINO.—... Para entender qué es todo esto. ¿Lo sabes tú?

TOMÁS.— (*Irónico.*) El holograma... de las fieras.

LINO.— Será eso que tú dices. Pero tan sucio, tan duro... ¿Es que nunca vamos a conseguir cambiarlo?

TOMÁS.— (*Se acerca y le oprime el hombro.*) Ya está cambiando incluso dentro de nosotros. (*Se separa y se sienta.*) Y ahora, esperemos. (*LINO se sienta.*)

LINO.— ¿La muerte?

TOMÁS.— O la celda de castigo. El túnel espantoso hacia la libertad. (*Larga pausa.*)

LINO.— (*Baja la voz.*) ¿No oyes pasos?

TOMÁS.— (*Levanta su rostro sonriente.*) Sí. (*Miran hacia la puerta.*)

LINO.— Se han detenido. (*TOMÁS se levanta. LINO, también. A media voz.*) No nos dirán a dónde nos llevan.

TOMÁS.— Pronto lo sabremos. (*Se oye la llave. La puerta se abre. Entra el AYUDANTE.*)

AYUDANTE.— El C-46 y el C-72. Salgan con todo lo que tengan. (*TOMÁS y LINO se miran.*)

LINO.— Sí, señor. (*Va a la percha, descuelga los dos saquitos que restan, se cuelga el suyo del brazo y deja el otro sobre el petate de TOMÁS. TOMÁS va a la taquilla, toma platos, vasos y cucharas.*)

TOMÁS.— Toma. (*Le tiende a LINO los suyos. LINO los mete en su talego. TOMÁS hace lo mismo con los suyos, se cuelga el saquito y lanza una ojeada circular a la celda.*)

AYUDANTE.— (*Sarcástico.*) Muy contento parece usted.

TOMÁS.— *(Con una tenue sonrisa.)* Naturalmente. ¿Vamos, Lino?

LINO.— Vamos. *(Aúpan sus petates, se los cargan al hombro y salen. El AYUDANTE sale tras ellos y cierra. Breve pausa. Comienza a oírse, muy suave y remota, la Pastoral de Rossini. La luz se irisa. La cortina desciende y oculta el rincón del retrete. El paño de la derecha se desliza hacia arriba y deja ver, de nuevo, la librería, el televisor... El teléfono reaparece sobre la mesilla. A la cabecera del lecho, la lamparita vuelve a asomar. El paño inferior de la izquierda se corre y la tapa del frigorífico brilla otra vez. La gran pantalla de fantasía desciende, despacio, hasta su antiguo sitio. Finalmente, descúbrese el amplio ventanal, tras el que resplandece el maravilloso paisaje. La música gana fuerza. La puerta se abre. Es el ENCARGADO quien la gira, para situarse en seguida ante el umbral. Tras la barandilla y al fondo, el lejano panorama campestre. El ENCARGADO viste sus correctas ropas de recepción y, con su más obsequiosa sonrisa, invita a entrar en el aposento a nuevos ocupantes que se acercan.)*

TELÓN



ANTONIO BUERO VALLEJO nació el 29 de septiembre de 1916 en Guadalajara. Pronto se aficionó a la lectura gracias a la completa biblioteca que poseía su padre, lo que le permitió el acceso a textos literarios y dramáticos. Aficionado a la música y a la pintura y el dibujo, desde los cuatro años dibuja incansablemente, porque quería ser pintor.

Estudia Bachillerato en Guadalajara entre los años 1926 y 1933. En 1934 la familia se traslada a vivir a Madrid, y allí ingresa en la Escuela de Bellas Artes de San Fernando. Le sigue interesando la pintura, pero las lecturas son continuas, así como su asistencia al teatro. Aunque no milita en ningún partido, se acentúa su sensibilidad por la política y se siente próximo al marxismo. Al comenzar la Guerra Civil piensa en alistarse voluntario para ir al frente; finalmente desecha esta idea ante la oposición de su familia. En la contienda su padre es detenido y fusilado el 7 de diciembre de 1936.

Participó en la Guerra Civil Española por el bando republicano. Al final de la contienda es condenado a muerte, pena que le fue conmutada ocho meses después. Tras un largo peregrinar por diversas cárceles (en la de Conde de Toreno permanece año y medio y en ella realiza el famoso retrato de Miguel Hernández, con quien intimó mucho) sale en libertad condicional el año 1946.

Del penal de Ocaña sale en libertad condicional, pero desterrado de Madrid, a comienzos de marzo de 1946, por lo que fija su residencia en Carabanchel Bajo, aunque pasa la mayor parte del día en la capital. Se hace socio del Ateneo y publica

algunos dibujos en revistas para conseguir ingresos, pero su afición pictórica empieza a decaer en pro de la escritura. Refleja a través de la narrativa los pensamientos de su último año de cárcel, si bien pronto abandona ese género por el teatro.

El tema de la ceguera, que siempre le había interesado, se convierte en el centro argumental de su primer drama, *En la ardiente oscuridad*, redactado en una semana del mes de agosto de 1946. Escribe *Historia despiadada* y *Otro juicio de Salomón* en 1948.

Vuelve a su antigua vocación pictórica, la cual quedará relegada a un segundo plano al obtener el año 1949 el premio Lope de Vega con *Historia de una escalera* y en el mismo año el premio de la Asociación de Amigos de los Quinteros por su obra *Las palabras en la arena*.

Durante la década de los cincuenta escribe y estrena, en España y en el extranjero, obras tan significativas en su trayectoria literaria como *La tejedora de sueños*, *La señal que se espera*, *Casi un cuento de hadas*, *Madrugada*, *Hoy es fiesta* o *Un soñador para un pueblo*. A pesar de varios problemas con la censura vigente, en la década siguiente estrena títulos como *El concierto de San Ovidio*, *Aventura en lo gris*, *El tragaluz* —que se mantiene en cartel durante casi nueve meses— o *Las Meninas*, cuyo estreno en 1960 obtiene un éxito sin precedentes.

Posteriormente realiza un ciclo de conferencias en varias universidades estadounidenses. En 1971 ingresa en la Real Academia Española, y más tarde es nombrado socio de honor del Círculo de Bellas Artes y del Ateneo de Madrid. Durante los primeros años de democracia en España no cesa de estrenar obras: *Jueces en la noche*, *Caimán* y *Diálogo secreto* o su versión de *El pato silvestre*, de Henrik Ibsen, en 1982.

En 1986 recibe del Premio Miguel de Cervantes por toda su trayectoria literaria. Compagina su éxito en el campo de la literatura con su otra gran pasión, la pintura. En 1993 publica *Libro de estampas*, donde se recogen pinturas acompañadas de textos inéditos del autor. En 1997 ve la luz su última obra, *Misión al pueblo desierto*, estrenada en Madrid dos años después. En 1998 es nombrado presidente de honor de la Fundación Fomento del Teatro.

El 29 de abril de 2000, a los 83 años, muere en una clínica madrileña tras sufrir un infarto cerebral. Su capilla ardiente se instaló en el Teatro María Guerrero, por donde pasaron miles de personas para rendirle un último homenaje.